



DÍA 4

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Carne Muerta

Día 4

Copyright © 2021 Nick Clausen

Edición en español 2024

Traducido por Beatriz Palomares.

El autor hace valer sus derechos morales sobre esta obra.

Por favor, respete el arduo trabajo del autor.

Si no lo hace, los zombis se comerán su cerebro.

Contents

LIBRO GRATIS

DÍA 4

1. UNO

2. DOS

3. TRES

4. CUATRO

5. CINCO

6. SEIS

7. SIETE

8. OCHO

9. NUEVE

10. DIEZ

11. ONCE

12. DOCE

13. TRECE

14. CATORCE

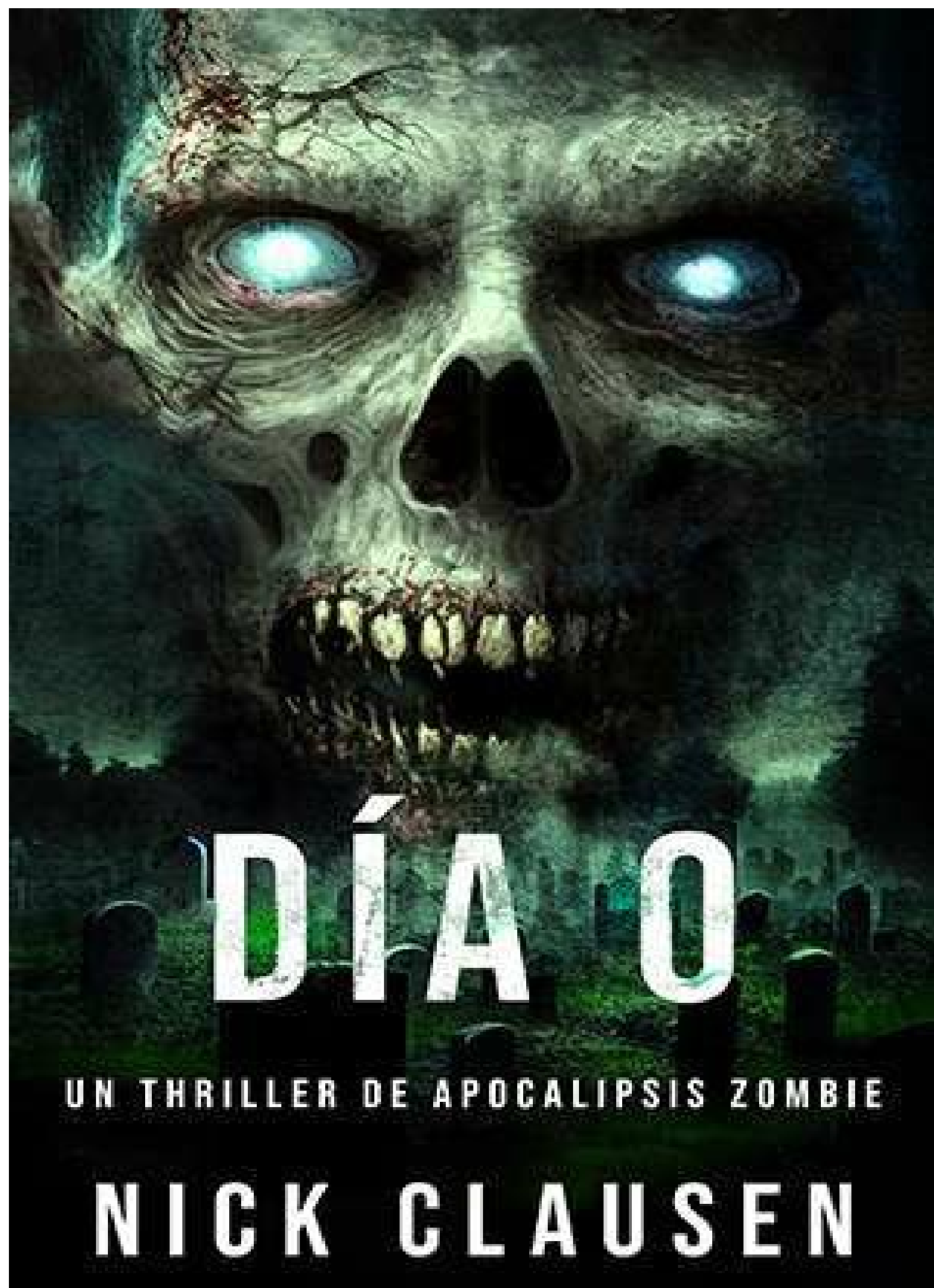
15. QUINCE

16. DIECISÉIS

17. DIECISIETE

- 18. DIECIOCHO
- 19. DIECINUEVE
- 20. VEINTE
- 21. VEINTIUNO
- 22. VEINTIDÓS
- 23. VEINTITRÉS
- 24. VEINTICUATRO
- 25. VEINTICINCO
- 26. VEINTISÉIS
- 27. VEINTISIETE
- 28. VEINTIOCHO

LIBRO GRATIS



DÍA O

UN THRILLER DE APOCALIPSIS ZOMBIE

NICK CLAUSEN

Descubra cómo empezó todo

Lee *Día 0* gratis ahora.

Disponible solo en **nick-clausen.com/dia0**

DÍA 4

Lo siguiente ocurre el martes 29 de julio en Dinamarca.

UNO

—Apuesto a que nunca imaginaste que esto sería parte de tu enlistamiento, ¿eh? —Oskar se ríe, mostrando el hueco entre sus dientes frontales, mientras su rostro pecoso está resplandeciendo pálido en el crepúsculo.

Martin intenta sonreír, pero la mueca se convierte en un bostezo reprimido. Por alguna razón, siempre bosteza cuando está nervioso. Por supuesto, también podría tener algo que ver con el hecho de que son la 1:00 AM.

—¿Aún estás cansado? —pregunta Oskar, entregándole el termo.

—No, gracias —dice Martin, arrugando la nariz—. No sé cómo puedes beber café en medio de la noche.

A pesar de la hora, el cielo sobre ellos es de un azul oscuro y el aire aún está cálido y húmedo, y sus uniformes no ayudan a refrescarse. Es la primera vez que Martin usa el equipo completo fuera del entrenamiento; incluso les dijeron que trajeran cascos. El arma también es muy pesada. Y está llena de munición real. Realmente espera no tener que dispararla.

—¿Bromeas? Siempre puedo beber café —dice Oskar, demostrando su afirmación al beber un gran trago, seguido de un exagerado: —¡Aaaah! —Luego mira alrededor de la casi oscura y vacía carretera, asintiendo—. Sí, es como siempre digo: nada es tan bueno para tu alma como estar en la patrulla zombie.

Martin no puede evitar sonreír.

—Eres un verdadero poeta. No puedo creer que te lo tomes tan a la ligera.

—¿Qué, se supone que debo llorar por esto? —Continúa Oskar.

—No, pero ¿no viste la cara del sargento? Nunca lo había visto tan serio. Y ni siquiera se supone que estemos en servicio activo solos así; ¡somos conscriptos! —dice Martin.

—Les faltan hombres, eso es todo. Tan pronto lleguen los refuerzos de Copenhague, nos enviarán de vuelta a casa. Estoy seguro de que ni siquiera veremos el amanecer.

—Dijeron que podríamos necesitar estar aquí hasta que esto esté bajo control.

—Lo que estoy seguro será en cuestión de horas.

Martin se ajusta el casco y mira a Oskar, que es sólo dos años mayor que él pero siempre actúa como si pudiera ser su padre.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que lo controlarán? Quiero decir, ¿son zombies! Esas cosas ni siquiera deberían existir fuera de las películas y los videojuegos.

—Lo sé, lo sé —dice Oskar, asintiendo—. Y en las películas, el mundo siempre termina, ¿verdad?

—En la mayoría de las que he visto, al menos.

—Pero esto no es una película, Martin. Es la vida real, por si no te habías dado cuenta. Sabemos sobre zombies, ¿vale? La gente ha visto las mismas películas que tú. Estoy seguro de que incluso uno o dos de esos viejos políticos polvorientos, han visto una película de zombies en su adolescencia. Por eso están actuando tan rápido. Por eso ya nos están enviando: saben que deben tomarlo en serio.

Martin asiente, sintiéndose algo reconfortado. Después de todo, tiene sentido.

Sin embargo, no puede sacudirse la sensación de estar atrapado, en una película sin un final feliz garantizado. Mira discretamente a lo largo de la carretera, pero no ve ni oye a nadie acercándose.

Al menos, no todavía.

«Deja de hacer eso», se dice a sí mismo. «Sólo te estás asustando. Hay cientos de puestos en toda el área, y nos dijeron que la mayoría de ellos no verán ninguna acción; somos simplemente precauciones».

Entonces, ¿no sería eso exactamente lo que les dirían, sea verdad o no? Simplemente, para evitar que todos entren en pánico?

—¿Cómo crees que empezó? —pregunta Martin, desviándose de sus pensamientos paranoicos.

Oskar pateo una piedra, que vuela hacia los arbustos junto a la carretera.

—Probablemente algún experimento desagradable en un laboratorio en algún lugar. ¿No es así siempre? Una rama secreta del gobierno tratando de crear súper soldados a partir de cadáveres, o lo que sea.

—Sí, pero ¿el gobierno danés? Quiero decir, estamos más preocupados por los molinos de viento y los coches eléctricos y cosas así. ¿No serían los súper soldados algo más propio de

Rusia?

Oskar se encoge de hombros.

—Puede que tengas razón. Pero ¿quién dijo que empezó aquí?

—No dijeron nada en las noticias sobre que el problema esté ocurriendo en otro lugar —dice Martin.

—No, pero puede que no lo sepan aún. Si algo está pasando en algún otro lugar de Europa, en algún país oscuro como, no sé, Kazajistán o donde sea, su gobierno podría estar tratando de encubrirlo.

—Estaba pensando que también podrían ser terroristas.

Oskar lo mira.

—¿Terroristas? ¿Como un arma biológica?

—Sí. ¿No sería la forma perfecta de atacar a tu enemigo? Liberar, una cadena loca de virus alterado que mata a la gente y luego los convierte en zombies?

Oskar asiente lentamente.

—Me gusta como piensas, amigo. Podrías convertirte en un gran guionista, ¿sabes? ¿Quién crees que lo hizo entonces? ¿Los talibanes? —pregunta Oskar.

—No tengo idea. Podría ser cualquiera.

—Más probable los chinos —murmura Oskar.

—¿Los chinos? ¿Por qué atacarían los chinos a Europa?

—Probablemente alguna crisis diplomática o lo que sea. O tal vez porque ya no compramos suficiente de su mierda barata. Podría ser una forma de negociación extrema.

Martin lo observa por un momento.

—No estudiaste economía en la escuela, ¿verdad? Realmente no creo que matar a tus clientes sea bueno para los negocios.

Oskar está a punto de responder, cuando ambos notan los faros y giran al mismo tiempo. Un coche se acerca desde el pueblo.

—Mierda —dice Martin, agarrando su rifle—. ¡Alguien viene!

—Relájate, probablemente sea alguien de la división viniendo a verificar.

Pero Martin puede decir por los faros que es un coche civil el que se acerca. Se mueve rápido, y pronto está lo suficientemente cerca, como para darse cuenta de que es un Ford.

—No es de la división —dice Martin—. ¿Qué hacemos?

—Hacemos lo que nos dijeron —dice Oskar, poniéndose serio mientras se coloca en medio de la carretera—. Solo sígueme la corriente.

Martin se posiciona junto a Oskar. La carretera es lo suficientemente estrecha como para que los dos la bloqueen efectivamente, a pesar de que el jeep ya está estacionado en medio de la carretera detrás de ellos.

Quien esté conduciendo el Ford realmente pisa el acelerador, y aunque el coche está a menos de cien metros, apenas ha disminuido la velocidad.

Martin, mira a Oskar.

—¿Qué ... qué hacemos si no se detienen?

—Lo harán —dice Oskar, dando un paso adelante y levantando un brazo.

Y afortunadamente, el Ford finalmente reduce la velocidad y se detiene justo enfrente de ellos. Martin entrecierra los ojos contra los faros.

—¡Apaguen las luces! —grita Oskar—. ¡Y quédense dentro del vehículo!

Martin siente un gran alivio al ver a Oskar tomar el control de la situación. A pesar de su fanfarronería, Oskar puede actuar con sorprendente autoridad cuando lo necesita.

Los faros se apagan, pero el motor sigue encendido. Martin puede ver un par de rostros a través del parabrisas: un joven con gafas, que está conduciendo, y una joven rubia en el asiento del pasajero.

Oskar avanza hacia el coche, el rifle está a su lado de manera casi casual. Se detiene junto a la ventana del conductor, y esta se baja.

—Hola, amigo. Necesitamos salir del pueblo —dice el hombre a Oskar, sonriendo algo nervioso—. ¿Podrías dejarnos pasar?

—Me temo que no —dice Oskar, mirando al conductor y su pasajera—. No se permite que nadie entre o salga del pueblo en este momento.

—¡Oh, mierda! —dice el chico, golpeando el volante con frustración—. Es sólo que... verás... realmente necesitamos ir. Vamos a ver al padre de mi prometida, está en el hospital, y acabamos de recibir una llamada de que ha empeorado.

—Lamento mucho escuchar eso —dice Oskar, con tono frío y profesional—. Pero tendrán que esperar para verlo, sólo hasta que la situación esté bajo control.

—¿Cuánto tiempo será eso? —pregunta la chica, inclinándose hacia la ventana abierta.

Martin no puede distinguir su rostro desde aquí, pero reconoce su voz.

¿Es... podría ser...?

—Difícil de decir —dice Oskar—. Sólo tendrán que estar atentos a las noticias. Por favor, den la vuelta y regresen al pueblo —hace un gesto hacia el pequeño área de descanso de grava al costado de la carretera.

En lugar de dar la vuelta, el conductor se desabrocha y sale.

—Escucha —dice, sonriendo esa sonrisa nerviosa a Oskar—. Mi nombre es Peter. Peter Lindholm. Trabajo en el banco aquí en el pueblo, ¿probablemente me conoces, no?

—Me temo que no —dice Oskar—. Y necesito que vuelvas al coche.

El chico extiende su mano, y Oskar retrocede.

Peter, que evidentemente sólo quería estrechar la mano, estalla en una risa chillona.

—¡Tranquilo, amigo! No soy contagioso. Solo quiero hablar, eso es todo.

—No tenemos nada de qué hablar —dice Oskar, levantando ligeramente su rifle—. Y no soy tu amigo, amigo. Así que, por favor, vuelve al coche y regresa al pueblo.

—¡Podrían pasar días antes de que se levante el toque de queda! —dice Peter—. ¡Para entonces, mi suegro podría estar muerto!

—No puedo ayudarte con eso.

—¡Pero no estamos enfermos! —dice Peter, extendiendo los brazos y asintiendo hacia el coche—. Ni siquiera hemos estado en contacto con ninguno de los contaminados. Pueden revisarnos, si quieren.

—No voy a revisarlos. E incluso si no están enfermos, aún no se les permite salir del pueblo. Ni siquiera se les permite quedarse aquí.

Peter se burla.

—¡Claro que puedo! Puedo quedarme donde quiera. Aún es un país libre, ¿no? Esto no es propiedad privada, es una carretera.

—¿Y quién es dueño de la carretera? —dice Oskar, de repente levantando la voz—. El gobierno. ¿Y a quién crees que represento? Ahora, no voy a decírtelo de nuevo: ¡vuélvete a subir a ese coche y sal de aquí!

Martin, que ha estado tratando de ver más de cerca a la chica, se da cuenta de que Oskar está a punto de perder la calma. Podría incluso hacer algo estúpido si el chico sigue presionando.

—Oye... —comienza Peter.

La puerta del pasajero se abre, y la chica sale.

—¿Martin? —dice, con incredulidad en su voz—. Dios, ¿realmente eres tú?

Martin logra sonreír.

—Hola, Dorte. Pensé que eras tú.

Dorte está vestida con pantalones de chándal y un top pequeño, que bien podría ser la ropa que estaba usando para dormir cuando recibieron la llamada del hospital y decidieron irse de prisa.

Su piel está perfectamente bronceada por el sol de verano, y su cabello rubio está recogido en una cola de caballo. Se ve aún más impresionante de lo que recordaba.

—¿Cuáles son las probabilidades? —sonríe, mientras se acerca a abrazarlo.

Martin no sabe qué hacer, así que simplemente se queda allí, sintiéndose incómodo en su uniforme mientras Dorte lo rodea con sus brazos. El olor de su cabello casi lo marea con déjà-vu; lleva el mismo perfume que usaba entonces.

—Estás más alto —dice, mirándolo.

—Nah, probablemente sólo son las botas —dice, mirando tímidamente hacia abajo—. Pero tu cabello ha crecido más.

—Lo sé —dice tocando la cola de caballo—. Me gusta así.

—A mí también. Oye, pensé que te mudaste a Aarhus para estudiar medicina.

—Lo hice. Me gradué el año pasado.

—Wow, eso es genial. ¿Entonces por qué estás de vuelta aquí?

—Vine a casa para ver a mi familia por las vacaciones.

—Oh.

—Disculpen —dice Oskar, mirándolos amenazadoramente a ambos—. Odio interrumpir su pequeño reencuentro, pero estas personas necesitan regresar al pueblo. Y tú no deberías estar tocándola.

—Está bien, Oskar —dice Martin—. Conozco a Dorte. Solíamos ser vecinos cuando éramos niños.

Oskar obviamente no puede evitar echarle un vistazo a Dorte de arriba a abajo. Luego, mira a Martin nuevamente.

—Eso es encantador, pero no cambia nada. Necesitan regresar.

—Mi papá está enfermo de cáncer —dice Dorte, aparentemente hablando con Oskar, pero mirando a Martin—. Podría ser cuestión de horas.

—Lamento mucho escuchar eso —dice Martin. Y realmente lo siente. Recuerda bien al padre de Dorte; un tipo alto y corpulento con una voz retumbante. Apenas puede imaginarlo en su lecho de muerte.

—¿Podrías por favor dejarnos pasar? —pregunta, mirando a Martin suplicante, con lágrimas formándose en sus ojos ahora—. Esta probablemente será mi última oportunidad de verlo. Realmente no quiero que muera solo.

—¿No pueden simplemente hacer una videollamada? —sugiere Oskar.

Peter, que ha estado en silencio desde que Dorte salió del coche, ahora se vuelve hacia Oskar con una expresión horrorizada.

—¿Cuán insensible puedes ser?

Oskar está a punto de acercarse a Peter, cuando Martin, aún mirando a los ojos de Dorte, escucha que dice:

—Estoy seguro de que podemos hacer una excepción.

—¡No podemos! —explota Oskar.

—Esperen aquí un minuto —dice Martin, mirando de Dorte a su prometido—. No se muevan, ¿de acuerdo? Vamos a hablarlo.

Hace un gesto para que Oskar lo siga de regreso al jeep, y Oskar sólo obedece a regañadientes; sus ojos constantemente vuelven a Peter, como si esperara que intentara huir.

—¿Te has vuelto loco? —dice Oskar en voz baja, con olor a café en su aliento—. Esto es una cuestión de seguridad nacional, ¡qué digo, global! ¿Y quieres romper la barrera sólo porque aparece tu ex novia y te mira con ojos llorosos?

—Ella no es mi ex —dice Martin, manteniendo la voz baja—. Solo éramos amigos.

—Aún más triste —Oskar se burla.

—La conozco, ¿de acuerdo? Es una buena persona. Su papá también lo es. Y perdió a su mamá por suicidio cuando era muy joven. ¿De verdad crees que fingiría que su papá está terminalmente enfermo sólo para salir del pueblo?

—La gente hará cualquier cosa para salvar sus vidas.

—Obviamente no están enfermos, ninguno de los dos. Así que, incluso si sólo quisieran salir del pueblo, no traerían el virus con ellos.

—Los síntomas pueden tardar hasta una hora en aparecer, si es por un rasguño menor —dice Oskar, reiterando las palabras del informe de la noche anterior.

—Está bien, entonces los revisamos. Les pedimos que se desnuden y nos muestren su piel. Si alguno de ellos tiene algún rasguño fresco, los enviamos de vuelta. ¿Te parece bien?

Oskar niega con la cabeza.

—¿Por qué estamos discutiendo esto? No es nuestra decisión. —Hace un movimiento para regresar hacia Peter y Dorte, pero Martin lo agarra del brazo, sintiendo un repentino arrebató de ira.

—Sí es nuestra decisión. No veo a nadie más alrededor, ¿tú sí?

Oskar lo mira parpadeando.

—Déjame ir.

Martin lo suelta, pero no aparta los ojos de los de Oskar.

—Está sobre mí, ¿de acuerdo? Si pasa algo, yo asumiré la responsabilidad. Pero te digo: ella no está mintiendo. Confío en ella.

—No, estás enamorado de ella —murmura Oskar—. Eso es exactamente lo opuesto a la confianza. —Antes de que Martin pueda responder, continúa—: Pero a la mierda, si quieres tener el mundo en tu conciencia, no voy a pelear contigo.

Martin respira hondo.

—Bien. Entonces, vamos a revisarlos.

Para su sorpresa, Oskar niega con la cabeza.

—No encontraremos nada. No están contaminados. Míralos. Están demasiado tranquilos. Si alguno de ellos hubiera sido mordido o arañado, estarían en pánico.

Martin mira a la pareja. Están parados cerca el uno del otro, hablando. Dorte se frota los brazos desnudos. Peter le pone un brazo alrededor de la cintura, tratando de consolarla.

—Entonces, ¿por qué...?

—Porque no confío en él. Es un canalla. ¿No lo escuchaste? Trabaja en un banco. No se puede confiar en nadie que trabaje en un banco. Te apuesto que está escondiendo algo.

—¿Cómo qué?

—No sé. Pero deberías revisar el maletero.

—Vamos, hombre. No hay...

—Ese es el trato —Oskar lo interrumpe—. Si revisas el maletero y no están escondiendo algo, entonces miraré para otro lado mientras pasan.

Martin extiende los brazos.

—¿Qué estarían escondiendo?

—¿Qué se yo? Un zombie, tal vez. —Mira a Peter, que se quita las gafas y las limpia en su camiseta—. Te digo: está escondiendo algo.

Martin sacude la cabeza.

—Está bien, si eso es lo que se necesita.

—Sólo prepárate, ¿de acuerdo? —Oskar le da una mirada significativa—. Cuando lo abras.

Martin intenta sonreír.

—Eres paranoico.

—Las personas paranoicas tienden a vivir más tiempo —dice Oskar, sin humor en su voz.

Martin regresa con la pareja.

—De acuerdo, escuchen.

Ambos lo miran con esperanza.

—Vamos a dejarlos pasar...

—¡Gracias! —exclama Dorte.

—Gracias a Dios —suspira Peter.

—Si —continúa Martin— nos dejan revisar el maletero del coche.

La sonrisa de Dorte se desvanece un poco.

El alivio de Peter se convierte en sospecha.

—¿Por qué? ¿Crees que estamos escondiendo algo?

—No lo sabemos; por eso necesitamos revisar.

Peter mira a Dorte.

—Pensé que dijiste que confiaría en ti.

Las palabras encienden algo en el estómago de Martin. No puede evitar sentirse bien al pensar que Dorte confía en él, incluso después de todos estos años. Aunque nunca se convirtieron en más que amigos, Martin siempre ha sentido una conexión especial con ella, y lo que Peter acaba de decir confirma que Dorte siempre ha sentido lo mismo.

Dorte lo mira, y su sonrisa vuelve.

—No hay nada en el maletero, Martin. Te lo prometo; no estamos escondiendo nada.

—Te creo —dice Martin, sonriéndole—. Pero mi compañero es un poco... paranoico —le lanza una mirada a Oskar, pero aparentemente Oskar no lo escucha; sólo observa a Peter—. Acordamos dejarlos pasar con esa única condición; que nos dejen ver el maletero del coche.

Dorte lo mira por un momento, luego mira a Peter y se encoge de hombros.

—Está bien, abre el maletero, cariño.

Peter sacude la cabeza como si se resistiera a obedecer, pero aún así va hacia la parte trasera del coche. Martin lo sigue, sintiendo el rifle pesado a su lado.

—Esto no está nada bien —dice Peter, lo suficientemente bajo como para que sólo Martin lo escuche—. Estamos perdiendo tiempo. El papá de Dorte podría estar muerto cuando lleguemos.

—Más razón para apresurarte y mostrarme ese maletero —dice Martin.

Peter vuelve a sacudir la cabeza, luego agarra el maletero y lo abre.

Martin se da cuenta de lo tenso que estaba al ver el maletero vacío. Sus hombros bajan un poco.

—¿Ves algo, Martin? —grita Oskar.

—No, está vacío.

—Tal como dijimos —añade Peter—. ¿Podemos irnos ahora?

—Claro, tú...

—¡El asiento trasero! —grita Oskar.

Martin lo mira.

—Revisa el asiento trasero.

—¡Vamos! —exclama Peter.

Martin va y mira por la ventana de la puerta trasera. Un montón de ropa está tirada en los asientos.

—Nada —grita a Oskar—. Sólo algo de ropa.

—¿Satisfecho? —dice Peter, mirándolo con una expresión amarga—. ¿O quieres revisar el chasis también?

—No, está bien —dice Martin—. Pueden irse ahora.

—Gracias —inmediatamente se dirige a la puerta del lado del conductor—. ¡Vamos, cariño!

—Voy a mover el jeep —dice Oskar.

Dorte da la vuelta al coche, pasando junto a Martin en el camino. Se detiene brevemente y le sonríe.

—Gracias, Martin. No lo olvidaré. —Le aprieta el brazo; incluso a través de su manga, el toque lo pone nervioso.

—Claro. Dale saludos a tu papá de mi parte.

—Lo haré.

Se miran durante un breve segundo, luego la conexión se pierde cuando ella se dirige a la puerta del lado del pasajero. Martin de repente siente un aguijonazo de pánico ante la idea de que se vaya. Podría no volver a verla nunca más. Siente que necesita decir algo, cualquier cosa, sólo para mantenerla un momento más.

—¿Cómo está Rikke? —pregunta, justo cuando Oskar arranca el jeep.

Dorte mira hacia atrás y sonríe.

—Está bien; está con papá.

—¿Lo está? Pensé que dijiste que tu papá estaba solo.

Ella frunce el ceño.

—No, no creo haberlo dicho.

—Oh. De acuerdo. Bueno, nos vemos.

—Nos vemos, Martin.

Él retrocede cuando Peter enciende los faros; casi son redundantes ahora, ya que la mañana se ha iluminado en los pocos minutos desde que llegaron.

Oskar mueve el jeep fuera del camino, y Peter avanza.

Martin mira por la ventana lateral a Dorte. Espera una última sonrisa, pero Dorte no lo mira, simplemente mira hacia adelante. En su lugar, otro par de ojos se encuentran con los suyos, mientras un rostro pálido asoma de debajo de la pila de ropa en el asiento trasero.

Es sólo un instante.

Pero Martin reconoce el rostro de Rikke.

Entonces Peter pisa el acelerador y pasa por el jeep, dirigiéndose a toda velocidad por la carretera.

Martin simplemente se queda allí, mirando después de ellos, con pensamientos yendo y viniendo en su mente, mientras Oskar vuelve a estacionar el jeep en medio de la carretera una vez más y apaga el motor.

Sale, cierra la puerta de un golpe y dice, mientras se acerca a Martin:

—Juraría que ese tipo estaba escondiendo algo. Tal vez estaba equivocado después de todo. Aún tengo la sensación de que... Oye, Martin. ¿Qué pasa?

Martin no responde. Apenas oye a Oskar. Todo lo que escucha es una repetición rápida de las líneas recién dichas.

—Pensé que dijiste que tu papá estaba solo.

—No, no creo haberlo dicho.

—Revisa el asiento trasero.

—Nada. Solo algo de ropa.

—Te prometo que no estamos escondiendo nada.

—Te creo.

—Estás enamorado de ella. Eso es exactamente lo opuesto a la confianza.

Oskar chasquea los dedos frente a la cara de Martin.

—¡Oye! Ya se fue. Puedes dejar de mirar.

Martin parpadea y vuelve en sí. El coche es sólo un par de pequeñas luces rojas en el horizonte ahora.

—¿Qué te pasa? —dice Oskar, mirándolo.

—Nada —logra decir Martin, sacudiendo la cabeza—. Nada, estoy bien.

DOS

—¿Cómo estás allá atrás? —Dorte se gira en su asiento para mirar a su hermana, que está sentada entre un montón de ropa.

—Sigues preguntándome eso —dice Rikke, con un rastro de molestia en su voz—. Y sigo diciéndote que es lo mismo.

—¿Aún no tienes fiebre?

—No.

—¿Podrías revisar con el termómetro de nuevo, por favor?

Rikke pone los ojos en blanco.

—Sí, doctora. —Guarda su teléfono y se coloca el termómetro en la boca, luego cruza los brazos y mira por la ventana la autopista que pasa a toda velocidad. Apenas hay coches a esta hora de la noche, salvo algún que otro camión. El cielo ya está naranja por el amanecer.

Dorte mira a su hermana con afecto. Rikke tiene sólo dieciséis años y aún es muy niña a los ojos de Dorte. Sin embargo, puede notar que actúa así porque está genuinamente ansiosa.

El termómetro emite un pitido.

—¿Qué dice? —pregunta Dorte.

Rikke se lo quita y mira la pantalla.

—Treinta y siete grados, igual que la última vez.

—De todas formas, esas cosas no son muy precisas.

—Vamos, es como si quisieras que tuviera fiebre.

—Oye, tu hermana sólo intenta ayudarte —dice Peter, mirando a Rikke por el espejo retrovisor.

—Te dije, apenas me rozó —dice Rikke, extendiendo su brazo—. ¿Ves? Sólo está un poco enrojecido.

Dorte estudia la piel justo encima del codo, donde las dos marcas de rasguños recorren el brazo de Rikke. Para Dorte, en realidad se ve un poco más enrojecido que hace veinte minutos. Aparentemente, Rikke nota lo mismo, porque baja su brazo y vuelve a tomar su teléfono.

—Estarás bien —le dice Dorte—. Lo atrapamos a tiempo. Y tan pronto como lleguemos al instituto, te daré una vacuna.

—Ni siquiera estoy enferma —dice Rikke, menos desafiante ahora, pero aún sin mirar a Dorte—. Me siento bien.

—Eso es bueno. Significa que el virus aún no ha llegado a tu SNC.

Rikke levanta una ceja.

—¿Mi qué?

—Sistema nervioso central.

—Ah. Lo siento, no conozco la jerga.

—¿Cómo ocurrió exactamente? —pregunta Peter, reprimiendo un bostezo.

Rikke ya les contó, y Dorte sospecha que Peter sólo pregunta para mantenerse despierto. Aún no puede creerlo; hace menos de dos horas, estaban en la casa de Peter, viendo las últimas actualizaciones en el canal de noticias; acababan de tomar una copa de vino y estaban listos para irse a la cama.

Fue entonces cuando el timbre comenzó a sonar insistentemente.

Afuera estaba Rikke, pálida, sosteniendo a su pequeño caniche blanco contra su pecho.

—No lo sé —dice Rikke, sacudiendo la cabeza—. Salió de la nada. Este viejo. Traté de evitarlo, pero la puerta principal se atascó, así que me rozó el brazo con esas uñas largas y desagradables antes de que pudiera entrar de nuevo.

Peter niega con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué saldrías a la calle cuando sabías que la policía había...?

—¡Tenía que sacar a Daisy para que hiciera pis! ¿Qué se suponía que hiciera? ¿Ella no puede usar el baño, verdad? Además, fui muy cuidadosa. Sólo salí por poco tiempo.

—No lo suficientemente poco, parece —murmura Peter.

—Sí, bueno, al menos no eres tú quien fue rasguñado por una de esas cosas, ¿verdad? —responde Rikke con tono mordaz.

—No, pero soy yo quien está conduciendo en medio de la noche, ¡rompiendo la ley! —Peter le responde.

—Lamento mucho molestarte. Puedes dejarme en la próxima salida.

—Quizás lo haga si sigues con ese tono.

—¡Basta! —interviene Dorte, justo cuando Rikke está a punto de responder—. Todos estamos molestos por la situación, es normal. Pero necesitamos mantener la cabeza clara. No más discusiones, ¿de acuerdo?

Ninguno de los dos responde. Peter se concentra en la carretera, y Rikke está una vez más absorta en su teléfono. No son exactamente amigos en los mejores momentos, y mucho menos cuando se ven obligados a estar juntos en un coche en medio de la noche.

—No estoy nada de acuerdo con esto —murmura Peter—. La forma en que tuvimos que mentirles a esos soldados... Quiero decir, hay una muy buena razón por la que establecieron bloqueos militares.

—Claro que la hay —asiente Dorte—. Es para evitar que el virus se propague demasiado rápido.

Peter aparta los ojos de la carretera para mirarla por un momento.

—¿Qué quieres decir con ‘demasiado rápido’? Obviamente, no quieren que se propague en absoluto.

Dorte niega con la cabeza.

—No es así como funciona. ¿Recuerdas lo que dijeron la última vez que hubo una epidemia de gripe? Dijeron a la gente que mantuviera una buena higiene de manos, que no dieran la mano ni se abrazaran y que no se reunieran en lugares con más de mil personas a la vez.

—Claro, lo recuerdo.

—Bueno, todo eso no era para detener la propagación del virus; solo era para frenarla.

Peter se burla.

—Cariño, creo que estás siendo paranoica. Sé que trabajas con estas cosas, pero aún así...

—No es paranoia, Peter. Ni siquiera es un secreto. Es sólo protocolo estándar. No puedes detener virus como estos, no una vez que están tan avanzados.

—De acuerdo, entonces, ¿por qué frenarlo? ¿Por qué no dejar que se propague y terminar con esto?

—Porque eso ejercería mucha presión sobre el sistema de salud. Quieren distribuirlo durante el mayor tiempo posible, para tener un flujo constante de pacientes infectados en lugar de una gran cantidad de una sola vez.

—Hmm, tiene sentido, supongo.

—También les da tiempo para encontrar una vacuna, si es que no la tienen ya.

Dorte percibe que Rikke se inclina hacia adelante en el asiento trasero.

—¿Crees que ya tienen una vacuna? Pero dijeron en las noticias...

—No siempre puedes confiar en lo que dicen. Tal vez no querían que los hospitales se llenaran de personas sanas queriendo vacunarse.

Hay un alivio evidente en el rostro de Rikke.

—Pero... ¿y si no han hecho una vacuna entonces? —pregunta Rikke

—No te preocupes —le dice Dorte—. Sea lo que sea que tengas, lo curaré.

Rikke sonríe débilmente, y Dorte le devuelve la sonrisa. Pero también nota que su hermana se ha puesto visiblemente más pálida desde la última vez que la miró. Está a punto de pedirle que se tome la temperatura de nuevo, cuando Peter pregunta:

—¿Tomo esta salida?

Dorte verifica.

—Sí. Luego gira a la izquierda la próxima vez. Ya casi estamos allí.

—¿No llamarán a las autoridades en cuanto les digas lo que pasó? —pregunta Rikke.

—No le diremos a nadie sobre ti hasta que te haya dado la vacuna —dice Dorte—. Además, no habrá nadie allí a esta hora.

—¿En el hospital? ¿No hay siempre gente allí?

—No vamos al hospital. Todo recto aquí, Peter.

El edificio rojo se ve más adelante; todas las ventanas están oscuras y no hay otros coches estacionados aquí. Para las 7:00 AM, el lugar estará lleno de estudiantes de medicina. Hay tiempo de sobra; para entonces, Dorte habrá encontrado una vacuna para Rikke. O, de lo contrario...

Aparta ese pensamiento y le dice a Peter:

—Detente aquí.

Peter aparca el coche, y salen.

Dorte desliza un brazo alrededor de Rikke sin ni siquiera pensarlo, y su hermana se burla.

—Todavía puedo caminar, ya sabes.

Pero no se resiste, y Dorte no retira su brazo.

Dorte escanea su tarjeta de identificación y escribe el código de seis dígitos. La puerta hace clic, y la abre. Peter los sigue al edificio mientras las luces automáticas se encienden, revelando un largo pasillo azul.

—¿Qué es este lugar exactamente? —pregunta Rikke.

—Mi lugar de trabajo —dice Dorte—. Sígueme.

TRES

—¿Dónde está Peter? —pregunta Rikke.

—Fue a buscar café —dice Dorte, abriendo un gabinete y revisando las estanterías. Lleva una caja de cosas al lugar donde Rikke está sentada, mirando su teléfono—. ¿Alguna vez dejas descansar ese aparato?

Rikke suspira y guarda el teléfono en su bolsillo.

—Todos están dormidos de todos modos. —Bosteza y luego mira alrededor del laboratorio—. Entonces, ¿qué es lo que haces aquí?

Dorte se detiene por un momento; ver a su hermana aquí, sentada en un taburete junto a la mesa brillante de acero y las filas de gabinetes de vidrio llenos de equipos médicos, le da una sensación de irrealidad. Ha pasado tantas horas aquí, pero su trabajo siempre ha estado firmemente separado de su vida familiar.

—Hago investigaciones y pruebas —dice—. Los demás trabajan principalmente con animales, pero yo me especializo en el tratamiento de virus zoonóticos e infecciones bacterianas en humanos.

—¿Y qué es eso?

—Son enfermedades que se transmiten de animales a humanos.

Rikke se ríe.

—Bueno, si tan sólo hubiera sido un animal el que me rasguñó.

Dorte se pone los guantes de goma.

—Las enfermedades zoonóticas también pueden transferirse de humano a humano.

—Ah. Entonces, ¿estás diciendo que todo esto comenzó con un animal mordiendo a alguien?

—Es más probable que se haya transferido a través de heces —dice Dorte, mientras encuentra una jeringa y rasga el papel.

—¡Qué asco! ¿Entonces alguien comió caca?

—No exactamente. Pero alguien probablemente entró en contacto con excrementos de animales. De un murciélago o tal vez un pájaro. Así es como comenzaron la mayoría de las grandes epidemias de gripe. Dame tu brazo, por favor.

—Sigues hablando de la gripe —dice Rikke—. ¿No es esto algo completamente diferente? Quiero decir, están diciendo en Facebook que son zombies.

Esta vez, Dorte se ríe.

—Eso es sólo gente asustada que dice eso.

—Sí, yo también pensaba eso, hasta que... hasta que vi a ese hombre. El anciano que me arañó.

—Rikke mira las dos líneas rojas en su brazo, ahora brillando de un rojo intenso, la piel rosada a su alrededor—. Se veía realmente... muerto. No sé cómo más decirlo. La forma en que se movía... y sus ojos. Estaban todos, como... vacíos.

Rikke se estremece mientras Dorte le frota la piel con una toallita antibacteriana.

—Quédate quieta, por favor.

—Sí, doctora —dice Rikke, y luego: —¡Ay! —cuando Dorte inserta la aguja. Los ojos de Rikke se vuelven distantes mientras continúa—: Eso fue lo que me hizo congelarme, ¿sabes? Sus ojos. Me recordaron a un pez muerto. Simplemente no podía creer que esos ojos alguna vez pertenecieron a un ser humano.

—Los zombies no son reales —dice Dorte suavemente—. No hay nada sobrenatural en esto. Las personas infectadas simplemente están sufriendo una etapa paralítica de la enfermedad, donde han perdido el control del habla y el movimiento. Ves lo mismo en la mayoría de los casos de rabia. Se ve aterrador, pero es sólo una enfermedad. Y lo más probable es que se pueda curar con una simple vacuna.

Saca la aguja y pone una tirita en el brazo de Rikke.

—¿Cómo se llamaba eso? —pregunta Rikke—. ¿El virus rap-algo?

—El Rhabdovirus. Lo han nombrado así por la familia de virus que también contiene la rabia. Lo que significa que no es sólo mi teoría, otros expertos están de acuerdo.

Rikke no parece completamente convencida.

—Entonces, si es sólo una especie de enfermedad desagradable, ¿por qué la gente no está muriendo por ella?

—Estoy segura de que eventualmente lo harán. Esa última etapa aparentemente dura un poco más que en la de rabia, pero un virus tan agresivo sin duda terminará matando a su anfitrión.

—Oh —dice Rikke, sonriendo débilmente—. Bueno, eso es bueno saberlo.

—Oye, te dije que no te preocuparas. No llegarás tan lejos, confía en mí. Ahora, abre la boca. Rikke frunce el ceño y mira el hisopo en la mano de Dorte.

—¿Qué vas a hacer?

—Necesito una muestra de células de tu garganta.

—Encantador. —Rikke abre la boca. Cuando Dorte termina, pregunta: —Entonces, ¿por qué las personas enfermas están atacando a otros? Eso no es algo que normalmente haces cuando estás enfermo.

—En realidad, es muy común con la rabia que el paciente se vuelva agresivo. También intentarán morderte si tienen la oportunidad. ¿Alguna vez has visto una foto de un perro rabioso? Toda esa espuma alrededor de la boca, eso es algo que el virus hace para aumentar sus posibilidades de infectar a un nuevo huésped. El virus está en la saliva, así que cuanto más saliva, mejor.

—Oh. Tiene sentido. Entonces, ¿por qué... ¡ay! ¿Para qué fue eso?

—Necesitaba un mechón de cabello —dice Dorte, colocando el cabello que acaba de arrancar de la cabeza de Rikke en una bolsa de cierre hermético—. Supuestamente, duele menos si no lo esperas.

—Sí, bueno, duele bastante, muchas gracias.

—Entonces no te va a gustar esto.

—¿Hay más? ¿Cuántas pruebas vas a hacer exactamente?

—Cuatro. Cuantas más pruebas, más precisa será la imagen. Ahora, necesito que te inclines hacia adelante y te subas la camisa.

Rikke hace lo que su hermana le dice. Dorte usa otra toallita para limpiar un área en la parte baja de la espalda de Rikke, luego aplica yodo.

—Terminaré en veinte segundos —le dice—. Va a doler un poco. Trata de quedarte quieta.

Rikke jadea cuando Dorte inserta la aguja con la mayor suavidad posible.

—Dios mío, esto duele —gime—. ¿Qué me estás haciendo?

—Tomando una muestra de líquido espinal. No te muevas, ya casi termino. Listo.

Rikke exhala un largo y tembloroso suspiro.

—No voy a hacer eso de nuevo.

—No tendrás que hacerlo; ya tengo todo lo que necesito. Sólo revisaré tu temperatura una última vez. —Coloca el termómetro en la boca de Rikke mientras se sienta—. Creo que deberías descansar mientras hago las pruebas. Hay un sofá en el área de comedor al final del pasillo; ahí es donde está Peter.

—Prefiero quedarme aquí contigo, entonces.

—Vamos. Te vendrá bien dormir un poco. Y bebe un vaso de agua primero. Y no hables con el termómetro en la boca.

Rikke se sienta en silencio durante unos segundos, hasta que hay un pitido.

Dorte toma el termómetro y lee los dígitos.

—Bueno, ahora sí tienes fiebre: 39,5°C.

—Lo siento —admite Rikke, frotándose la mejilla—. Me siento mareada.

—Podría ser por la punción lumbar que acabo de hacer, pero aún así, es bueno que te acuestes. ¿Necesitas que te acompañe?

—Creo que puedo manejarlo. —Rikke se baja del taburete y se dirige a la puerta. Se da la vuelta y mira hacia atrás—. ¿Dorte? Estoy realmente agradecida de que estés haciendo esto.

—Por supuesto —dice Dorte, sorprendida por la repentina seriedad en el rostro de Rikke—. ¿Para qué están las hermanas?

—Sí, bueno, debo ser extremadamente afortunada, teniendo una hermana que es experta en la enfermedad tan rara que acabo de contraer.

Dorte sonríe.

—Supongo que es el destino.

Rikke se encoge de hombros.

—Supongo que sí. —Se da la vuelta y se va.

Dorte mira la puerta mientras se cierra detrás de ella.

El laboratorio de repente parece terriblemente silencioso. Es casi como si la ausencia de Rikke hubiera dado espacio para que los propios pensamientos de Dorte emergieran. Mientras su hermana estaba aquí, Dorte se sentía segura. Ahora, al quedarse sola, el miedo comienza a surgir.

¿Qué pasa si esto no es como la rabia? ¿Qué pasa si es algo que la ciencia médica nunca ha encontrado antes?

Es una tontería, por supuesto. Cada nueva enfermedad pandémica en la historia de la humanidad ha caído dentro del espectro de una familia de virus ya identificada; no hay absolutamente ninguna razón para sospechar que esto será diferente.

Excepto que parece diferente.

Muy diferente.

Como la pura velocidad de la propagación de la infección. O la tasa aterradora a la que la mayoría de los infectados alcanzan la etapa paralítica: dijeron en las noticias que podría ser tan poco como unos minutos, si el virus entraba en contacto directo con alguna vena principal.

¿Qué pasa si no puedo encontrar una vacuna a tiempo?

Dorte se da cuenta de que tiene miedo y se obliga a respirar profundamente unas cuantas veces. Alivia un poco la opresión en su pecho. Necesita continuar, necesita hacer las pruebas lo antes posible. Pero tiene miedo de lo que mostrarán.

«Deja de pensar así. Concéntrate en la tarea en cuestión. Muévete. El tiempo corre».

Entonces comienza a trabajar.

CUATRO

Peter se despierta de golpe cuando se abre la puerta de la cocina.

—¿Qué? —murmura, mirando a su alrededor confundido, dándose cuenta de que estaba durmiendo sentado en una silla, la taza de café está aún en la mesa frente a él.

Dorte está parada en la puerta, aún con un guante de goma, con una expresión grave en su rostro.

—Cariño —dice, levantándose—. ¿Qué hora es?

Dorte no responde, así que Peter mira el reloj en la pared: 3:15. Su cerebro casi está funcionando de nuevo, y recuerda dónde están y qué están haciendo allí.

—¿Descubriste algo? —pregunta, estirándose.

—He hecho todas las pruebas —dice Dorte, sin tono en su voz—. ¿Dónde está ella?

Él asiente hacia la puerta del comedor.

—Está durmiendo en el sofá de allí.

—¡Se suponía que debías cuidar de ella!

—Lo siento, me quedé dormido. ¿Hay algo mal? ¿Qué mostraron las pruebas?

Dorte pasa junto a él sin responder.

—Oye —dice, tomando su brazo—. ¿Descubriste qué tipo de virus es?

—No es un virus —dice Dorte, mirándolo sin expresión.

—De acuerdo, entonces, ¿qué es? ¿Una infección bacteriana?

—Tampoco.

Peter frunce el ceño.

—¿No dijiste que esas eran las dos únicas posibilidades?

—Necesito verla —dice Dorte, liberándose de su agarre.

—Dorte, espera.

Pero Dorte ya ha llegado a la puerta y la ha abierto.

Las luces están bajas en el comedor, sólo la máquina de refrescos emite un tenue resplandor azul, revelando una fila de mesas y sillas. Y en la esquina hay un par de sofás, uno de ellos ocupado por Rikke, durmiendo en posición fetal, acurrucada bajo una manta.

Dorte se acerca y se arrodilla.

—Rikke, tienes que despertarte ahora.

Peter se une a ellas. Incluso con la luz tenue, puede notar que Rikke parece considerablemente peor que la última vez que la vio; su rostro está pálido y tiembla. Tampoco responde a la voz de su hermana.

—¿Rikke? —pregunta Dorte un poco más fuerte, empujándola suavemente—. Por favor, despierta.

Rikke no se despierta.

—¡Rikke! —Dorte la sacude con más fuerza, haciendo que la cabeza de Rikke se mueva de un lado a otro. Ella emite un gemido, pero aún no se despierta. Dorte siente sus mejillas y frente.

—La fiebre ha desaparecido —murmura.

—Bueno, eso es bueno, ¿no?

—No. Significa que su cuerpo ya no está luchando.

Dorte se levanta y retrocede unos pasos. Baja la cabeza, y es sólo entonces cuando Peter se da cuenta de que está a segundos de llorar. Sólo la ha visto llorar una o dos veces en los cuatro años que han estado juntos.

—Cariño —dice—. ¿Qué pasa?

—No lo sé —dice ella, con la voz temblorosa—. Simplemente no lo sé. Hice las pruebas tres veces. Las revisé una y otra vez. Lo he hecho un millón de veces, conozco cada trampa, e hice las pruebas perfectamente. Pero... —Lo mira, sacudiendo la cabeza—. No había nada, Peter.

—¿Nada?

—Hice una reacción en cadena de la polimerasa, busqué anticuerpos, incluso...

—¿Qué quieres decir con nada? ¿Fueron las pruebas... cuál es la expresión? ¿Inconclusas?

—No fueron inconclusas, ¡estaban completamente limpias! No encontré nada, ni en la sangre, ni en la saliva o la piel, ni siquiera en el líquido espinal. Es como si hubiera examinado a una persona perfectamente saludable sin ninguna infección. ¡Pero mírala! Está claramente muy enferma.

Dorte se vuelve hacia Rikke, respirando pesadamente ahora.

Peter echa un vistazo a Rikke y luego vuelve a mirar a Dorte, luchando por entender.

—De acuerdo, entonces, necesitamos ayuda. Necesitamos que alguien más...

Ella se vuelve hacia él, con los ojos encendidos.

—¡No hay nadie más! ¿No lo entiendes? Esto es lo que hago todos los días, y te digo que no pude encontrar ni un solo rastro de nada malo en ella.

—Pero eso no es posible. Entonces, ¿el equipo no funciona correctamente?

—He revisado el equipo, ¡he revisado todo!

—Bueno, ¿no puedes simplemente darle una vacuna de todos modos?

Los hombros de Dorte caen, y de repente parece muy cansada.

—No puedo vacunar contra algo que no está ahí —susurra.

—De acuerdo, entonces, si no es una enfermedad real, como, detectable, ¿podría ser algo psicológico entonces?

—Quieres decir psicósomático —murmura Dorte—, y no, ese tipo de enfermedad no se transferiría así.

—Entonces, ¿qué otros tipos de enfermedades hay? ¿Podría ser, no sé, un agente nervioso, o algo así? ¿Alguien liberó un gas tóxico? ¿O tal vez algún tipo de radiación?

—Eso aparecería, en al menos algunas de las pruebas —dice Dorte, sonando derrotada—. No importa qué le pase, debería aparecer en las pruebas.

—Quizás no, si es algo completamente nuevo —dice Peter, sin saber si está tratando de convencer a Dorte o a sí mismo—. Tal vez sea una cepa de virus que no se ha descubierto todavía.

—Incluso si lo fuera, aún sería detectable. Así es como funciona el cuerpo humano. No hay forma de...

Dorte de repente deja de hablar, mientras sus ojos caen sobre Rikke.

—Ha dejado de temblar ahora —nota Peter.

Dorte no responde. Da un paso adelante y se arrodilla, examinando de cerca el rostro de su hermana.

—¡Dios mío! ¡No está respirando!

Peter jadea.

—¿Qué?

—¡Rikke! ¡Rikke! —Dorte abofetea la mejilla de su hermana repetidamente. Luego, verifica si hay pulso. Gira la cabeza, mirando a Peter, con los ojos muy abiertos—. ¡Está en paro cardíaco! ¡Ve por el desfibrilador del pasillo, ahora!

Peter se queda allí por otro segundo, atónito, y observa en silencio, cómo su prometida reacciona de una manera que nunca antes había visto. Sus movimientos son rápidos y sin la más mínima duda, mientras rueda a Rikke sobre su espalda, inclina su cabeza hacia atrás, abre sus labios, cierra sus fosas nasales y comienza a soplar en su boca.

—¡Ve! —grita Dorte entre respiraciones, sin mirar atrás, pero aparentemente sintiendo la presencia de Peter—. ¡Ve por el desfibrilador!

Peter puede moverse de nuevo, y gira sobre sus talones y corre hacia el pasillo, mirando en ambas direcciones, sus ojos se posan en una gran caja verde en la pared. Corre hacia ella, abre la puerta de vidrio, y saca lo que parece una pequeña maleta roja. La lleva de vuelta a la cantina, donde Dorte ahora está bombeando el pecho de Rikke.

—¡Aquí! —dice, entregándole el desfibrilador a Dorte—. ¡No sé cómo usarlo!

—Entonces toma el control aquí —dice Dorte, agarrando la maleta y apartándose—. Haz lo que hice.

Peter se acerca a Rikke, mirando su pálido rostro sin expresión por un segundo, antes de juntar sus manos y colocarlas en el centro de su pecho. Presiona con cautela.

—¡Más fuerte! —exige Dorte, abriendo la maleta y sacando cables—. ¡Y más rápido!

Peter presiona más fuerte y aumenta la velocidad, haciendo que Rikke casi rebote en el sofá. Mira hacia otro lado por un instante, con la esperanza de ver a Dorte lista para tomar el control de nuevo, pero todavía está trabajando para preparar el desfibrilador, y cuando vuelve su atención a Rikke, ella lo está mirando.

Sus ojos, que eran azules, al igual que los de Dorte, ahora están vacíos y lechosos. Claramente pertenecen a una persona muerta, aunque Peter nunca ha visto una antes, no hay duda en su mente, y su primer pensamiento es que los párpados de Rikke se abrieron por sí solos.

Luego, esa afirmación se evapora, ya que las características de Rikke cambian a un gruñido, y abre la boca de par en par, revelando sus dientes blancos.

—¡Santo...!

Peter nunca termina de decir lo que estaba a punto de decir, porque Rikke se lanza hacia adelante y se aferra a su bíceps derecho, sus mandíbulas se cierran con la fuerza de un cocodrilo bebé, sus dientes atraviesan su camisa y perforan la piel.

Peter grita y retrocede. Rikke no lo suelta, simplemente es arrastrada, como un perro policía mordiendo a un criminal. Peter siente que sus músculos y tendones se desgarran, y el dolor es tan intenso. Instintivamente coloca su mano libre en la frente de Rikke, tratando de forzar su cabeza hacia atrás, y por un segundo, parece funcionar, ya que el agarre en su brazo realmente se afloja;

pero eso es sólo porque Rikke ahora tiene la oportunidad perfecta de morder su mano, y no deja pasar la oportunidad.

Peter grita de nuevo, sintiendo los huesos en sus dedos crujir y la piel desprenderse, mientras Rikke sacude su cabeza. Curiosamente, esta vez, no hay dolor, aunque hay mucha sangre; la sangre brota de su mano como si salieran de agujeros en una manguera de jardín, pintando el rostro de Rikke de rojo.

Aunque las cosas se mueven muy rápido en el exterior, Peter ahora ve todo suceder desde dentro como viendo una película en cámara lenta.

«Ahora estoy infectado» piensa con sorprendente claridad, mientras Rikke le arranca el pulgar. «Ya estoy muerto».

Entonces Rikke se lanza hacia su garganta, y Peter ve la boca ensangrentada acercándose, antes de ser tirado hacia atrás en el último segundo. Se tambalea en el suelo, y alguien lo arrastra a través de la habitación, alejándolo del sofá, donde Rikke inmediatamente se pone de pie para perseguirlo. Sin embargo, le resulta difícil caminar; parece un niño pequeño dando sus primeros pasos y casi se cae. Luego, parece encontrar algún tipo de ritmo y avanza tambaleándose tras él, siguiendo el rastro de sangre que Peter ha dejado en el suelo.

«¿Quién me está arrastrando?» se pregunta, girando el cuello para mirar hacia arriba y ver a Dorte tirando de él con ambos brazos. «Oh, es Dorte. Dios, cuánto la amo», piensa sonriendo débilmente.

Los ojos de Dorte se mueven de él a Rikke, y dice algo, aparentemente dirigido a él, pero las palabras son sólo murmullos leves para Peter.

—Te amo —intenta decir, no está seguro de si sale bien, y Dorte parece no escucharlo de todos modos.

Ella lo arrastra a través de una puerta, luego lo suelta y corre de vuelta a la puerta. Justo antes de cerrarla de golpe, Peter ve a Rikke una última vez, mientras se acerca tambaleándose hacia ellos, sus piernas rígidas, sus brazos estirados ansiosamente, su camiseta empapada de sangre, su sangre, y su boca abierta en un gruñido silencioso.

Entonces Peter no ve más.

CINCO

Dorte solía tener pesadillas terribles cuando era niña, probablemente provocadas por la muerte repentina de su madre. Generalmente, soñaba con que algo la perseguía. No era una persona, ni siquiera algo visible, sino un horror indefinible, algo que intentaba alcanzarla y destrozarla miembro por miembro. En los sueños, Dorte corría por su vida, pero no importaba cuán rápido corriera, lo malo siempre la alcanzaba, hasta que se despertaba sudando, jadeando y llorando. El único consuelo que tenía era que, tan pronto como despertaba, la pesadilla se evaporaba.

Sin embargo, la pesadilla en la que se encuentra ahora es real. No se evaporará. No despertará de ella.

Corre por el pasillo y entra en la sala de utilería, tomando cosas de los estantes casi por instinto. Luego corre de vuelta a la cocina. Peter está tendido donde lo dejó, inconsciente en un charco de sangre que sigue creciendo. Su corazón aún bombea sangre de alguna manera a través de su mano mordida y su brazo desgarrado, pero a un ritmo mucho más lento ahora.

Está a segundos de morir por pérdida de sangre.

Dorte se arroja al suelo y comienza a trabajar, vendando sus heridas. Desde la puerta de la cantina se escuchan golpes y gemidos regulares, mientras Rikke intenta abrirla. No hay cerradura en la puerta, pero afortunadamente, se abre hacia afuera, lo que significa que probablemente no podrá abrirla, a menos que descubra cómo presionar simultáneamente la manija y tirar hacia atrás.

«Ella estaba muerta», es un pensamiento que sigue repitiéndose en su mente mientras trabaja en Peter. «Estaba muerta, comprobé su pulso y su respiración. Ella estaba muerta».

Y sin embargo, Rikke claramente ya no está muerta. No, a menos que las personas muertas hayan adquirido de repente la capacidad de caminar.

Dorte ha visto las publicaciones en Facebook y Twitter. Las mismas que mencionó Rikke. Pero las descartó como tonterías adolescentes. Por supuesto, los zombies no son reales. Por supuesto, la situación no se puede comparar con esas películas de terror en las que los cadáveres se reaniman y se levantan para devorar a los vivos. Obviamente, eso no es lo que está sucediendo. Es simplemente una enfermedad agresiva y completamente explicable.

Pero ella estaba muerta.

Dorte termina de poner la última venda y mira a Peter. Aún tiene algo de color y sigue respirando. Parece que lo ha logrado a tiempo.

Un nuevo golpe suena en la puerta. Dorte intenta ignorarlo. Sabe que se supone que debe ayudar a Rikke. Tratarla. Es su deber como doctora. Pero también necesita no contaminarse.

Mira sus manos, todas ensuciadas con la sangre de Peter, y va a lavarlas en el fregadero. Las enjuaga a fondo con jabón.

Luego, regresa a él y le toma el pulso. Todavía está allí, pero débil. Su piel es notablemente más pálida, su frente brilla de sudor.

«Ya tiene fiebre. La infección lo está consumiendo. Dios mío, es rápido...»

Dorte sabe que no puede hacer nada. Sabe que Peter sufrirá el mismo destino que Rikke, y probablemente mucho más rápido. Y le rompe el corazón. Perder a tu hermana pequeña y a tu prometido al mismo tiempo, parece algo que no debería sucederle ni a las peores personas del mundo.

Quiere desesperadamente sentarse y comenzar a llorar. Quiere que la pesadilla termine.

Aun así, la parte lógica de su cerebro, está funcionando en silencio en el fondo. Le dice que todavía tiene cosas importantes que hacer. Y Dorte escucha. Regresa a la sala de utilería y trae un par de correas, el EEG portátil y el pequeño EKG, rodando la mesa a la cocina y colocándola junto a Peter.

Le toma el pulso de nuevo. Aún más débil ahora. Su piel está ardiendo. La fiebre está subiendo. Pronto, su cuerpo cederá.

Dorte acelera su trabajo, ignorando los golpes y gemidos persistentes de la puerta. Arrastra cuidadosamente a Peter unos pocos pies hacia un lado, lo que le permite atar su muñeca y su tobillo a las patas de la mesa usando las correas. La mesa es lo suficientemente pesada como para que dude que pueda moverla. Luego, lo conecta a los instrumentos, colocando los electrodos del EEG en su cráneo y abriendo su camisa para poner los del EKG en su pecho.

Enciende los dispositivos.

El electrocardiograma le muestra lo que ya sabía: Peter tiene un ritmo cardíaco muy irregular y débil.

La electroencefalografía le indica que Peter ya está profundamente inconsciente, ya que sus ondas cerebrales están casi exclusivamente en el estado theta.

Mira su rostro por un momento y siente una punzada en el corazón.

—Lo siento mucho por esto, cariño —susurra—. Pero necesito saber. ¿De acuerdo?

Peter no responde. Su piel ya no está húmeda de sudor. Ella siente su frente y se sorprende al encontrarla muy fría.

Mira nuevamente los instrumentos. El ritmo cardíaco casi ha desaparecido. Las ondas cerebrales están bajando aún más. Dorte se sorprende una vez más de lo rápido que la enfermedad está matando a Peter. Obviamente, llegó a su SNC mucho más rápido que en Rikke.

Entonces, el EKG emite un pitido agudo.

El corazón de Peter ha cedido. El pulso está en línea plana.

Dorte aprieta los labios. Siente un fuerte impulso de saltar y comenzar a realizar RCP. Se dice a sí misma que no funcionará; no funcionó con Rikke. Aun así, sus instintos son más fuertes de lo que pensaba, y le cuesta todo su esfuerzo contenerse.

—Lo siento, cariño —gime, con lágrimas comenzando a caer por sus mejillas—. Lamento mucho no haberte podido ayudar.

El EEG muestra un patrón modesto de ondas cerebrales durante unos segundos más. Luego, desaparecen.

El monitor de frecuencia cardíaca deja de sonar. Un silencio desciende. Excepto por los golpes de Rikke contra la puerta.

Dorte mira el rostro de Peter, conteniendo el aliento, y se da cuenta de que está repitiendo algo en su mente una y otra vez.

«Quédate muerto. Por favor, quédate muerto».

Va en contra de todo lo que ha aprendido en su formación médica, y se siente horrible a nivel humano. ¿Cómo puede desear que Peter permanezca muerto? ¿Qué clase de persona es?

Pasan veinte segundos.

Luego un minuto.

Peter sigue muerto. Los instrumentos permanecen en silencio.

Dorte acaba de empezar a tener esperanzas.

Y luego, sucede.

Sus párpados se contraen y luego se abren.

Ella lo mira fijamente. Los iris y las pupilas de Peter han desaparecido; bueno, no completamente, pero están cubiertos por un color blanco lechoso semitransparente no muy diferente al que se ve en las cataratas, excepto mucho más pronunciado.

Levanta la cabeza del suelo, y aparentemente mira alrededor de la habitación. Sin embargo, no parece ver nada en realidad; es más como si estuviera usando algún otro sentido, como si estuviera tratando de sentir su entorno.

Luego, su rostro se fija en la dirección de Dorte, y su boca se contrae en un gruñido enojado. Ella retrocede y Peter se levanta, es decir, intenta levantarse, pero las correas alrededor de su muñeca y tobillo, le impiden llegar a algo más que una posición sentada incómoda. En lugar de intentar quitarse las correas, simplemente extiende su mano libre en un vano intento de agarrar a Dorte, que ahora está a más de seis metros de distancia. Peter araña el suelo, tratando de avanzar, pero la mesa es demasiado pesada, tal como Dorte esperaba, y no logra avanzar. Ni siquiera mira hacia atrás para ver cuál es el problema; su atención está completamente fijada en ella, su boca expulsando saliva y gruñidos hambrientos.

Si Dorte no hubiera tenido entrenamiento médico, podría haberse desmayado al ver a su prometido. O al menos habría dado la vuelta y salido corriendo de la habitación.

Pero se queda en su lugar. Se dice a sí misma que en realidad no es él, que es simplemente la enfermedad desconocida lo que le hace verse y actuar así. Se dice a sí misma que necesita pensar racionalmente; necesita averiguar qué le pasa, y cómo curarlo.

Logra apartar los ojos de él y en su lugar mira a los monitores.

Y lo que ve hace que su piel se enfríe por completo.

Lo que ve no tiene ningún sentido.

Lo que ve es nada.

SEIS

Henrik se despierta de un sueño profundo y, por un breve y bendito momento, no recuerda nada. Por lo que sabe, podría ser un martes por la mañana, perfectamente normal justo antes de que el despertador suene. Podría estar acostado al lado de Trine, los niños durmiendo en sus propias habitaciones, el mundo exterior a punto de comenzar otro día.

Entonces, todo vuelve a él en una serie de destellos angustiosos.

Nada es ordinario. Jennie está muerta. Dan ha desaparecido. El mundo se está sumiendo en el caos.

Henrik abre los ojos y mira a su alrededor, todavía aturdido, dándose cuenta de que está acostado en la cama de Dan en lugar de en la suya. Luego recuerda por qué; Kirsten, su suegra, y Finn, su vecino de al lado, están ambos alojados aquí con él y Trine. Ocupó la habitación de Dan para que Kirsten pudiera dormir con su hija en su dormitorio, y Finn está durmiendo en la habitación de Jennie.

La vieja habitación de Jennie, se corrige a sí mismo, sintiendo una punzada de dolor en el pecho. La habitación ya no pertenece a nadie; estará vacía como esos dos años en los que Jennie estuvo fuera en el internado; excepto que esta vez, no volverá a casa para las vacaciones. O nunca más.

Henrik aún está sorprendido, de cómo la realización de la muerte de su hija crece cada vez que piensa en ello; es como escuchar las terribles noticias una y otra vez. Se queda allí en silencio durante unos momentos, sintiendo el dolor, luchando por contener las lágrimas.

Habían planeado enterrar a Jennie el viernes. Incluso había ido a elegir un ataúd. Pero ahora, con todo lo que ha sucedido...

El pensamiento lo hace girar la cabeza hacia la ventana. Todavía está oscuro afuera, y la ventana está cubierta con cortinas, dejando entrar sólo un brillo modesto de luz de la mañana

temprano. Puede distinguir las sombras moviéndose casi rítmicamente al otro lado del cristal, y si no supiera mejor, diría que es un juego de luces casi hermoso, como árboles moviéndose con la brisa.

Pero sabe lo que son esas sombras. Y no hay nada hermoso en ellas.

Pero, ¿por qué no están haciendo ningún ruido?

Henrik se sienta en la cama, y es sólo ahora que recuerda que se puso tapones para los oídos. Se los quita y de inmediato, oye los suaves gemidos de gruñidos y el raspado de uñas contra el vidrio de la ventana.

Por eso se puso los tapones para los oídos. Nunca habría podido dormir sin ellos. Ahora, mientras finalmente comienza a despertarse por completo, vuelve la sensación de estrés.

¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo estuve fuera?

Busca en sus pantalones en el suelo y encuentra el teléfono. Son sólo las 04:05 AM, lo que significa que estuvo durmiendo menos de seis horas. Pero mucho más importante: hay cuatro llamadas perdidas de Dan. Henrik intentó llamarlo varias veces anoche antes de irse a la cama, pero iba directamente al buzón de voz, lo que significa que probablemente el teléfono de Dan estaba sin batería.

Henrik no se despertó con el sonido del teléfono, porque tenía los tapones para los oídos, y se arrepiente de habérselos puesto. Dan probablemente esté muy preocupado porque no respondió.

Llama a su hijo, y esta vez no va al buzón de voz. En su lugar, una voz femenina tranquila le dice: "El servicio de telefonía móvil está temporalmente fuera de servicio. Lamentamos cualquier inconveniente". Luego repite el mensaje en inglés.

—Maldita sea —murmura Henrik y lo intenta una vez más, pero obtiene el mismo resultado.

¿Qué significa eso? ¿Se rompió toda la red telefónica? ¿O simplemente está sobrecargada, como suele ocurrir alrededor de la medianoche en la víspera de Año Nuevo, cuando todos llaman a sus amigos y familiares al mismo tiempo?

Revisa el sitio web de la estación de noticias nacional y encuentra que su teléfono aún tiene acceso a Internet, aunque la conexión parece más lenta de lo habitual. Cada titular habla sobre lo que está sucediendo afuera. Con cada uno, el estómago de Henrik se hunde más.

«¡Al menos 10.000 muertos y contando!»

«¡El mayor desastre en la historia de Dinamarca está ocurriendo ahora mismo!»

«La policía intenta sellar la ciudad».

«¡En vivo: Siga la catástrofe minuto a minuto!»

Hay imágenes perturbadoras en toda la página. Cadáveres en las calles. Policías con equipo antidisturbios apuntando armas a los zombis que se acercan. Víctimas con mordeduras sangrientas en salas de emergencia. Atascos de coches chocados. Escaparates rotos. Personas huyendo en grupos.

Es como ver imágenes modernas de la Segunda Guerra Mundial. Excepto que esto podría ser el comienzo de la Tercera.

Y ahora, mientras Henrik finalmente se siente completamente despierto y alerta, puede escuchar los ruidos de fondo de la ciudad. Disparos. Algo rompiéndose. Alguien gritando.

Se levanta y se viste. El gesto es extrañamente familiar y extraño al mismo tiempo. Se está poniendo ropa como lo haría cualquier otro día, como si simplemente estuviera a punto de desayunar, cepillarse los dientes e ir a trabajar.

Sin embargo, en lugar de eso, se dirige por el pasillo hacia el dormitorio. Toca la puerta suavemente, luego la abre. Las persianas están bajadas y la habitación está oscura. Puede distinguir la figura de su esposa bajo la manta. El otro lado de la cama está vacío.

Henrik decide no despertar a Trine. Cierra la puerta de nuevo, luego va a la cocina y encuentra a su suegra preparando café. La radio suena suavemente.

—Te has levantado temprano —dice.

—Nunca me fui a dormir —responde ella, sonriéndole con cansancio—. Simplemente no pude. No con esas cosas afuera de la ventana.

Henrik mira hacia la ventana, que está cubierta por una sábana. A través de ella, puede distinguir las figuras.

—Son implacables —murmura—. Y hay más de ellas que anoche.

—¿Pudiste comunicarte con Dan? —pregunta Kirsten, sin prestar atención a sus comentarios.

—Lo intenté, pero parece que la red está fuera de servicio.

—Oh.

Henrik se sienta en la mesa y se frota la cara.

—¿Durmió bien Trine?

—Creo que sí. Estaba a punto de ir a verla.

—¿Y Finn?

—No lo he revisado. Aquí tienes. —Le trae una taza de café humeante.

—Eres una salvavidas —sonríe, inhalando el aroma del café.

—Deberías comer algo también.

—Lo sé. Simplemente no tengo apetito.

La música se interrumpe por un timbre, seguido de la voz seria de una mujer: "Este es un anuncio público. Permanezcan en sus hogares hasta nuevo aviso. No intenten interactuar con personas infectadas. La ciudad está en cuarentena y ha sido sellada por el ejército. Cualquiera que intente salir será devuelto. La policía está trabajando arduamente para resolver la situación. Mantengan la calma y ayúdense mutuamente. Manténganse informados sobre cualquier desarrollo en nuestro sitio web..."

—Repiten eso cada cinco minutos —dice Kirsten, mientras la música vuelve a sonar. Coloca un plato con dos tostadas frente a él—. Come esto mientras voy a revisar a Trine.

Henrik está a punto de agradecerle, pero no puede comer nada, cuando huele la tostada su estómago gruñe audiblemente. Decide intentar un bocado, y sorprendentemente le va bien. En un minuto, se ha comido todo.

Se recuesta con un suspiro. La sensación de comida en su estómago es reconfortante, y ya se siente un poco mejor. Sorbe el café. Decide intentar llamar a Dan de nuevo. Justo cuando saca su teléfono, la voz de Kirsten lo llama: —¡Henrik!

Hay pánico en su tono, y eso lo hace levantarse de un salto. Corre por el pasillo y se detiene en la puerta abierta del dormitorio, preparado para ver lo peor; como personas muertas trepando por la ventana rota.

Pero el dormitorio se ve igual a como lo vio hace apenas cinco minutos . La única excepción es Kirsten, que está sentada en la cama, llorando junto a su hija, que todavía duerme.

—¿Qué pasa? —pregunta. Ver a su suegra llorar es aterrador para Henrik, ella es una de las personas más firmes que conoce, y lo extraño es que Henrik no tiene idea de por qué podría haberla hecho estallar en lágrimas—. ¿Qué pasó, Kirsten? ¡Dime!

Ella sostiene un frasco de pastillas sin mirarlo.

—Ella... se las tomó todas.

A Henrik le toma unos segundos entender la situación.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. No lo hizo. ¡No lo hizo! —Corre a la cama, casi derribando a Kirsten, arrancando la manta de su esposa y agarrándola por los hombros—. ¡Despierta! ¡Despierta, cariño!

Pero al sentir su piel fría y la forma en que su cabeza se balancea de un lado a otro, sabe que Trine no despertará nunca más.

La suelta y en su lugar se lleva las manos a la frente, retrocediendo.

—No. Oh, Dios, no. ¿Cómo... cómo pudo?

—Debí haberme dado cuenta —dice Kirsten, sollozando—. Oh, mi dulce niña... ¿por qué no me di cuenta?

—Necesitamos... necesitamos llamar a la ambulancia —se oye decir Henrik.

—Es demasiado tarde —dice Kirsten, enterrando su rostro en sus palmas—. Es demasiado tarde...

Henrik camina por la habitación, durante lo que le parecen varios minutos, tratando de asimilar la situación, mientras al mismo tiempo se dice a sí mismo que no puede ser cierto. Los únicos sonidos son los sollozos tranquilos de Kirsten y los gemidos y rasguños de las figuras afuera.

De repente, mientras Henrik pasa junto a la ventana, se ve preso de una furia incontrolable, y grita a las persianas:

—¡Lárguense! ¡Aléjense de aquí! ¡Váyanse, malditos animales!

Las figuras no se alejan. En cambio, parecen agarrarse más ansiosamente al vidrio, tal vez por su voz, o tal vez porque lo sienten justo al otro lado.

Henrik sale del dormitorio. Necesita salir, necesita aire, todo está girando, la atmósfera es sofocante. Pero no puede ir a ningún lado, no puede salir de la casa ni siquiera abrir una ventana. Henrik se apoya en la pared, enterrando su rostro en sus manos.

«Esto no puede ser verdad. Simplemente no puede. ¿Cómo le voy a decir a Dan?»

El pensamiento de su hijo le envía un rayo de luz al estómago. Su hijo todavía está ahí afuera. Tal vez esté en peligro. Tal vez esté luchando por su vida. O tal vez ya esté muerto. Y Henrik está encerrado aquí, sin poder hacer nada al respecto. Y ahora Dan es todo lo que le queda.

«No puedo simplemente quedarme aquí y esperar. Necesito ir a buscarlo.»

—Kirsten —se oye a sí mismo croar.

Unos segundos más tarde, Kirsten aparece frente a él. Sus ojos están rojos, pero ha limpiado las lágrimas y se ha recompuesto.

«Es una verdadera guerrera. Sigue su ejemplo y compórtate».

Henrik se aclara la garganta.

—Me voy. Iré a buscar a Dan. Si está a salvo, probablemente me quedará con él. Si no, intentaré traerlo de vuelta aquí.

Kirsten asiente.

—Creo que es una buena idea.

—Puedes venir conmigo, Kirsten.

Kirsten niega con la cabeza.

—Me quedaré aquí con mi hija.

—Lo entiendo. ¿No te importa que me vaya?

—Creo que deberías. Todavía tienes un hijo.

Henrik aprieta los labios, luego respira hondo.

—Eso es correcto, lo tengo. Y voy a encontrarlo.

Kirsten está a punto de decir algo, cuando se oye un sonido en el pasillo.

—Creo que Finn se está despertando —dice Kirsten.

Henrik había olvidado por completo al vecino durmiendo en la habitación de Jennie.

—Voy a revisar.

—No, déjame a mí. Tú sólo prepárate para irte.

Henrik sonríe.

—Gracias, Kirsten.

Kirsten le devuelve la sonrisa, brevemente. Henrik siente ganas de abrazarla, pero nunca lo ha hecho antes, y sabe que su suegra no lo querría ahora, incluso con todo lo que ha sucedido, es del tipo de la vieja escuela.

Ella va por el pasillo, se detiene en la puerta de la habitación de Jennie, la toca dos veces, luego la abre.

Y es cuando todo pasa de malo a peor.

SIETE

«Está muerto. Pero entonces, ¿por qué se está moviendo? No puede moverse si está muerto. Pero lo está».

El argumento ha estado rondando en la cabeza de Dorte durante lo que parece ser media hora. Se ha levantado y está caminando por la cocina, trazando una línea curva lo suficientemente lejos de Peter como para que no pueda alcanzarla, a pesar de que está intentando incansablemente, extendiendo su mano libre hacia ella, gimiendo y babeando.

Sus ojos siguen volviendo al monitor, con la esperanza de ver algo, cualquier cosa que indique que la situación no es tan insensata como parece.

Pero hasta ahora, no ha tenido suerte.

También le resulta difícil no mirar el rostro de Peter. Esa parte racional del médico, sigue tratando de convencerla, de que no hay emociones discernibles expresadas en el rostro de su prometido muerto, pero de alguna manera no está realmente muerto. Sin embargo, otra parte de ella comienza cada vez más a interpretar algo parecido a la tristeza, el dolor y el anhelo, y le duele el corazón al verlo así. Incluso si no siente dolor físico, es obvio que está en un estado de sufrimiento profundo. Y ella, una doctora, no puede pensar en ninguna forma de aliviar ese sufrimiento.

Ya intentó con la morfina. Definitivamente no lo volverá a hacer.

Consiguió un par de guantes de goma gruesos y una jeringa. Luego, acercándose a Peter con mucho cuidado, logró agarrar su muñeca (que está agitándose), e introducir la aguja en la curva de su codo, administrando una dosis que pondría a un caballo a dormir.

Él la agarró con ansias y casi logró arrancarle el guante, por lo que tuvo que dejar la jeringa clavada en su brazo, mientras retiraba ambas manos y se alejaba de él apresuradamente.

Esperó un minuto. Luego vino el efecto. Pero no como se esperaba.

Primero, sus movimientos se volvieron torpes y aún menos coordinados de lo que ya estaban. Obviamente tenía problemas para mantenerse en pie, y finalmente se desplomó en el suelo, con su brazo libre todavía extendido hacia ella.

Pero sus ojos no se cerraron. Y sus gemidos continuaron.

La morfina, extrañamente, parecía afectar sólo a su cuerpo, dejándolo consciente, si es que se puede llamar consciente a su estado actual, por supuesto. El resultado no fue tanto una sedación como una parálisis, y para Dorte, parecía mucho que Peter todavía estaba sufriendo igual de mucho, excepto que ahora no podía moverse, y esperó impacientemente a que el efecto pasara. Afortunadamente, sólo duró unos minutos, que fue mucho más corto de lo anticipado.

En general, lo que está pasando con Peter es un misterio para Dorte. Nunca se ha encontrado nada en la medicina moderna que pueda explicar cómo su estado de conciencia puede no verse afectado por una dosis alta de morfina; y mucho menos moverse sin ritmo cardíaco o actividad cerebral medible. Y encima de todo, no había podido encontrar nada en las pruebas.

Se ha quedado sin ideas, sin opciones y está en un callejón sin salida. El reloj se acerca a las seis, el día está comenzando afuera y pronto la gente comenzará a llegar para iniciar su jornada laboral. Y los golpes en la puerta de Rikke están empezando a volverla loca.

Es por eso que finalmente decide llamar a las autoridades.

Sale al pasillo y busca su teléfono, busca el número de la policía local en línea y realiza la llamada.

—Policía de Østjylland, ¿cómo puedo ayudarla? —Una voz femenina fría responde de inmediato.

—Sí, hola, ehm... mi nombre es Dorte Møller, llamo desde el Hospital Universitario de Aarhus. Tengo, ehm... tengo a dos personas aquí conmigo, ambas han contraído el virus que actualmente está siendo contenido en Viborg.

Hace una pausa para dejar que la mujer responda.

—Lo siento —dice la mujer, sonando dudosa—. ¿Se refiere por casualidad al Rhabdovirus?

—Sí, ese es.

—Muy bien. ¿Y qué la hace sospechar que las personas están sufriendo de este virus en particular?

—Todos los síntomas coinciden. Y una de ellas tuvo contacto con otra persona infectada, luego ella transfirió la enfermedad a la otra persona que está conmigo ahora.

—¿Dónde sucedió esto?

—En Viborg.

—¿Y ahora está en Aarhus?

—Sí. ¿Podrían enviar a alguien que...?

—¿Sabe que Viborg ha estado bajo cuarentena total desde anoche? Nadie puede entrar ni salir de la ciudad.

—Soy consciente de eso, sí. De todos modos, logramos salir.

Una breve pausa.

—Eso fue altamente ilegal.

Dorte respira hondo.

—Lo sé. Y asumo toda la responsabilidad.

Puede escuchar a la mujer conversar brevemente con alguien en el fondo. Cuando regresa, su voz está ligeramente agitada, pero aún profesional.

—Estamos enviando a alguien ahora mismo.

—Gracias. Necesitamos dos ambulancias y...

—Por favor, me da su ubicación exacta.

Dorte le da la información.

—Como decía, por favor envíen dos ambulancias para que podamos transportar a los pacientes por separado. Además, necesitamos policías con armaduras protectoras y equipo de restricción para asegurar a los pacientes, ya que intentarán morder o rascar a cualquiera que se acerque.

—Nos encargaremos de eso.

—Bien, porque es muy impo...

—¿Han estado los infectados en contacto con alguien más?

—No. Han estado sólo conmigo todo el tiempo.

—¿Ha tenido usted misma, algún contacto físico con alguno de ellos?

—Sí, pero no he contraído el virus.

—No puede saber eso con certeza; el virus podría transferirse a través del contacto físico o...

—No, no lo hace. Se propaga de manera similar a la rabia, a través de la saliva y la sangre. La piel necesita ser penetrada, y no tengo rasguños ni heridas punzantes. Además, no tengo síntomas.

Una breve pausa.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Soy doctora. Por favor, asegúrese de que las personas que envíen tomen las precauciones adecuadas. Lo último que necesitamos es un segundo brote.

—Eso no habría ocurrido si se hubiera quedado dentro del área en cuarentena, doctora.

El énfasis irónico en esa última palabra, y el tono de la voz de la mujer hacen que Dorte quiera decirle que se vaya al infierno, pero sabe que eso no le servirá de nada, y también sabe que la mujer tiene razón. Tal vez debería haberse quedado. Tal vez debería haber seguido las instrucciones oficiales.

Pero simplemente no podía quedarse de brazos cruzados y ver a su hermana morir por una enfermedad desconocida, no mientras estaba convencida de que la cura era bastante simple. Así que convenció a Peter y Rikke. Y mintió a Martin, su amigo de la infancia. Todo esto fue obra suya. Y resultó que no pudo ayudar a ninguno de los dos.

—Tendremos a alguien con usted en cinco minutos —le dice la mujer, trayéndola de vuelta—. Quédese donde está.

—No se preocupe —dice Dorte—. No voy a ninguna parte.

OCHO

Henrik se ha dado la vuelta para volver al dormitorio y empacar un cambio de ropa, cuando Kirsten grita.

Se da vuelta y ve a Finn salir disparado de la vieja habitación de Jennie, lanzándose sobre Kirsten, quien retrocede contra la pared en un vano intento de escapar de su alcance. Pero ya es demasiado tarde, y Finn muerde con fuerza su cuello.

El grito de Kirsten se vuelve aún más agudo y penetrante.

¡Oh, Dios mío!

Henrik corre por el pasillo y agarra el brazo agitado de Kirsten. Comienza a tirar con fuerza para alejarla de Finn, pero Finn actúa como un depredador que acaba de atrapar su desayuno y no tiene ninguna intención de dejarlo ir. Aprieta más con sus dientes, gruñendo y soplando burbujas en la sangre del cuello de Kirsten. También alcanza a agarrarla por el cabello gris, tirando su cabeza hacia un lado.

Kirsten grita de nuevo, en un tono muy agudo, pero un poco más débil que antes, y por un terrible momento, parece un juguete tironeado entre dos niños grandes, mientras Henrik tira de ella en una dirección, y Finn tira en la otra.

—¡Suéltala! —grita Henrik, y luego, sin pensar, suelta a Kirsten con una mano para lanzar un puñetazo a Finn. Sus nudillos conectan con la sien del viejo, y su mandíbula se abre por un momento, mientras parpadea con sus ojos muertos y retrocede, soltando su agarre en el cabello de Kirsten y permitiendo que Henrik la saque. Casi se derrumba en sus brazos, y Henrik la arrastra por el camino, medio la levanta hacia el final del pasillo, lejos de Finn.

Pero el vecino rápidamente recupera su equilibrio y viene tambaleándose tras ellos, con los brazos extendidos y la parte inferior de su rostro cubierta de sangre.

Detrás de él, otra figura sale de la vieja habitación de Jennie. Henrik reconoce brevemente a Lone, aunque su cabeza está inclinada de manera extraña hacia un lado y su cuello está todo desgarrado. Detrás de ella, una mujer más joven y un adolescente aparecen. Los tres llenan el pasillo, y más parecen estar empujando desde atrás.

¡Dios mío, cuántos había allí!

Kirsten casi ha perdido el conocimiento ahora, y no puede mantenerse en pie, lo que significa que Henrik no puede sacarla del camino a tiempo.

—¡Retrocede! —grita en cambio a Finn, quien ignora completamente la orden y simplemente se lanza hacia ellos aún más rápido.

Henrik da un paso adelante y, todavía sosteniendo a Kirsten en un abrazo incómodo, lanza una patada fuerte a la pierna del viejo. Su talón aterriza perfectamente en la rótula, y hay un fuerte, crujido y un sonido muy satisfactorio de ruptura cuando la pierna de Finn se dobla hacia atrás, luego colapsa sobre sí misma, enviando a Finn al suelo.

Henrik se queda mirando a su viejo vecino durante medio segundo, asimilando la absoluta absurdidad de la situación, y dándose cuenta periféricamente de que acaba de romper la rodilla mala de Finn, que ya estaba dañada por un accidente de motocicleta hace cuarenta años, Finn una vez le contó sobre eso una noche de verano, donde los dos compartieron una cerveza en el jardín trasero, mientras Dan corría con su pañal por el césped, persiguiendo mariposas y riendo.

El recuerdo pasa en un destello, antes de ser reemplazado por lo que tiene delante de Henrik ahora: Finn, tirado en el suelo, gruñendo y luchando, con sus ojos muertos y blancos girando en sus órbitas.

A pesar de que su pierna ahora está doblada en la dirección equivocada, lo que parece tanto extraño como increíblemente doloroso, Finn intenta levantarse de inmediato. Y cuando no funciona, se arrastra con los codos hacia adelante, arañando la alfombra.

Lone lo alcanza y, en lugar de pasar alrededor de él, simplemente se tambalea sobre él, enredando sus pies en las piernas de él y cayendo sobre él.

Henrik ha ganado los pocos segundos que necesita para arrastrar a Kirsten de vuelta al dormitorio. Cierra la puerta de golpe y gira la llave, luego arrastra a Kirsten hacia la cama. La pone al lado de Trine y la rueda sobre su espalda.

—¿Kirsten? ¡Kirsten! ¿Puedes oírme?

Las marcas de mordida en el cuello de Kirsten parecen realmente mal. Finn aparentemente arrancó un gran trozo de piel, cortando varios tendones y venas. La sangre apenas fluye ya, y la respiración de Kirsten casi ha desaparecido.

—Lo siento, Kirsten —suplica Henrik, sabiendo que es demasiado tarde, sabiendo que toda la RCP del mundo no la salvará.

Recuerda de un documental que vio recientemente que el cuerpo humano contiene entre un galón y un galón y medio de sangre, y la mayor parte de la sangre de Kirsten ahora está en su ropa, en la ropa de Henrik, en el suelo, en cualquier lugar menos donde debería estar: dentro del cuerpo de Kirsten.

—Lo siento mucho —susurra de nuevo, con lágrimas llenando sus ojos, haciendo que el rostro pálido de su suegra se vuelva borroso frente a él.

Luego, para su sorpresa, ella habla en una voz baja y tensa:

—Está bien... está bien, Trine... te amo, cariño...

Henrik aprieta los labios, mirando de reojo a su esposa muerta, que parece tan pacífica que podría estar simplemente durmiendo.

—Ella también te ama —gime, luchando por contener los sollozos—. Pronto la verás, Kirsten.

Kirsten no responde, pero una leve sonrisa se dibuja en su rostro, antes de girar la cabeza hacia un lado. Luego, con un último suspiro, susurra:

—¿Dónde está Dan?

Henrik la observa mientras muere; puede decir el momento exacto en que sucede. Se siente como si algún tipo de energía dejara la habitación.

Soy el único que queda vivo en esta casa.

Desde el pasillo, el sonido de los intrusos se vuelve más fuerte, ya que más de ellos probablemente están entrando en la casa a través de la habitación de Jennie. Aparentemente, pueden sentir la fuente más cercana de carne fresca, él, porque comienzan a rascar la puerta del dormitorio.

Henrik mira a la ventana. No hay figuras visibles a través de la cortina. Deben haberse aglomerado en la ventana abierta de la vieja habitación de Jennie.

Mira a Kirsten y nota el tono verdoso que ha tomado su piel. Probablemente sea solo cuestión de minutos antes de que se despierte de nuevo.

Luego, vuelve la vista hacia Trine, y un pensamiento surge con sorprendente claridad: Este probablemente será la última vez que vea el rostro de mi esposa.

Extiende la mano y acaricia su mejilla. Es suave y muy fría. Gime de dolor y tristeza, luego se levanta antes de que las emociones lo abrumen.

Está agradecido de que ella no regrese como un monstruo sin mente. Al menos eso es algo.

Recoge la ropa limpia del armario, lo que originalmente vino a buscar aquí, y luego va a correr las cortinas. El dormitorio da al lado del jardín, y no hay nadie a la vista. Abre la ventana y sale.

Echa un último vistazo al dormitorio, y de inmediato se arrepiente.

Kirsten está sentada erguida. Lentamente gira la cabeza para mirarlo, y él observa con cuidado sus ojos muertos y lechosos, antes de girarse y correr.

NUEVE

Esos cinco minutos parecen más como media hora, pero finalmente, Dorte escucha a alguien llamando desde el pasillo.

Ha estado parada fuera de la puerta de la cocina, escuchando los gemidos y quejidos de Peter desde el otro lado, mirando la pared y sin realmente pensar en nada.

—¿Hola? —llama una voz masculina.

Dorte parpadea.

—¡Por aquí!

Aparecen dos oficiales. Están vestidos con uniformes regulares y no llevan equipo de protección en particular. Uno de ellos lleva unas gafas grandes y retro que no le favorecen nada, y el otro es muy alto.

—¿Es usted Dorte Møller?

—Sí, soy yo; soy la que los llamó.

Los dos hombres se detienen a cierta distancia de ella.

—No se preocupen, no estoy infectada —les dice con una sonrisa cansada—. Ya tendría síntomas.

—¿Los infectados están ahí dentro? —pregunta el oficial alto, señalando hacia la puerta de la cocina.

—Sí. Peter Nielsen está en la cocina, y mi hermana, Rikke Møller, está en la cantina.

—¿Y los aseguraste a ambos? —pregunta el oficial con gafas.

—Bueno, Rikke está encerrada y Peter está atado a una mesa.

—¿Es seguro abrir esa puerta, entonces? —pregunta el oficial alto.

—Sí. Pero realmente no deberían acercarse a ninguno de ellos sin...

—No estamos aquí para lidiar con los infectados —interrumpe el oficial con gafas, en un tono nasal e irritante—. El equipo especializado llegará en breve. Por favor, muéstrenos a los infectados.

Dorte abre la puerta y muestra a los oficiales el camino. Ellos se acercan, asegurándose de no tocarla.

—Dios santo —exclama el oficial alto al ver a Peter, quien inmediatamente intenta alcanzarlos, pero es detenido por la correa.

—¿Qué le hiciste? —pregunta el otro oficial, mirando a Dorte y luego al casco y los electrodos que aún están conectados a Peter.

—Intenté medir su actividad cerebral y su ritmo cardíaco.

—Ajá —dice el oficial, mirándola de manera acusadora—. Nos dijeron que era doctora.

—Así es. Trabajo aquí.

—Entonces, ¿pensaste que era buena idea traer a dos infectados aquí?

—Mire —suspira Dorte—. Ya recibí una reprimenda de la mujer al teléfono. ¿Podríamos simplemente saltarnos esa parte? Traté de ayudarlos, ¿de acuerdo? Estaba segura de que podía curarlos de alguna manera. O al menos averiguar qué les pasa.

—La próxima vez, deja que las autoridades hagan su trabajo —sugiere el oficial alto con una mirada de reproche—. ¿Dónde está el otro?

—Ella está en la cantina —dice Dorte, señalando la puerta de la cantina.

Los oficiales la miran con impaciencia.

—¿Podrías por favor mostrarnos? —pregunta el oficial con gafas, en un tono de cortesía fingida.

—No, no puedo. No podemos abrir la puerta; ella está justo del otro lado.

—¿Estás segura de eso? —pregunta el oficial alto. Se ha acercado a la puerta de la cantina y está escuchando—. No escucho nada.

Dorte se acerca a la puerta, pone su oído contra ella y escucha.

—Probablemente se cansó. —Sin pensarlo más, abre la puerta.

Ambos oficiales saltan hacia atrás instintivamente.

Pero el umbral está vacío. Dorte no puede ver a Rikke en ningún lado. Mira alrededor de la cantina, preguntando con una voz esperanzada:

—¿Rikke?

No hay respuesta.

Camina más adentro, escaneando todas las mesas, el sofá donde Rikke estuvo acostada antes.

—Ya no está aquí —murmura.

—Entonces, ¿dónde está? —pregunta el oficial alto, de repente a su lado.

—Dios mío, no me digas que se escapó —dice el otro oficial desde atrás.

—Por supuesto que no —dice Dorte—. Ninguna de las ventanas está abierta y... —Se detiene abruptamente cuando su mirada se posa en la fila de ventanas. Una de ellas está abierta unos treinta centímetros. De repente, siente una fuerte sensación de vértigo—. Oh, no... la señora de la limpieza debió de... se debió de olvidar de cerrarla.

—Mierda —gruñe el policía alto y corre a revisar la ventana—. Hay huellas afuera en el jardín. Obviamente, ella...

Es interrumpido por un sonido que viene desde afuera. Es una bocina de auto sonando a unas pocas cuerdas, seguida de un fuerte golpe.

Dorte sacude la cabeza con incredulidad.

—Oh, Dios. Probablemente fue ella. Espero que nadie haya salido lastimado.

Como para responder a su pregunta, alguien comienza a gritar. Otra voz se une pronto, un hombre, gritando. Hay miedo en su voz.

El policía alto toma un radio de su cinturón.

—Cuatro-cuatro-siete, llamando desde Skejby, solicitando refuerzos inmediatos...

El policía con gafas agarra a Dorte por el hombro y la lleva de vuelta a la cocina.

—Estás bajo arresto —dice, mirándola con desdén—. Son ahora... las 6:24 AM y quedas detenida.

La guía hacia el exterior, bajo la luz brillante del sol. Dorte entrecierra los ojos mientras se le llenan de lágrimas, recordándole que no ha dormido en toda la noche. El policía abre la puerta trasera del coche patrulla y empuja a Dorte adentro. Luego se inclina y le susurra, lo suficientemente cerca como para que ella huela el café en su aliento:

—Espero que no hayas causado que esto se salga de control. No podría vivir conmigo mismo si fuera tú.

Dorte abre la boca para decir algo, pero no sabe qué. Él tiene razón. Y tampoco espera una respuesta, simplemente cierra la puerta de un golpe. Incluso desde dentro del coche de policía, Dorte puede escuchar más gritos y gritos, otra bocina de coche y el chirrido de neumáticos.

No, no, por favor, Rikke, por favor, no lastimes a nadie...

En ese momento, un coche de policía más grande llega al estacionamiento, y un grupo de seis hombres armados salta del vehículo.

—¡Ya era hora! —grita el policía con gafas—. Uno de ellos está en la cocina. El otro se escapó. Mi compañero está llamando por refuerzos ahora.

Dorte mira en silencio, atónita, mientras el grupo de intervención se apresura a entrar en el edificio.

DIEZ

Henrik corre alrededor de la casa. El sol ya ha salido, pero el aire de la mañana aún se siente ligeramente frío, lo cual es un alivio ante el calor sofocante que regresará en unas horas. Al llegar al camino de entrada, se da cuenta de que apenas hay ruidos de fondo; de hecho, la ciudad está inquietantemente silenciosa. En cambio, puede oler humo y algo más que no puede identificar.

Corre hacia el Prius y se sube. Afortunadamente, suele guardar la llave en el bolsillo del pantalón, y hoy no es diferente, por lo que el coche se enciende al presionar el botón de encendido.

Conduciendo con cuidado hacia la calle, se encuentra con una escena poco alentadora. Varios coches están chocados o estacionados apresuradamente, tanto en medio de la calle como en la acera. Hay cosas tiradas, como ropa, un zapato, una maleta, una gorra, incluso una bolsa de compras con el contenido aplastado y esparcido. Más de una vez, Henrik nota grandes charcos oscuros en el asfalto, que sólo pueden ser de sangre. También ve un rifle de caza. Sabe que no tiene sentido recogerlo; primero, nunca ha usado un arma de fuego en su vida, y segundo, no tendría idea de dónde conseguir balas.

Lo único que Henrik no ve (lo cual es una sorpresa) son cadáveres. No hay cuerpos muertos esparcidos por las calles. Y le lleva unos minutos descubrir por qué. La respuesta, por supuesto, es obvia. Los cuerpos muertos ya no se quedan muertos. Se levantan y caminan. Buscando cuerpos vivos y frescos que puedan matar y comer.

Como si confirmara sus pensamientos, Henrik ve un movimiento cerca de una casa. Disminuye un poco la velocidad, mirando hacia el jardín delantero para ver a dos figuras de pie frente a una ventana, arañando el vidrio. Una de ellas es Michael, un soltero que vive tres casas más abajo. Es fácil de reconocer, incluso de espaldas, ya que pesa unos 160 kilos y lleva la misma vieja

camiseta negra de Star Wars de siempre. Excepto que ahora está hecha jirones y muestra la carne pálida cubierta de mordiscos debajo.

Unas casas más adelante, ve a dos niños y un anciano frente a una puerta, rasguñando. Luego una mujer con un solo brazo, usando tanto el brazo restante como el muñón sangriento para acariciar una ventana. Henrik se siente enfermo, al pensar en quién podría estar atrapado dentro de las casas, como él hace unos minutos. ¿Cuántos más hay en toda la ciudad ahora mismo? ¿Cuánto tiempo antes de que alguien abra una ventana accidentalmente? ¿Cuánto tiempo pueden durar con sólo lo que tienen en la nevera? ¿Cuánto tiempo antes de que las autoridades puedan controlar la situación y neutralizar a todos los muertos?

Al menos los zombies que intentan entrar en las casas son una señal clara de que aún hay personas vivas. Eso es lo único positivo que Henrik puede pensar en este momento.

Pasa junto a un coche estacionado a medio camino en una entrada. Cuatro muertos están agrupados alrededor, arañando las ventanas. Henrik disminuye la velocidad y se detiene a una distancia prudente, lo suficientemente lejos para que los zombis no se sientan atraídos por él en lugar de quien sea que esté en el coche. Entrecierra los ojos en un intento de mirar a través de la ventana delantera. ¿Quién está ahí? ¿Y por qué no están conduciendo?

Alguien le hace señas frenéticamente. Ve el rostro de una chica enmarcado por un pañuelo y reconoce a Nasira, la joven musulmana que vive en la calle. Sus ojos son grandes y asustados, suplicando por ayuda.

Conduce un poco más cerca y baja la ventana un poco. —¡Oye! ¿Cuál es el problema? ¿Por qué no conduces?

Nasira se inclina hacia el lado del pasajero y baja la ventana. Le grita: —¡La llave! ¡Se me cayó la llave!

—Oh, mierda —murmura Henrik—, ¿Dónde está?

Uno de los zombis está rodeando el coche, y Nasira tiene que subir la ventana de nuevo. Ella lo mira, luego gesticula y señala hacia el frente del coche. Henrik estira el cuello y escanea el asfalto. Y allí, justo frente al coche de Nasira, está la llave. Debió haberla dejado caer al correr alrededor del coche.

Henrik asiente hacia ella y levanta una mano, tratando de decirle que espere mientras piensa.

No puede salir del coche; sería demasiado arriesgado. Pero alguien tiene que hacerlo, si quieren la llave. O tal vez no. Tal vez pueda acercarse lo suficiente para agarrarla sin salir.

Pone el coche en marcha y avanza con cuidado. Necesita posicionar el coche en un ángulo incómodo, justo contra el coche de Nasira, para alcanzar la llave desde la puerta, y va adelante y

atrás unas cuantas veces, tratando de hacerlo bien. No es fácil, porque no puede ver la llave una vez que se acerca lo suficiente.

«Me siento como una vieja tratando de estacionar en paralelo», piensa, casi estallando en una risa aguda, pero logra contener el sonido. Si Nasira, que lo observa de cerca desde su propio coche, lo viera reírse en este momento, pensaría que ha perdido la cabeza.

Justo cuando logra colocar el coche en la posición correcta y está a punto de abrir la puerta y extender la mano, se escucha un grito desde el otro coche.

Henrik se sobresalta y mira por la ventana delantera, esperando ver zombis entrando en el coche de Nasira a través de una ventana rota. Pero todas las ventanas están intactas. Nasira está mirando hacia arriba, hacia la entrada, con las manos en la boca y los ojos aterrorizados.

Henrik sigue su mirada y siente una sensación de hundimiento en su estómago. —Oh, mierda.

Los Ahmad son fáciles de reconocer, mientras avanzan tambaleándose por la calle, por el pañuelo que lleva la mujer y la piel morena del hombre. La mamá de Nasira está relativamente ilesa, excepto por un cráter desagradable en la clavícula; el pañuelo sigue puesto, aunque un poco torcido. Su papá, sin embargo, parece haber pasado por una picadora de carne. Su línea de la mandíbula está completamente mordida, la piel colgando en hilos desgarrados, revelando el hueso brillante y desnudo debajo. Su hombro derecho también ha sido devorado hasta la articulación, causando que el brazo cuelgue flácidamente a su lado. Alguien también ha hecho un número, en los músculos de su muslo y pantorrilla, convirtiendo su pierna en un palo tembloroso y sangriento. Y su ojo izquierdo ha desaparecido, aparentemente arrancado de la cuenca por dedos ansiosos.

Al mirar las manos ensangrentadas de la señora Ahmad, Henrik encuentra razonable asumir que podría ser la culpable. La náusea sube desde su estómago, y necesita tragar fuerte para mantener el desayuno en su lugar.

Nasira sigue mirando a sus padres muertos, gritando. No se dirigen hacia su coche, sino hacia el de Henrik. Ya es demasiado tarde para abrir la puerta, ya que el papá cierra la distancia rápidamente e intenta abrirse paso a través de la ventana lateral, arañando ansiosamente a Henrik al otro lado.

Henrik cierra la puerta y aparta la mirada, su pulso se dispara mientras el coche se balancea suavemente.

No te preocupes, se dice a sí mismo, no tienen la habilidad para romper una ventana de coche.

Nasira sigue gritando, así que Henrik toca la bocina. El sonido la sobresalta y la saca de su trance. Ella lo mira, y él levanta ambas manos en un gesto que espera señale algo como “mantén

la calma, yo me encargo de esto”.

Aparentemente, la chica entiende el mensaje, porque asiente con valentía.

Henrik pone el Prius en reversa y retrocede. Ambos zombies lo persiguen.

—Eso es, síganme —susurra, revisando los espejos para asegurarse de no chocar con nada ni nadie.

Cuando está lo suficientemente lejos, se detiene y avanza de nuevo, girando hacia un lado y pasa rápidamente junto a los Ahmad. Al acercarse de nuevo al coche de Nasira, se detiene justo al lado de la llave, abre la puerta, estira la mano, pero es detenido por el cinturón de seguridad.

—Mierda —murmura, desabrochándose, se inclina una vez más y agarra la llave.

Nasira grita.

Henrik se endereza y deja escapar un rugido de sorpresa.

El tipo apareció de la nada. Sus dedos ensangrentados se extienden y agarran la camisa de Henrik antes de que tenga tiempo de cerrar la puerta. Espera ser sacado del coche o mordido en el cuello.

En cambio, el tipo dice: —¡Ayúdame! ¡Tienes que ayudarme! ¡Sácame de aquí, hombre!

Henrik parpadea, dándose cuenta de que el tipo no es un zombi. Aun así, está empapado en sangre y tiene varios arañazos profundos de uñas en los brazos. Henrik lo reconoce vagamente como el carpintero de unas calles más allá. No recuerda su nombre. Los ojos del tipo están muy abiertos y asustados.

—¡No me atraparon! —dice, con la voz aguda por la histeria—. ¡Lo intentaron, pero logré escapar! ¡Tienes que ayudarme, hombre!

—Yo... yo no puedo... —consigue decir Henrik, pero el tipo no lo escucha. Simplemente se empuja dentro del coche, trepa sobre Henrik y se sienta en el asiento del pasajero.

—¡Ve! —dice, señalando frenéticamente—. ¡Sácanos de aquí! ¡Conduce!

—Mira, no puedo ayudarte —dice Henrik, recordando cerrar la puerta, mientras el señor y la señora Ahmad están a punto de alcanzarlos—. Necesitas salir de mi coche.

El carpintero ni siquiera lo mira. Sólo sigue señalando hacia adelante y repitiendo una y otra vez: —¡Conduce, hombre! ¡Sácanos de aquí!

—¡Oye! —grita Henrik—. ¡Escúchame!

El tipo lo mira.

—Estás infectado —dice Henrik—. No puedo ayudarte. Tienes que salir.

El tipo asiente. —Sí, lo sé. Sólo sácanos de aquí. Estaremos bien. Yo estaré bien. ¡Sólo conduce, hombre!

—No, no lo entiendes. No me iré a ningún lado hasta que salgas del coche.

El tipo lo mira, pero sus ojos van y vienen, y Henrik no está seguro de cuánto está entendiendo.

—No voy a salir —dice, sacudiendo la cabeza—. No con esas cosas afuera. ¡Casi me atraparon, hombre! ¡Pero logré escapar!

Henrik mira las marcas de arañazos sangrantes en los brazos del tipo, la sangre gotea en el asiento. Mira su propio regazo, dándose cuenta de que el tipo lo manchó con sangre cuando trepó sobre él. Siente en ese instante un golpe de miedo en su estómago.

«¿Qué tal si también estoy infectado? ¿Qué pasa si te infectas sólo con tocar la sangre?»

De repente, el miedo se convierte en rabia.

—Sal —dice, girándose hacia el tipo—. Ahora mismo.

—Sólo conduce, hombre. Sácanos de...

—¡Sal del coche! —grita Henrik—. ¡Sal del maldito coche, ahora mismo!

El tipo lo mira, y por un momento, hay una clara comprensión en su rostro. —¿No... no quieres ayudarme, hombre?

—¡No, no quiero! ¡Porque ya estás muerto!

El rostro del tipo pasa de la sorpresa al dolor y luego al miedo. Henrik puede ver que el tipo finalmente lo entiende completamente, y se siente mal por él. Comienza a sacudir la cabeza. —No... no, estaré bien... sólo sácame de aquí... sólo conduce, hombre! —De repente se lanza hacia el volante, aparentemente tratando de tomar el control del coche.

Henrik se inclina hacia atrás, levanta su pierna derecha y la empuja contra el tipo. La patada lo envía hacia atrás con fuerza, golpeándolo contra la puerta. El tipo jadea por aire, dándole a Henrik unos segundos para estirarse y abrir la puerta. Lo empuja de lado, pero el tipo agarra el brazo de Henrik, y Henrik lo suelta con un rugido. —¡No me toques!

Usa la pierna en su lugar, la recoge de nuevo y pateo al tipo una vez más. Pero esta vez, el tipo está preparado, y agarra el marco de la puerta, aferrándose. Henrik lo pateo de nuevo, presionándolo un poco más fuera de la puerta, pero el tipo está decidido a luchar por su vida, su expresión es una mezcla terrible de desesperación, angustia e incredulidad.

—¿Qué estás haciendo, hombre? ¡Detente! ¡Ayúdame!

Henrik lo pateo de nuevo, pero el tipo se mantiene firme. Justo cuando Henrik se da cuenta de que no podrá sacar al tipo, la señora Ahmad aparece como un resorte detrás de él. Sus dedos rodean y agarran la cara del tipo por detrás, tirando de su cabeza hacia atrás, luego hunde sus dientes en la frente del tipo.

El tipo grita y finalmente suelta el marco de la puerta para luchar contra la atacante, lo que provoca que caiga sobre el asfalto. El papá de Nasira se une a la pelea antes de que el tipo pueda levantarse, y grita de dolor mientras ambos zombies se abalanzan sobre él.

Henrik se estira, agarra la puerta y la cierra de un tirón, bloqueando todas las puertas. Se siente como si estuviera a punto de desmayarse, como si no estuviera realmente allí. Las últimas palabras del tipo que grita llegan al coche, pero Henrik apenas las registra.

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Por favor, ayúdame!

Luego, las palabras se vuelven inaudibles y, unos segundos después, la voz del tipo se apaga por completo.

Henrik mira hacia el coche de Nasira, viendo que ella le hace gestos.

Oh, eso es cierto, piensa distraídamente. Casi olvidé lo que estaba haciendo.

Mira hacia abajo y ve la llave aún en su mano. Conduce hacia adelante, alineándose justo al lado del otro coche, tan cerca que los espejos laterales se rozan. Usa el parachoques para empujar al zombie que está afuera de la puerta de Nasira. Cuando las ventanas laterales se alinean, baja la ventana y Nasira hace lo mismo.

—Aquí tienes —dice Henrik, entregándole la llave.

Ella la toma con una mano temblorosa. Su rímel ha dejado líneas negras por sus mejillas. —Gracias —susurra con su acento árabe discreto—. Nos has salvado la vida... Dios te bendiga.

Henrik no sabe la forma educada de devolver una bendición, así que simplemente dice: —Igualmente —Luego, se da cuenta. —Espera, ¿a qué te refieres con "nuestras vidas"?

Un movimiento desde el asiento trasero del coche de Nasira hace que estire el cuello y mire. Ve a un niño, no mayor de diez años, acurrucado bajo una chaqueta, sus ojos marrones y asustados mirando a Henrik.

—Oh —dice, recordando que los Ahmad tienen dos hijos. Mira a Nasira, sintiendo que su estómago se hunde al pensar en esos dos niños quedándose solos ahora—. Cuida bien de él.

Ella asiente, mira la llave, luego lo mira de nuevo, vacilante. —¿Puedes... puedes decirme cómo hacerlo?

—¿Cómo qué? ¿Encender el coche?

—Cómo conducir. No tengo licencia.

Henrik la mira fijamente, luego murmura: —Es cierto, sólo tienes diecisiete, como Jennie.

—Si sólo me explicas cómo hacerlo, estoy segura de que puedo manejarlo —dice Nasira.

—¿Has tenido alguna práctica?

—Bueno, no, pero...

—¿Alguna vez has estado al volante?

Ella niega con la cabeza.

Henrik suspira. —No sirve de nada, Nasira. No puedo enseñarte a conducir un coche en dos minutos, y aunque pudiera...

Echa un vistazo a los zombies, que intentan ansiosamente abrirse paso entre los coches. Uno de ellos está tendido de espaldas sobre el capó de su coche, agitando los brazos como un niño pequeño, que aún no sabe gatear.

Piensa en Jennie entonces, sin ninguna razón aparente. No quiere pensar en ella, no ahora. Se había dicho a sí mismo que no lo haría hasta después del funeral. Pero ahora probablemente no habrá ningún funeral, y no puede evitar recordar su rostro sonriente. Una profunda tristeza le oprime el pecho, dificultándole la respiración.

Ya perdió a su hija. Y si deja a Nasira y a su hermano pequeño así, ellos también terminarán muertos.

—Vendrás conmigo —le dice a Nasira.

—No, no podemos —dice Nasira, sacudiendo la cabeza—. No queremos ser una carga para ti.

—No lo serás. De todos modos, es mejor que nos ayudemos mutuamente.

Está a punto de decir algo más, cuando su hermano grita algo en árabe. Nasira se vuelve y le responde. Intercambian algunas palabras. El niño levanta la voz y comienza a llorar. Nasira se muerde el labio, luego vuelve a mirar a Henrik.

—¿Qué dice? —pregunta Henrik.

—Mi hermano quiere venir contigo.

—Chico listo. Ayúdalo a pasar. Ambos tendrán que trepar por la ventana.

Nasira no parece nada cómoda con la idea. Más zombies se han unido ahora, y Henrik cuenta al menos diez alrededor de los coches, incluidos los Ahmad, todos empujándose para llegar a la carne fresca dentro. El que está sobre el capó se ha acercado un poco más, y otro se ha metido por detrás, pero ninguno está lo suficientemente cerca para alcanzar la ventana abierta.

Nasira le habla al niño en árabe, y él se sube al asiento delantero, luego sobre su regazo. Mira a Henrik a través de las ventanas antes de mirar nerviosamente hacia los lados.

—Está bien —lo tranquiliza Henrik, extendiendo los brazos para recibir al niño—. No te harán daño.

El niño agarra las mangas de Henrik con cautela, y Henrik lo jala con cuidado. La transición va sin problemas, y luego el niño está sentado en el asiento trasero del coche de Henrik.

—¿Ves? —le dice, girando en su asiento y sonriendo al niño—. Eso no fue tan malo, ¿verdad?

El niño le devuelve la sonrisa tímidamente, sacudiendo la cabeza.

—Hablas danés, ¿verdad?

El niño asiente.

—¿Cómo te llamas?

—Ali.

—Yo soy Henrik.

—Lo sé.

Henrik intenta parecer lo más tranquilizador posible. —No mires a las ventanas, ¿de acuerdo? Sólo mantén la cabeza baja. Ahora ayudaré a tu hermana.

Ali asiente de nuevo y se agacha.

Henrik se vuelve hacia Nasira. —Tu turno. Tendrás que trepar sobre mí.

Nasira ya ha levantado las piernas, encogiéndose en el asiento delantero. Extiende una mano hacia él, y Henrik la toma; el toque de su piel suave y sus dedos delgados le recuerda dolorosamente a Jennie, y traga un sollozo de emoción.

—Está bien —dice, más para sí mismo que para ella—. Puedes hacerlo.

Pero Nasira no se mueve de inmediato; está mirando a los zombies, su rostro está temblando ligeramente. Susurra una sola palabra en árabe.

Henrik sigue su mirada y ve a la señora Ahmad, que se ha empujado al frente de los otros muertos vivientes, tratando ansiosamente de abrirse paso entre los coches, arañando la pintura con sus uñas largas, gruñendo hacia ellos.

—No la mires —dice Henrik, haciendo su voz firme—. ¿Me escuchas, Nasira? No puedes mirarla, sólo empeorará la situación. ¡Oye!

Ella no reacciona a su voz, sólo sigue murmurando en árabe, con lágrimas llenando sus grandes ojos marrones.

—¡Nasira! —llama el niño desde el asiento trasero.

Nasira aún no responde ni aparta la mirada de su madre.

Henrik se estira y, colocando el pulgar en su barbilla, gira suavemente su cabeza, obligándola a mirarlo a los ojos. —Está muerta. Esa ya no es ella. Lo siento mucho.

El rostro de la chica se descompone, las lágrimas se desbordan. Lloro por un momento, apretando la mano de Henrik.

—Está bien —le dice suavemente—. Sé cuánto duele.

Nasira se controla, se limpia los ojos, luego respira hondo y tembloroso y se cuela por la ventana. Trepa sobre Henrik y se sienta en el asiento del pasajero. El niño la agarra desde atrás y

la abraza.

Henrik sube la ventana, y los gruñidos y gemidos de los zombis se vuelven un poco más distantes. Pero el coche aún se balancea suavemente por el empuje de ellos.

Henrik se abrocha el cinturón de seguridad. —Abróchate el cinturón. Y cierra los ojos.

Tanto Nasira como el niño hacen lo que él pide.

Henrik muerde fuerte, apretando el volante, mientras mira a los zombies abarrotando el frente del coche. Hace sólo unos días, nunca hubiera pensado que tenía en él lo que está a punto de hacer. Pero han pasado muchas cosas en los últimos días; de hecho, en las últimas horas. Y Henrik es alguien nuevo ahora.

Pone el Prius en marcha y pisa el acelerador.

La sensación de los huesos rompiéndose bajo las ruedas es increíblemente satisfactoria.

Nasira no parece disfrutarlo tanto, ya que deja escapar un gemido, pero mantiene los ojos firmemente cerrados.

—Ya pasó —dice Henrik.

Conduce hasta el final de la calle, llegando a la intersección. Detiene el coche y mira a ambos lados. La vista es más o menos la misma en ambas direcciones: coches estacionados de manera desordenada, cosas esparcidas por todas partes, algunas personas muertas deambulando.

—¿A dónde vamos? —pregunta Nasira.

—Necesito encontrar a mi hijo. Se fue de casa ayer, pero no estoy seguro de dónde está.

Saca su teléfono y llama a Dan. Esta vez, la llamada pasa.

ONCE

Dan debe haber estado durmiendo (lo cual es una sorpresa para él, dadas las circunstancias) porque tuvo un sueño sobre Jennie, y ella estaba viva y bien. A medida que regresa gradualmente al mundo despierto, recuerda brutalmente que Jennie no está ni viva ni bien.

Se sienta y mira alrededor de la pequeña habitación, débilmente iluminada, luchando por recordar dónde está. No hay ventanas, y sólo unos pocos focos LED en el techo le proporcionan suficiente luz para ver. La cama es más como una litera militar que otra cosa. Hay otras tres como ella, dos de ellas suspendidas sobre las otras.

Entonces recuerda: el lugar de Holger. El escondite subterráneo.

Bajó aquí a dormir porque el sonido de los zombies rasguñando las ventanas de arriba lo molestaba.

Se frota los ojos, bosteza, luego se pone de pie. Su tobillo lesionado se siente notablemente mejor, lo cual es un alivio. Odiaría no poder moverse por su cuenta en este momento.

Revisa su teléfono, pero aún no hay llamadas perdidas. Quiere llamar a su papá de nuevo, pero primero necesita algo de beber, ya que su garganta está terriblemente seca.

Sale de la habitación de literas y se adentra en la sala principal del búnker, donde encuentra a William sentado junto a la pantalla plana en la esquina, Ozzy acostado en el suelo junto a él, mirando a Dan con pereza. El televisor muestra algún canal de noticias.

William gira la cabeza y le lanza una breve sonrisa. —Buenos días, Sol. ¿Ese es el nuevo estilo?

Dan se toca el cabello y siente lo que parece un mohawk torcido. Intenta discretamente alisarlo, pero simplemente vuelve a levantarse.

—¿Cómo estuvo tu siesta? —pregunta William, volviendo su atención al televisor.

—Bien. ¿Dónde puedo conseguir algo de beber?

William asiente hacia el área de la cocina. —El agua del grifo está bien. Sólo sabe un poco raro porque es del pozo de Holger.

Dan va y se sirve una taza de agua, Holger no tiene vasos, sólo tazas de estaño. Se la traga, ignorando el leve sabor terroso, luego se acerca a William.

—¿Dónde están los demás?

—Arriba, creo. No estoy seguro sobre Holger, podría estar en el jardín, cosechando vegetales.

Dan lo mira fijamente. —¿Está afuera? Pero ¿no siguen los zombies por ahí?

—La última vez que revisé, sí —se encoge de hombros William—. Pero el jardín está cercado, así que Holger está seguro. Hay un túnel subterráneo que lleva hasta allí.

—Vaya —murmura Dan, rascándose la mejilla—. Pensó en todo, ¿verdad?

—Bastante. Ahora, ¿ves eso? —William señala a la pantalla. Muestra a personas corriendo hacia un supermercado. Otros salen, arrastrando bolsas pesadas llenas de comestibles.

—¿Dónde es eso?

—En Copenhague.

—Pero... ¿por qué la gente está entrando en pánico en Copenhague? ¿Los zombies ya llegaron?

—No. Supongo que sólo están acumulando cosas porque tienen miedo de lo que está pasando aquí. Pero mira todo ese maldito papel higiénico.

Dan nota que varios de los compradores llevan paquetes de rollos de papel higiénico. Frunce el ceño. —¿Por qué comprarían eso?

—¡No lo sé! Pero no es la primera vez que lo veo. Jesús Cristo, la gente es rara. ¿Es realmente su preocupación si creen que la sociedad va a cerrarse? ¿Poder limpiarse el trasero? ¿Qué hay de la comida y el agua?

—Eso es extraño —concuerta Dan.

—Lo están haciendo en todo el país —continúa William, sacudiendo la cabeza—. Especialmente en las ciudades grandes. Quieren estar preparados para lo peor, supongo, en caso de que las autoridades no puedan contener a los zombies aquí.

Dan mira a William y se muerde el labio. —¿Tú... tú crees que puedan?

William se encoge de hombros. —Honestamente, no lo sé. Va a ser difícil. Quiero decir, sólo se necesita un pequeño error para que la bola de nieve comience a rodar.

Dan tiene una sensación inquietante al mirar las imágenes. Parece surrealista. La forma en que la gente corre, con rostros vacíos y miedo en sus ojos.

Se obliga a mirar hacia otro lado. —Bueno, creo que voy a llamar a mi papá de nuevo.

—Sería mejor que subas. La recepción no es muy buena aquí abajo.

—Oh —Sale al túnel y vuelve a la escalera, sube y empuja la escotilla. La luz del sol intenta desesperadamente entrar en el dormitorio sofocante de Holger, pero la mayor parte está bloqueada por las cortinas gruesas. La puerta del salón está abierta, y Dan entra.

Inmediatamente, nota el sonido de las ventanas: dedos ansiosos rasguñando el vidrio, gemidos y gruñidos apagados. Las cortinas también están cerradas aquí, pero aún puede distinguir sombras moviéndose afuera. La temperatura es mucho más alta que en el búnker; William mencionó cómo Holger se aseguró, de que cada habitación subterránea esté ventilada, a través de un sistema complejo que filtra cualquier cosa venenosa, como el gas nervioso.

Dan atraviesa el desordenado salón, tratando de no tropezar con nada. Prefiere llamar a su papá desde la cocina, donde el sonido de los zombies no sea audible.

Al pasar junto al sofá, se detiene abruptamente.

Mille está sentada con las piernas cruzadas entre montones de libros y ropa. No se está moviendo en absoluto, probablemente por eso Dan no la notó al principio. Sus ojos están cerrados y sus manos están cruzadas en su regazo. Lleva unos auriculares grandes conectados a su teléfono.

—Oh, no te vi —dice Dan.

Mille no responde, así que Dan le toca suavemente el hombro.

Sus ojos se abren de golpe. Se quita los auriculares, mirando de él a las ventanas. —¿Qué pasa? ¿Hay algo malo?

—No, no, todo está bien. Al menos hasta donde yo sé. Acabo de despertarme.

Mille suelta un suspiro profundo. —Me asustaste.

—Lo siento por eso. ¿Estabas, como, meditando o algo así?

—O algo así, sí —dice evitando sus ojos—. Ayuda con mi ansiedad.

—Oh. Genial. Lamento haberte interrumpido.

—No hay problema.

Dan está a punto de dejarla en paz, cuando ella asiente hacia las ventanas. —Simplemente no podía soportar más el sonido de ellos, ya sabes. Así que encontré estos auriculares.

—Sí, entiendo eso. Deberíamos poner música o algo, tratar de bloquear el sonido. Creo que vi una radio por aquí.

Mille le sonríe brevemente. —Eso sería agradable.

De repente, las mejillas de Dan se sonrojan. Es una tontería; Mille tiene la edad de Jennie y nunca se interesaría en alguien como él. Pero es muy bonita, y lo mira un momento más.

—¿Qué? —pregunta Dan.

—Estaba pensando... mientras dormías, William me contó por lo que has pasado.

—Oh. Sí, ha sido... ha sido... —Dan no sabe cómo terminar la frase, así que simplemente se encoge de hombros, luego repite:— Sí.

—Es realmente impresionante. Quiero decir, lo bien que estás lidiando con todo.

Dan no sabe a dónde mirar, así que se rasca el cabello, luego recuerda su mohicano involuntario y se pone aún más rojo.

Mille parece no darse cuenta. —¿Cómo lo haces? —pregunta con sinceridad.

—¿Cómo hago qué?

—¿Cómo es que no estás sentado en una esquina llorando ahora mismo? Quiero decir, has perdido a tu hermana y te has separado de tu familia, ¡y simplemente vas y tomas una siesta! Apenas puedo cerrar los ojos por dos segundos sin tener un ataque de pánico. Incluso me desmayé cuando vi a mi amiga siendo... siendo... —La voz de Mille sube de tono y comienza a hiperventilar—. Dame un minuto —susurra—. Viene otro. Sólo necesito respirar para calmarme.

Dan la observa mientras cierra los ojos y comienza a tomar respiraciones profundas por la nariz, llenando su pecho, luego soltándolas lentamente. Después de diez o doce repeticiones, ella abre los ojos nuevamente.

—¿Eso fue... un ataque de pánico? —pregunta Dan con cautela.

Ella asiente. —Los tuve antes, cuando era más joven. Pensé que ya había terminado con ellos, pero parece que eligieron hoy para regresar.

—Bueno, no creo que sea una coincidencia —murmura Dan, señalando hacia las ventanas—. Creo que todos sienten mucho miedo hoy. Acaban de decir en las noticias que la gente en otras ciudades está comenzando a acumular comestibles de las tiendas, porque tienen miedo de que los zombies se extiendan.

Mille asiente, sin parecer muy sorprendida. —Probablemente estaría haciendo lo mismo si no estuviera atrapada aquí.

—Sí, bueno, al menos creo que este es uno de los lugares más seguros para estar atrapado.

Mille inclina ligeramente la cabeza. —Mira, ahí está de nuevo. ¿Cómo mantienes una actitud tan positiva?

—Uhm —dice Dan, sintiéndose extrañamente culpable—. No... no lo sé. Sólo... trato de no pensar en las cosas malas, supongo.

Mille se ríe, pero también sonríe. —Haces que suene fácil. Tal vez debería practicar eso. No pensar en las cosas malas.

Dan le devuelve la sonrisa. Entonces, el teléfono en su mano comienza a sonar de repente. Su corazón salta al ver el nombre en la pantalla. —¡Es mi papá! Tengo que contestar esto...

—Claro —Mille se pone los auriculares de nuevo.

Dan se apresura a salir a la cocina, luego responde la llamada y pregunta: —¿Papá?

—¿Dan? ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?

—Estoy bien, papá. ¿Y ustedes?

—Yo también estoy bien. Estoy tan contento de escuchar tu voz. ¿Dónde estás?

—Estoy en un lugar seguro justo fuera de la ciudad. Ese tipo que me recogió, William, es el lugar de su tío. Tiene esta loca sala de seguridad debajo de su casa, papá, ¡te lo digo, podríamos sobrevivir a una guerra nuclear aquí!

—Eso es genial de escuchar. Estoy muy aliviado de que estés a salvo.

—¿Cómo están las cosas en la casa? ¿Es seguro regresar a casa?

Una breve pausa. —No realmente, no. Yo... tuvimos que dejar la casa. Estamos en el coche ahora mismo. Quiero ir a recogerte, Dan.

—Oh, está bien. Pero... ¿a dónde iríamos?

—Estaba pensando que podríamos salir de la ciudad por un par de días. Tal vez ir a visitar a tu tía Lisbeth.

—Creo que han sellado la ciudad, papá. No están dejando que nadie salga.

—Oh. Bueno... entonces... lo resolveremos.

—¿No podrían simplemente venir aquí? Realmente es un lugar muy seguro, y estoy seguro de que a Holger no le importaría unas cuantas personas más.

—Habla de ello cuando nos encontremos, ¿de acuerdo? ¿Sabes la dirección?

—¡Claro! Es Mill Road 261.

—Correcto. Estaremos allí pronto.

—De acuerdo, genial. Nos vemos, papá.

—Nos vemos, Dan. Y Dan...

—¿Sí, papá?

—Te quiero. ¿Lo sabes, verdad?

Dan estaba a punto de terminar la llamada, pero ahora duda. —Claro. Yo también te quiero.

—De acuerdo. Adiós por ahora.

—Adiós.

Dan mira su teléfono mientras la llamada se desconecta. Eso fue extraño. No recuerda que su papá le haya dicho que lo quería antes. Claro que sabe que su papá lo quiere; Dan nunca ha

dudado de eso ni un segundo, y Dan lo quiere de vuelta, pero esas dos palabras simplemente nunca se usaron en la casa de los Nygaard.

¿Y qué fue lo que escuchó en la voz de su papá? Sonaba vacilante, inseguro, como si no supiera qué decir.

«Probablemente sólo estaba aliviado de que yo estuviera bien. Probablemente todos han estado preocupados».

Pero Dan no está convencido de que esa sea la verdadera razón. De hecho, se siente como se sintió hace sólo dos días, cuando estaba acostado en la cama, tratando de dormir. Algo lo estaba molestando entonces. Algo que había captado, pero que no podía identificar del todo. Algo malo. Y ahora siente que podría haber algo...

—¿Tu familia está bien?

Dan gira y mira a Mille, que está de pie en la puerta de la cocina, con los auriculares en la mano.

—Lo siento, no quería asustarte. Y no estaba escuchando a escondidas.

—Está bien. Sí, mi familia está... bien.

Mille frunce el ceño. —Perdón por decirlo, pero no pareces muy contento con eso.

Dan sacude la cabeza lentamente. —Solo que... —Fuerza una sonrisa—. Sólo los extraño mucho, eso es todo.

Mille le sonríe de vuelta. —Ojalá tuviera una familia a la que extrañar.

—¿No tienes familia en absoluto? —Dan no puede evitar que la pregunta se escape, aunque recuerda cómo Mille no evadió hablar del tema con William ayer, cuando le preguntó sobre su familia.

Pero Mille no se enoja, sólo suspira. —Sí tengo, pero no es que los extrañe. Es complicado.

—Oh. Lamento escuchar eso.

—No lo lamentes. No es tu culpa. En realidad, no es culpa de nadie —De repente, Mille parece darse cuenta de lo que está diciendo, y su expresión cambia abruptamente—. No quiero molestarte con mi triste historia. Me alegra que tu familia esté bien.

Está a punto de irse de nuevo, luego vuelve a mirarlo una vez más. —Sabes, te contaré una cosa. Mi mamá me llamó ayer. No contesté, porque no he hablado con ella en años. Fue después de esa llamada cuando mis ataques de pánico comenzaron de nuevo; no tiene nada que ver con los zombies —Sonríe, pero la sonrisa es amarga—. Creo que eso te dice todo lo que necesitas saber sobre mi relación con mi familia.

DOCE

Conducir por la ciudad es una experiencia surrealista para Henrik.

Hay signos obvios de peleas por todas partes: ventanas destrozadas, coches chocados, posesiones esparcidas. Ven a algunas personas vivas, la mayoría corriendo o conduciendo para llegar a algún lugar, pero la mayoría de las personas que ven son muertos, tambaleándose incansablemente en busca de algo fresco para comer.

Pasan por un supermercado, donde las puertas de vidrio agrietadas intentan cerrarse repetidamente, pero no pueden debido a un carrito de compras volcado. Bolsas de plástico vacías y diferentes comestibles están esparcidos por el estacionamiento, ya que la tienda ha sido saqueada obviamente. Henrik ve una billetera abierta tirada en el concreto, billetes flotando a su alrededor como mariposas en la brisa. Nadie se ha molestado en recogerla. El dinero, reflexiona Henrik, ya ha perdido su atractivo, ya que las personas han entrado en modo de supervivencia.

Este pensamiento se confirma más que nada en la siguiente intersección.

En medio de la carretera, tres hombres están peleando salvajemente. Dos de ellos parecen intentar arrebatarle algo al tercer hombre, golpeándolo y pateándolo para que lo suelte.

Henrik reduce la velocidad del coche.

Nasira, que ha trepado al asiento trasero para estar con su hermano, lo mira en el espejo. — ¿No... no vas a salir, verdad?

Henrik sacude la cabeza. Lo que sea que los hombres intentan robarle al pobre tipo, Henrik no va a interferir y arriesgarse a recibir una paliza.

Finalmente, uno de los atacantes le arranca al tipo en el suelo lo que parece ser una barra de metal negro, levantándola triunfalmente. El otro ladrón pateó al tipo una vez más para asegurarse, luego se vuelve hacia su compañero. Sus ojos caen en el coche, y señala.

El tipo con la barra de metal se vuelve, y Henrik se da cuenta de que no es una barra de metal, sino un rifle. Su estómago se aprieta mientras el hombre apunta el arma directamente hacia él.

—¡Sal del coche! —grita.

Henrik reacciona por instinto, pisando el acelerador. El hombre está parado justo frente al coche, a menos de seis metros de distancia, y se sobresalta cuando el Prius se lanza hacia él.

—¡Mierda! —escucha a Henrik gritar, mientras intenta saltar a un lado y disparar el rifle al mismo tiempo, lo que resulta en que el disparo se desvíe a cuarenta y cinco grados hacia el cielo. El sonido es muy fuerte, incluso dentro del coche, y Nasira grita.

El coche pasa justo al lado del tirador, y cuando Henrik mira por el espejo retrovisor, el tipo no hace ningún intento de disparar el rifle nuevamente ni de perseguirlos.

—Jesús —murmura Henrik, navegando entre dos coches abandonados.

—¿Qué... qué quería? —pregunta Nasira.

—El coche, supongo. O tal vez quería ver si teníamos algo que pudiera usar.

—No puedo creerlo —dice Nasira, sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo puede la gente actuar así? ¿Cómo pueden convertirse en monstruos de la noche a la mañana?

Henrik recuerda algo que escuchó en la televisión una vez. —Hay un dicho que dice que el mundo está a sólo cuatro comidas de la anarquía. Supongo que eso resultó bastante preciso.

Nasira mira por la ventana. —Realmente pensé que la gente de aquí era diferente.

—¿Te refieres a los daneses?

—Sí. Esto me recuerda a Irak, antes de que mi familia migrara. Yo sólo tenía cinco años, pero recuerdo un poco. La guerra y la pobreza y el odio. Podías verlo en los rostros de las personas. Esos tipos allá atrás... sus rostros me recordaron eso.

Henrik traga seco. Siente que debería defender a su país natal, pensar en algo positivo que decir sobre sus compatriotas daneses. Pero lo que acaban de presenciar lo hace todo inútil.

—Supongo que la gente es igual en todo el mundo —termina Nasira—. En tiempos de crisis, se convierten en su peor versión.

—Bueno, intentemos ser la excepción, entonces —dice Henrik, enviándole una breve sonrisa.

Nasira le devuelve la sonrisa, luego abraza a su hermano.

Henrik se concentra en conducir. Se están acercando al hospital, e incluso a varios cientos de metros de distancia, Henrik puede decir que las cosas no están bien.

La escena le recuerda a algo sacado directamente de una película de acción. Vehículos policiales y militares están estacionados alrededor del edificio. Los casquillos de bala están esparcidos como granizo. Charcos de sangre han manchado el asfalto en varios lugares. Ve

cascos, botas e incluso una mano amputada. La entrada principal del hospital está completamente destrozada por los miles de disparos que se le hicieron, y Henrik recuerda los disparos que escuchó al despertarse.

Obviamente ha habido un gran enfrentamiento aquí, y juzgando por la falta de personas vivas, está bastante claro quién ganó. O las autoridades decidieron retirarse una vez que se dieron cuenta de que la inundación de muertos vivientes provenientes del hospital no podía ser contenida, dejando la ciudad.

O bien todos murieron.

Henrik encuentra esto último lo más inquietante. También lo más probable.

Como si confirmara su pensamiento, dos figuras aparecen detrás de un jeep. Ambos solían ser soldados, y todavía llevan equipo de combate completo, aunque no les sirvió para salvar sus vidas. Se tambalean hacia el coche, y Henrik tiene que conducir en un arco alrededor de ellos.

—No mires — le dice a Nasira mientras pasan por los soldados zombies a pocos metros, sus dedos ensangrentados buscando el coche.

—Ni siquiera el ejército pudo detener lo que está pasando —comenta Nasira, mientras el hospital se hace más pequeño detrás de ellos.

—Todavía no, de todos modos —dice Henrik—. Pero lo harán. Simplemente se ha salido de control aquí en la ciudad, pero estoy seguro de que se están movilizando afuera, tal vez incluso están recibiendo ayuda de otros países.

—No creo que puedan detenerlo —dice Nasira francamente.

Henrik la mira en el espejo. —Claro que pueden. Es sólo cuestión de tiempo. Simplemente nunca han enfrentado un desafío como este, eso es todo.

Nasira sacude la cabeza lentamente. —Esto no es algo que las armas puedan arreglar.

Henrik frunce el ceño. —¿Qué crees que es esto, exactamente?

Finalmente, ella lo mira en el espejo. Sus ojos están brillando. —El Día del Juicio, por supuesto.

Henrik no puede evitar sentir escalofríos. —Supongo que si lo interpretas de esa manera...

—¿De qué otra manera puede ser?

—Bueno, creo que es más como un desastre natural. Creo que es algún tipo de virus contagioso. No creo que Dios tenga algo que ver con esto.

Nasira no responde al principio.

Henrik la mira en el espejo, y ella gira la cabeza para mirar hacia otro lado, luego dice suavemente: —Rezo para que tengas razón.

Llegan a las afueras de la ciudad, y de repente la carretera se despeja. Henrik puede acelerar considerablemente. El GPS le dice que la dirección que Dan le dio está a sólo seis kilómetros fuera de la ciudad.

Desde el asiento trasero, Nasira y Ali están hablando en árabe. A juzgar por sus voces, Henrik asume que Nasira está consolando a Ali. No puede evitar pensar en Jennie de nuevo, y esta vez, el pensamiento de Trine se une.

«¿Cómo pueden estar ambas desaparecidas?»

«¿Cómo puedes perder a dos de las personas que más amas en cuestión de días?»

Siente que sus ojos se llenan de lágrimas y parpadea rápidamente para mantenerlas a raya. No puede permitirse llorar, no con dos niños en el coche, niños que acaban de perder a sus padres hace menos de una hora. Necesita poner una cara valiente.

Mira hacia los campos abiertos por un momento, luchando contra el dolor. El sol está ardiendo sobre el paisaje, un solo ratonero vuela en círculos por el cielo azul, y las flores silvestres inclinan sus cabezas desde el lado de la carretera. La naturaleza no sabe que todo ha cambiado; claramente toma esto como cualquier otro día de verano caluroso.

Una casa aparece más adelante, y a medida que se acercan, Henrik puede distinguir un par de figuras de pie junto a las ventanas que dan a la carretera. Al pasar, disminuye la velocidad lo suficiente como para mirarlas. Su sospecha era correcta; son zombies, buscando desesperadamente entrar en la casa, tratando de alcanzar a quienquiera que esté atrapado dentro.

Un vistazo a Nasira en el espejo es suficiente para decirle que también nota a los zombies.

—Supongo que ya se han extendido más allá de la ciudad —murmura.

Nasira sólo asiente.

Conducen en silencio por un minuto.

Entonces, hay un reflejo más adelante. Un coche al costado de la carretera.

Henrik revisa el GPS. Menos de un kilómetro. El destino aparecerá a la izquierda en un minuto o dos. Pero primero deben pasar por el coche estacionado.

A medida que se acercan, Henrik se da cuenta de que el coche no está estacionado; está chocado. Aparentemente de la nada, el conductor ha girado hacia la zanja, y el vehículo, un station wagon azul metálico, está ahora atrapado con su parte trasera apuntando hacia arriba en un ángulo.

Una figura salta a la carretera, y por un momento, Henrik está seguro de que es un zombie. Luego la persona comienza a agitar los brazos de una manera inconfundible de "necesito ayuda, por favor, detente".

—¿Qué quieren? —pregunta Nasira desde atrás, ya habiendo notado a la persona más adelante.

—Probablemente un aventón —dice Henrik, aflojando el pie del acelerador.

Ahora están lo suficientemente cerca como para ver que la persona es un adolescente grande.

—¿Vas a recogerlo? —pregunta Nasira, con un rastro de preocupación en su voz.

—No puedo simplemente pasar de largo. Necesito al menos escuchar lo que dice —Henrik le envía una sonrisa en el espejo—. ¿Recuerdas eso de ser la excepción?

Disminuye la velocidad y se detiene junto al coche chocado. El adolescente sigue agitando frenéticamente incluso unos segundos después de que el Prius se detiene. Es alto para su edad, regordete y de cabello cortado al rape. Su rostro redondo brilla de sudor y sus ojos son grandes y ansiosos. Mira hacia el station wagon azul, luego se acerca a la puerta de Henrik.

Henrik baja la ventana unos centímetros. —Hola. ¿Tuviste un accidente?

—¡Sí! —exclama el chico, asintiendo enfáticamente—. ¡Sí, tuvimos un accidente!

—¿Qué pasó? —pregunta Henrik—. ¿Cómo pudiste chocar en una carretera abierta así?

—Fue uno de esos muertos— dice el chico, señalando—. ¡Salió de la nada! ¡Simplemente caminó hacia la carretera! Mamá intentó no golpearlo, ¡pero era demasiado tarde!

Henrik mira en la dirección que señala el chico, y nota un par de piernas que sobresalen de la zanja frente al station wagon. Luego también ve un brazo arrancado al costado de la carretera. Al menos el zombie murió en la colisión.

—¿Qué le pasó a tu mamá? —pregunta Henrik.

—¡Todavía está en el coche! ¿Podrías ayudarla, por favor? ¡Está inconsciente y no sé qué hacer! —El chico está moviéndose nerviosamente de un pie al otro, sus ojos saltando del station wagon a Henrik y de vuelta.

Henrik lo mira un momento más. Tiene la sensación de que es muy sincero. Obviamente está angustiado. Tal vez por eso actúa y suena más como un niño más pequeño, el shock del accidente debe haberlo sacudido mucho.

—Por favor, ¿podrías ayudarla? —implora, casi al borde de las lágrimas ahora—. Realmente te lo agradecería. ¡No puedo sacarla del coche! ¡Está inconsciente!

—Claro —dice Henrik, desabrochándose—. Veré si puedo ayudar.

—¡Espera! —dice Nasira, agarrándolo del hombro—. ¡Mira, Henrik! —Señala directamente hacia adelante.

Henrik mira. Seis o siete figuras están viniendo hacia ellos, cruzando el campo abierto, su forma de caminar tambaleante no deja dudas de que son zombies.

El chico también mira en la dirección y salta. —¡Oh, no! ¡Oh, no, no, no! ¡Son más de ellos! ¡Vienen hacia aquí! —Agarra el borde de la ventana con sus dedos gruesos, mirando a Henrik desesperadamente.

—Está bien, te ayudaré. Sólo da un paso atrás.

El chico suelta la ventana a regañadientes y da medio paso atrás.

Nasira está a punto de decir algo, pero Henrik la mira y la interrumpe: —Está bien, todavía están a un par de minutos de distancia. Seré rápido. Quédate aquí con tu hermano.

Nasira parece preocupada, pero asiente una vez en silencio.

Henrik sale del coche. El chico lo agarra del codo y lo lleva hacia el station wagon. — ¡Apresúrate! ¡Está inconsciente! ¡Necesitas ayudarla!

—Ya me lo dijiste —dice Henrik, liberándose—. Vigila a los zombies, ¿de acuerdo?

—¿A los qué?

Henrik lo mira brevemente, la expresión de total confusión en el rostro del chico lo desconcierta por un segundo. —Los zombies. ¡Los muertos!

—¡Oh! ¡Claro! —El chico se vuelve y mira en la dirección de los zombies. Todavía están lo suficientemente lejos como para que haya tiempo de sacar a la mujer del coche, si no está demasiado herida, por supuesto.

Henrik salta a la zanja y mira por la ventana delantera, que está completamente abierta. Una mujer con cabello rizado está recostada contra una bolsa de aire plana, mirando hacia otro lado.

—¿Hola? ¿Puedes escucharme?

Se estira y sacude suavemente a la mujer. Ella no reacciona en absoluto. Henrik nota un rastro de sangre en la bolsa de aire blanca.

«¿Sigue viva?»

—Por favor, ayúdala —ruega el chico detrás de él—. Está inconsciente.

Henrik lo ignora. ¿Por qué el niño sigue repitiendo eso? ¿Realmente está en estado de shock? ¿O ya revisó a su mamá y se dio cuenta de que está muerta? ¿Es la forma en que sigue diciendo que está inconsciente una forma de negación?

Henrik tira de la puerta. Requiere toda su fuerza, ya que el marco está un poco doblado, pero la abre lo suficiente. En lugar de simplemente sacar a la mujer, quiere asegurarse de que no esté demasiado golpeada, así que la empuja suavemente de nuevo en el asiento, apartando los rizos para revelar su rostro. Un hilo de sangre ha corrido desde el lado de la boca y está manchado en su mejilla derecha. Aparte de eso, parece ilesa.

De repente, ella abre los ojos y lo mira directamente. Simultáneamente, ambos brazos se lanzan hacia adelante y agarran la camisa de Henrik.

—Está bien —le dice—. Estoy aquí para ayudarte.

—Las llaves —sisea la mujer—. Dámelas.

—¿Qué? —dice Henrik, tratando de retroceder, pero la mujer lo sostiene firmemente. Sus ojos están ardiendo. No pertenecen a una persona que acaba de despertar de un estado de inconsciencia; son los ojos de alguien que sólo estaba fingiendo, esperando el momento adecuado.

—Las llaves de tu coche —dice la mujer, apretando su agarre en la camisa de Henrik—. Dámelas, ¡ahora!

Finalmente, la situación se aclara por completo para Henrik. Se da cuenta en un instante de por qué el chico seguía diciendo que la mujer estaba inconsciente. La rabia sube a su pecho.

—Déjame ir —dice, agarrando a la mujer por las muñecas, luego retrocediendo su mano con un rugido. Mira el corte sangrante en su palma, luego al cuchillo presionado contra su clavícula.

Mira a la mujer, y sus ojos oscuros lo miran de vuelta. —Última oportunidad —susurra ella—. Dame las llaves del coche, o te cortaré el cuello.

—Está... está en el coche...

—¡Mamá! —el chico está de repente detrás de él—. ¡Apresúrate! ¡Vienen más de esos muertos hacia aquí!

—Está bien, Dennis! —la mujer le grita—. ¡Hazlo ahora!

Henrik tiene tiempo de girar la cabeza y ver al chico levantar algo en el aire, bloqueando el sol por un momento breve, hay un grito, luego esa cosa conecta con la parte trasera de la cabeza de Henrik.

TRECE

Nasira estira el cuello, pero no puede ver bien qué está pasando en la zanja desde donde está. Henrik está junto a la ventana delantera, inclinado, pero está de espaldas y no puede ver lo que está haciendo.

Desde que Henrik saltó allí hace unos treinta segundos, el chico ha estado acercándose lentamente, mientras mantiene un ojo en el grupo de muertos vivientes que se acerca, todavía lejos pero acortando la distancia. Y ahora, el chico se agacha y recoge algo del pasto.

Nasira suelta a Ali y se desabrocha el cinturón de seguridad.

—¡No! —exclama Ali en árabe, agarrándole el brazo—. ¿Qué estás haciendo?

—No confío en ese chico —le dice—. Creo que es un mentiroso. Necesito advertir a Henrik.

Ali mira hacia los muertos vivientes, y luego la suelta, muy a regañadientes.

—Vuelvo enseguida —le dice Nasira y sale al calor abrasador—. Cierra la puerta con seguro.

Escucha el chasquido del seguro en cuanto cierra la puerta del coche. Mira hacia el chico, protegiéndose los ojos con la mano, y lo ve bajar a la zanja justo detrás de Henrik, que todavía está mirando por la ventana, pero ahora Nasira puede ver a la mujer, que aparentemente lo está agarrando con fuerza de la camisa. La expresión maliciosa de la mujer le dice a Nasira que su sospecha era correcta.

Entonces, el chico levanta lo que acaba de recoger, y Nasira ve que es una rama gruesa. Grita un segundo antes de que el chico balancee el garrote y golpee la cabeza de Henrik. El sonido es sordo y pesado, y Henrik se desploma sin hacer ruido, desapareciendo de la vista.

Nasira se queda parada en medio de la carretera durante tres segundos completos, sin saber qué hacer. La mujer actúa con mucha más resolución, sale del coche, agarra al chico, que está mirando a Henrik con asombro, como si no pudiera entender lo que acaba de hacer, y lo lleva hasta la carretera con ella.

La vista del cuchillo en la mano de la mujer es lo que finalmente llama la atención de Nasira. Ali también lo ve, porque le grita desde dentro del coche.

La mujer se dirige directamente hacia Nasira, con el cuchillo en la mano, con los ojos oscuros fijos en ella, y Nasira hace todo lo posible para no huir. En su lugar, se vuelve y agarra la puerta, tirando de ella, pero no se abre.

—¡Abre, Ali! —grita—. ¡Date prisa!

Ali se apresura a buscar el seguro, pero Nasira ve el reflejo de la mujer en la ventana y se da cuenta de que es demasiado tarde. Salta hacia un lado y crea unos pasos de distancia entre ella y la mujer y el chico.

Se detienen junto al coche. La mujer agarra la puerta y trata de abrirla, pero afortunadamente, Ali no la ha desbloqueado. El chico parece a punto de llorar, sus ojos grandes y ansiosos miran de la mujer a los muertos vivientes que se acercan. Sin embargo, la mujer mira con malicia a Ali.

—Abre la puerta, niño.

—¡No lo hagas, Ali!

La mujer se vuelve hacia ella, entrecerrando los ojos.

—Dile que abra la puerta.

Nasira sacude la cabeza, mirando la cara de Ali dentro del coche, el lugar en la zanja donde Henrik yace, probablemente con una herida abierta en la cabeza, luego a los muertos vivientes, ahora lo suficientemente cerca como para distinguir sus rasgos.

—Tu amigo será el primero en ser comido, a menos que lo ayudes —dice la mujer—. Y simplemente romperemos una ventana y entraremos de todos modos. Pero si haces que el niño abra la puerta, nadie más tiene que salir lastimado.

Nasira duda un momento más. La situación es un enfrentamiento sin buen resultado para ellos, a menos que haga lo que la mujer pide. Así que mira a Ali y le grita en árabe: —¡Sal de ahí, Ali! ¡Ven a mí! ¡Está bien!

Ali sacude la cabeza, sus ojos aterrorizados.

—¡Sí, tienes que salir de ahí! ¡No hay mucho tiempo! ¡Confía en mí!

Ali corre hacia la puerta del otro lado del coche, la desbloquea y sale. Apenas ha salido cuando el otro chico salta y cierra la puerta detrás de él.

—¡Vamos, mamá! —grita el chico, gesticulando salvajemente—. ¡Entra aquí! ¡Los muertos vivientes se acercan, se acercan!

La mujer parece increíblemente imperturbable ante la amenaza que se acerca. Se toma unos segundos para mirar a Ali mientras corre hacia Nasira.

—Deberías llevar a tu amigo a un lugar seguro si quieres que viva —dice, señalando la zanja.

—¡Espera! —dice Nasira mientras la mujer se dispone a subirse al volante—. ¡Llévanos contigo! Sólo lejos de aquí. Puedes dejarnos en cualquier lugar. ¡Sólo por favor, no nos dejes así!

La mujer niega con la cabeza una vez, sin siquiera considerar la súplica, y simplemente dice: —No hay tiempo.

Nasira maldice a la mujer en árabe. No puede evitarlo, el miedo y la ira simplemente la superan.

La mujer la mira de nuevo, revelando sus dientes blancos en una mueca de desprecio.

—Intenta rezarle a tu falso dios del desierto; estoy segura de que te ayudará.

Luego se sube al coche de Henrik, enciende el motor y se aleja, esquivando a los muertos vivientes, que ahora han cruzado hacia la carretera y han aumentado la velocidad. Uno de ellos, una chica joven de la edad de Nasira, es más rápida que los demás y ha tomado una buena delantera.

Ali aprieta la mano de Nasira con fuerza, tirando de ella.

—¡Vamos, tenemos que correr!

—¡No! —dice, tirando de él—. No podemos dejar a Henrik. ¡Ven conmigo!

Corre hacia la zanja y salta. Henrik está de lado, gimiendo y moviéndose, parpadeando y tratando de abrir los ojos.

—Oh, mi cabeza —gime—. ¿Qué pasó?

Nasira siente una oleada de gratitud y agradece a Dios que Henrik no parece estar muy herido, sólo aturdido, y lo agarra por los hombros.

—Necesitamos entrar al coche. ¡Están viniendo!

Esas últimas palabras parecen llegar a él, y se pone de pie con ayuda de Nasira. Nasira lo guía a través de la ventana abierta, empujándolo sobre el cambio de marchas. Luego se vuelve y dice en árabe: —¡Ahora tú, Ali! ... ¿Ali?

Ali no está allí.

Está aún junto a la carretera, mirando a los muertos vivientes. La chica que va a la cabeza está a sólo unos metros de distancia, extendiendo su brazo y arañando el aire con sus uñas pintadas.

—¡Ali!

Nasira salta de nuevo a la carretera, agarra a su hermano y lo saca de un tirón un segundo antes de que la chica muerta pueda hundir sus uñas en su cara. Lo arrastra hasta el coche y lo lanza dentro del coche. Sin mirar atrás, pero sintiendo la presencia de la chica muerta justo detrás de

ella, Nasira se mete en el coche, se da la vuelta y cierra la puerta. Pero la ventana aún está abierta y no hay manivela, ya que sólo se puede subir electrónicamente.

La chica muerta camina directamente hacia el coche, tropezando mientras baja a la zanja, y golpea su cabeza contra la puerta del coche con un fuerte golpe. No parece afectada en absoluto, y Nasira puede escucharla tratando de levantarse de inmediato.

La caída de la chica le da a Nasira los cinco segundos que necesita para ver la llave aún en el encendido, girarla para encender el coche y presionar el botón para subir la ventana.

Al principio, sólo se escucha un ruido raspante, y por un momento terrible, Nasira está segura de que la ventana no se cerrará, que ha cometido un error horrible, que todos quedarán atrapados en el coche mientras la chica muerta se mete por la abertura.

Luego, aparece el vidrio. Se mueve de manera desigual, pero sigue subiendo lentamente.

—Vamos, vamos, vamos —murmura Nasira en árabe.

Ali grita algo desde el asiento trasero, Henrik gime incoherentemente desde el lado del pasajero, pero Nasira no escucha nada de eso, sólo mira la ventana subiendo dolorosamente despacio.

Cuando está a medio subir, la cara de la chica muerta aparece, sus ojos blancos lechosos se fijan en Nasira, y ella contiene el aliento, mientras el tiempo parece detenerse por un largo momento.

La chica levanta una mano, tratando de alcanzar el vidrio, luego la levanta más, y, justo antes de que la ventana se cierre, su mano se desliza hacia adentro. Nasira la agarra y trata de empujarla hacia afuera, pero la ventana atrapa la muñeca de la chica contra el techo, deteniéndola de entrar más, y Nasira retira su mano, presionando el botón con todas sus fuerzas. La ventana rechina con un ruido esforzado, trabajando duro para subir un poco más. Luego, con un chasquido, se detiene. Nasira presiona el botón varias veces más, pero la ventana no responde; está atascada.

La chica zombie no parece preocupada en absoluto por tener la muñeca atrapada; simplemente se pone de pie y trata de meterse, usando tanto su mano libre (cuando eso no da resultado), como su cara. Gime hambrienta, su lengua rosada lame el aire, como si pudiera saborear a Nasira desde allí, sus dientes muerden el borde de la ventana, haciendo que el vidrio emita un sonido alarmante de crujido.

—¡Ella va a entrar! —la voz aguda de Ali finalmente penetra en Nasira—. ¡Haz algo, Nasira! ¡Hazla detenerse!

Se vuelve hacia Henrik, que está recostado contra la puerta opuesta, frotándose la parte posterior de la cabeza.

—Maldita sea —gime—. Ese pedazo de mierda... me golpeó con algo...

—Sí, y se llevaron el coche —dice Nasira, acercándose a Henrik y alejándose de la chica que trabaja en la ventana. Nota un movimiento y ve a dos de los otros muertos vivientes que finalmente han alcanzado. Se tambalean hacia la zanja y de inmediato chocan contra el coche, tratando de entrar.

Por segunda vez hoy, Nasira se encuentra atrapada dentro de un coche con un grupo de muertos vivientes afuera.

—Santo cielo —dice Henrik, mirando hacia afuera y finalmente pareciendo recuperar completamente la conciencia—. Esto no es bueno...

—Lo sé. ¿Cómo salimos de aquí?

—No podemos, son demasiados.

Henrik señala, y Nasira sigue su dedo. El resto de los muertos vivientes se están uniendo a la fiesta, y pronto el coche está rodeado por todos lados. La chica atrapada por la ventana sigue mordiendo y empujando el vidrio.

—Es sólo cuestión de tiempo antes de que entren —dice Nasira—. No sé cuánto tiempo más aguantará la ventana.

Henrik parece no escucharla; ha sacado su teléfono.

CATORCE

Dan camina de un lado a otro en la cocina, mirando constantemente las ventanas que dan al patio. En cualquier momento, el Prius blanco aparecerá. No puede esperar para verlos de nuevo, a mamá, papá y la abuela.

Ozzy entra a la cocina, lo mira brevemente, y luego va a su cuenco de agua y comienza a beber.

William sigue un momento después, frotándose la frente y luciendo cansado.

—He estado allí abajo todo el día. Pensé que debía tomar algo de luz del día mientras aún puedo —dice, señalando la sala de estar—. Entonces, ¿esos idiotas siguen afuera, eh?

—Sí, son muy persistentes.

William se muerde el labio.

—Quizás deberíamos fingir todos que somos The Beatles o algo así, ¿sabes?

Dan lo mira fijamente.

—¿Qué?

—Como, somos la banda de rock más famosa del mundo, y esos de afuera son solo fanáticos tratando de obtener un autógrafo.

Dan no puede evitar sonreír.

—Vamos, sé honesto —continúa William—, ¿no sería mucho más fácil de manejar? Yo me pido ser Ringo.

Dan sólo sacude la cabeza.

—¿Dijeron algo nuevo en la tele?

William se encoge de hombros.

—La primera ministra dio otra conferencia de prensa, dirigiéndose a la gente del pueblo, instándolos a quedarse en casa y no intentar salir. Dijo que estaban trabajando arduamente para

controlar la situación, que habían llegado más soldados desde Copenhague y que pronto encontrarían una cura.

—¿Una cura? —Dan frunce el ceño—. ¿Para qué? ¿Zombietis?

William se ríe.

—Eso es gracioso. No, lo llaman Rhabdovirus, porque creen que es una cepa desconocida de virus relacionada con la rabia o algo así.

Dan extiende los brazos.

—No es un virus. No se puede vacunar a la gente para esto. Es algo completamente diferente. Como, alguna magia vudú oscura, o lo que sea.

—Sí, llámala y díselo. Estoy seguro de que te escuchará.

—¿No me crees? —pregunta Dan.

William levanta las manos.

—Oye, estoy contigo al cien por cien, hombre. Sólo digo que no creo que nadie en el gobierno vaya a escuchar.

Dan suspira.

—Tienes razón.

William se apoya en la encimera, cruzando los brazos tatuados sobre el pecho.

—Sin embargo, fue inquietante. Ella seguía hablando de ello como si fuera una especie de enfermedad. Creo que es así como necesitan verlo, porque eso es algo que puedes arreglar, ¿sabes? Ni siquiera estoy seguro de que sepan que los zombies están muertos. A menos que hayan capturado a uno y lo hayan disecado, pero dudo que hayan llegado tan lejos ya.

—¿Se ha extendido más allá de la ciudad, entonces?

—No lo dijeron directamente, pero mencionaron algo sobre algo que está pasando en Aarhus también. Sin embargo, no querían confirmarlo.

Dan siente un nudo en el estómago.

—Eso no es bueno. ¿Qué pasará si ya se ha extendido a Aarhus?

William se sube a la encimera.

—Vale, aquí está lo que pienso. Creo que depende del ejército. Ella intentó dar tranquilidad en la conferencia de prensa, pero no lo sé; quiero decir, ¿cuántas personas viven en esta ciudad? ¿Casi treinta mil? ¿Cuántos de ellos son ahora comedores de cerebros? ¿Va a poder el ejército, mantener a raya a todos esos cabrones, si deciden buscar nuevos terrenos de caza? Sin mencionar el área tan grande que necesitarían sellar. Si sólo están bloqueando las carreteras fuera de la ciudad, y estoy seguro de que hay cientos si las cuentas todas, entonces, ¿qué impide que los

zombies simplemente caminen por los campos? Vi en algunos videos que estaban enviando helicópteros, pero vamos, aún necesitarían mil de esos para patrullar toda el área alrededor de la ciudad. Así que, en resumen, no tengo muchas esperanzas. Sin mencionar si se ha extendido a Aarhus, eso es aún peor. Mucha más gente, una ciudad mucho más grande para sellar. Honestamente, creo que esto se convertirá en un problema a nivel nacional en un día o dos. Luego, Dios sabe a dónde irá desde allí.

—Eso es alentador —dice Mille.

Tanto Dan como William se giran para ver a Mille parada en la puerta.

William extiende las manos.

—Prefiero ser realista que alentador. Eso nos da una mejor oportunidad de sobrevivir.

Mira a Dan.

—Oye, ¿te comunicaste con tu papá?

—Sí. Vienen en camino.

William está ocupado rascándose el codo, pero ahora mira a Dan y levanta las cejas.

—¿Vienen aquí? ¿Cuándo?

—Deberían estar aquí en cualquier momento.

William salta de la encimera.

—¿En serio? ¿Le dijiste a Holger?

—No, todavía no. Mi papá me acaba de llamar, hace como cinco minutos, y...

El teléfono de Dan suena. Lo saca.

—Es mi papá —dice, luego responde la llamada—. Hola, papá.

—¿Dan? Escucha... necesitamos ayuda.

Dan puede notar de inmediato que algo va muy mal al otro lado de la línea. Tanto por el tono de voz de su papá, pero también porque alguien está gritando en el fondo.

—¿Qué pasa? —pregunta Dan.

—Estamos atrapados... en un coche... a aproximadamente una milla de donde estás... no podemos salir... hay seis, no, siete de ellos justo afuera...

Dan siente su estómago caer hasta debajo de la cintura.

—Voy para allá, papá —se oye decir, caminando hacia la puerta principal.

Se detiene cuando William lo agarra fuerte del brazo, mirándolo fijamente.

—¿Qué pasa?

—Necesitas encontrar a alguien que pueda conducir —continúa su papá, y ahora Dan puede notar que William también está escuchando—. Necesitamos otro coche, este está estrellado... y

no podemos salir a menos que alguien los aleje...

Dan mira a William.

—Tenemos un coche. Y alguien que puede conducir.

—Woah, espera —comienza William, pero Dan lo ignora y se da la vuelta.

—Vamos, papá. Sólo espera. ¿Están todos bien?

—Sí, estamos bien. Pero necesitas darte prisa, Dan.

—Lo haremos. Vamos en camino ahora mismo. Sólo aguanta—

Alguien grita de nuevo en el fondo. Dan no entiende las palabras, pero hay un terror inconfundible en la voz. Es la voz de una mujer, probablemente su madre, aunque suena diferente.

—¡Aléjate de la ventana! —grita su papá—. ¡Ve al fondo, Nasira!

—¿Nasira? —repite Dan, confundido—. Papá, ¿quién está contigo?

—¡No hay tiempo para explicar! ¡Por favor, apúrate, Dan! ¡Una de las ventanas está abierta! ¡Es cuestión de minutos antes de que entren!

El estómago de Dan se hunde aún más.

—Está bien. Está bien, nos apresuraremos. ¡Aguanta, papá!

Cuelga y se vuelve hacia William, quien lo está mirando con una mezcla de ansiedad y escepticismo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que irnos, ahora! —Se dirige a la puerta principal, pero cuando William no lo sigue, se detiene y se da la vuelta—. ¡Vamos! ¿Qué estás esperando?

—Esto es un error —dice William, sacudiendo la cabeza lentamente—. Lo escuchaste. Los zombies ya están en el coche.

—No, todavía no, pero lo estarán si no los ayudamos.

—¡No podemos! —William extiende los brazos—. ¡No podemos salir de aquí, Dan! ¡Yo no! Podríamos quedar aislados, y no habrá forma de volver. ¡Moriremos ahí fuera, ¿no lo entiendes?

El miedo que revolotea en el estómago de Dan sube al pecho, convirtiéndose en una furia feroz.

—¡No me importa! ¡Es un riesgo que estoy dispuesto a correr!

William cruza los brazos.

—Bueno, yo no.

Es todo lo que Dan puede hacer para no lanzarse sobre William. En su lugar, señala hacia el patio y la carretera más allá con un dedo tembloroso, luego grita a todo pulmón, escupiendo al hablar:

—¡Esa es mi familia ahí afuera, pedazo de mierda! ¡Ya perdí a mi hermana! ¡La vi morir justo frente a mí! ¡Así que jódete, cobarde! ¡Si no me llevas, caminaré!

William parpadea y descruza los brazos. Frunce el ceño.

—¿Qué diablos acabas de llamarme?

—¡Te llamé cobarde! —grita Dan, apretando los dientes—. ¡Eso es lo que eres! ¡Me llamas amigo, pero no me ayudas! ¡Eso muestra lo que vales! —Dan se da la vuelta para irse, luego se da cuenta de que no ha terminado, y se da la vuelta de nuevo—. ¡¿No crees que tengo miedo?! ¡Lo tengo! ¡He estado aterrorizado durante cuatro días seguidos! ¡Pero no me voy a esconder aquí mientras mis padres mueren!

No espera a que William diga algo, simplemente se da la vuelta y sale de la cocina. La puerta principal está cerrada con llave, así que lucha con todos los cerrojos. Algunos giran, otros se deslizan.

—¡Espera!

Dan mira hacia atrás y ve a William en el umbral. Dan sacude la cabeza con firmeza.

—No voy a esperar ni un minuto más...

—Bueno, tendrás que hacerlo —dice William, señalando—. Porque están justo afuera.

Dan mira por la ventana estrecha junto a la puerta y ve a dos zombis parados del otro lado, arañando la puerta. Da un paso atrás, horrorizado al darse cuenta de lo cerca que estuvo de abrir la puerta.

—Entonces... ¿saldré por una ventana? —dice, volviendo a la cocina.

—No puedes —dice William mientras Dan lo empuja—. Están todas enrejadas. A menos que quieras subir al piso de arriba y salir al techo, luego saltar.

Dan se detiene en seco y extiende los brazos en frustración.

—¿Cómo diablos salgo de aquí?

—Te mostraré —dice William—. Voy contigo. Tomaremos mi coche.

Dan mira a William, quien no responde de inmediato. Su corazón se acelera, temiendo que esto se convierta en una pelea total.

—Salimos por la salida de Narnia —William dice—. Estaremos de vuelta en media hora.

Holger parece muy incómodo, moviéndose de un lado a otro, pero no discute.

—¿Salida de Narnia? —pregunta Dan.

William no responde.

—Ozzy, vienes con nosotros.

El pastor alemán obviamente sólo estaba esperando la palabra, porque salta hacia adelante, gimiendo ansiosamente, como un niño desesperado por unirse al juego.

William sale a la pequeña habitación con las escaleras que llevan al primer piso, Ozzy justo detrás de él, y Dan lo sigue. Mira hacia la ventana, que está muy alta y es muy estrecha, y está a punto de decirle a William que no hay forma de que salgan por allí, cuando William abre el armario debajo de las escaleras.

Para sorpresa de Dan, no hay estantes ni nada más dentro del armario; está completamente vacío. William se adentra y presiona la pared trasera. Se escucha un clic, y la pared se abre, revelando ser una puerta secreta.

—¿Entiendes ahora el nombre? —pregunta William con una breve sonrisa, encontrando su teléfono y activando la linterna—. Yo fui el que se le ocurrió, por cierto. Luego se mete en el armario y desaparece en la oscuridad.

Ozzy no necesita más invitación, sino que corre detrás de su dueño.

Dan hace lo mismo.

Una escalera corta desciende medio piso, luego un pasillo claustrofóbicamente estrecho y con olor a tierra sigue recto. Dan sigue la luz del teléfono de William durante lo que parecen varios metros. Luego llegan a otra escalera, y William salta y abre una trampilla, revelando una franja de luz diurna mientras asoma la cabeza.

—Está despejado —susurra—. Pero tenemos que ser rápidos.

Levanta la trampilla por completo y sube el resto del camino. Ozzy está justo detrás de él, y Dan lo sigue. De repente, están en la esquina más alejada del patio de Holger, justo al lado del coche de William.

Dan mira asombrado lo que parece una tapa de alcantarilla desde el suelo, pero cuando William la cierra de nuevo, se da cuenta de que es sólo una imitación de papel maché bien hecha.

—Pensó en todo —murmura, olvidándose por un momento de sus padres.

—Sí —dice William, abriendo la puerta trasera de su coche y permitiendo que Ozzy salte—. ¿Y por qué crees que estacioné justo aquí? Vamos, entra, antes de que nos noten.

Dan echa un vistazo hacia la casa. Los dos zombies todavía están arañando la puerta principal, y otros tres están parados junto a las ventanas de la cocina. A través del vidrio, nota a Holger y Mille mirando hacia él.

—Vamos, Dan —dice William, arrancando el coche.

Dan se sube rápidamente, justo cuando los zombies, aparentemente atraídos por el sonido del motor del coche, se giran en esa dirección y comienzan a tambalearse hacia el coche.

William acelera, y el coche ruge, saliendo del camino de entrada, la grava volando por todas partes.

Ninguno de los dos nota el Prius blanco estacionado detrás del garaje, con el motor encendido en silencio.

QUINCE

Mille observa desde la ventana de la cocina mientras se alejan en el coche.

Los zombies, que habían estado tambaleándose hacia el coche, ahora se dan cuenta de que está fuera de su alcance y se vuelven hacia la casa, reanudando su incansable rasguño en las ventanas y la puerta principal.

Ella se estremece al ver las caras inexpresivas y se vuelve, mirando a Holger en su lugar.

El anfitrión está de pie en el centro de la habitación, mirando al suelo mientras sus labios se mueven sin emitir sonido. Parece que está debatiendo internamente qué hacer ahora.

Entonces se da cuenta de que está sola en la casa con este hombre al que apenas conoce. ¿Qué fue lo que dijo William que padecía? ¿Paranoia? ¿Son las personas paranoicas propensas a la violencia? No tiene idea.

Hasta ahora, Holger ha actuado de manera bastante normal, excepto por esas conversaciones consigo mismo que tiende a tener, lo que lo hace quedar curiosamente inconsciente de lo que sucede a su alrededor.

Pero ahora, parece molesto, y eso lo pone inquieto, cambiando su peso de un pie al otro. Se frota los costados con la palma de la mano.

—Supongo que sólo somos tú y yo por un tiempo —dice para romper el silencio, intentando una sonrisa nerviosa hacia Holger.

Él la mira brevemente a los ojos, luego vuelve a mirar al suelo. —Necesito enjuagar esto —murmura, señalando la bandeja de verduras.

—Oh, claro —responde ella—. ¿Necesitas que te ayude?

—¡No! —Niega con la cabeza enfáticamente.

Mille da un paso atrás, sorprendida por el repentino aumento de su voz.

—No, gracias —repite Holger, más calmado esta vez.

—De acuerdo —dice Mille—. Entonces te dejaré en paz. —Se da la vuelta para regresar a la sala de estar, cuando Holger habla nuevamente.

—No lo sé, nunca la he visto antes.

—¿Qué fue eso? —pregunta Mille, girándose de nuevo.

Holger ya ha comenzado a trabajar en las verduras. Mira por encima del hombro, pero no directamente a ella. —¿Dónde vivías? Antes de que todo esto sucediera, quiero decir. ¿Vivías en la ciudad?

—Sí, vivía en la ciudad.

—¿Vivías con alguien?

—Uhm, no. Vivía sola.

—¿Naciste aquí?

—Me mudé aquí el año pasado.

—Oh, eso lo explica —Holger se concentra en las verduras de nuevo, abre el grifo y las frota vigorosamente. La extraña entrevista parece haber terminado.

Mille reflexiona durante unos segundos, decidiendo que tal vez sea sólo la forma extraña de Holger de conversar. Pero justo cuando está a punto de salir de la cocina por segunda vez, él dice en voz baja: —Ella dice que se mudó aquí el año pasado.

Mille se vuelve una vez más y lo mira.

Aún de espaldas, Holger niega con la cabeza. —No, no lo sé. Pero William sí. No la habría traído aquí si no pudiéramos confiar en ella.

Mille aprieta los labios. De repente, siente lástima por Holger. Tiene la clara sensación de que Holger es básicamente amigable, aunque un poco solitario, pero su enfermedad le hace muy difícil interactuar con los demás.

Siente que debería decirle algo, cualquier cosa para hacerlo sentir un poco menos ansioso, pero no sabe qué decir, y de repente ve un movimiento a través de la ventana.

No son los zombies, no hay zombies en esta ventana en particular en este momento. Están más lejos, también; hasta el lugar donde estaba aparcado el coche de William. Mille frunce el ceño. Le parece que acaba de ver cerrar la trampilla de la salida secreta. Su primer pensamiento es que William o Dan podrían haber regresado, pero ¿ya estarían de vuelta? Han pasado menos de cinco minutos. Además, ¿dónde está el coche de William?

Ni siquiera está segura de haber visto algo. Tal vez fue sólo un pájaro despegando. Tal vez fue pura imaginación.

Pero su pulso ha aumentado ligeramente.

—¿Holger? —pregunta, acercándose a la ventana—. ¿Esa salida por la que se fueron William y Dan? ¿También se puede entrar por ahí?

Holger la mira, luego niega con la cabeza. —No. Nadie conoce esa salida, y es muy difícil de encontrar.

—Sí, lo sé, pero lo que quiero decir es, si alguien la encontrara, ¿podría abrir la trampilla? ¿Es posible abrirla desde afuera?

Holger considera por un momento. —Supongo que sí, en teoría.

—Entonces no hay cerradura en el interior.

—No. ¿Para qué la habría? Está escondida.

Un ruido en el pasillo.

—¿Qué fue eso? —pregunta ella.

Holger la mira. —¿Qué fue qué?

—¿No lo oíste?

Él niega con la cabeza y sigue enjuagando las verduras.

Mille se muerde el pulgar, un hábito que desarrolló cuando era muy joven y no ha podido superar, y mira hacia la puerta abierta.

«¿Me imaginé ese ruido? Debe ser. La situación es espeluznante, por eso estoy tan nerviosa.»

Luego, la mujer aparece en escena, y Mille suelta un grito.

Es alta y delgada, sorprendentemente pálida considerando el clima soleado de las últimas semanas. Su piel está llena de pecas y su cabello es rojizo y rizado. Lleva pantalones cortos y una camiseta sin mangas azul que se ciñe a sus costillas y pechos puntiagudos. Alrededor del cuello tiene un collar pesado lleno de objetos extraños como plumas, cristales y lo que parecen ser huesos diminutos. Sus dedos delgados están llenos de anillos. Sus ojos son de un azul penetrante y miran directamente a Mille.

Holger se vuelve hacia Mille con expresión de alarma. —¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás gritando así?

Mille no puede responder, sólo puede mirar fijamente a la mujer en la puerta.

—Está bien —dice la mujer, levantando una mano delgada. Su voz es sorprendentemente profunda—. No hay necesidad de tener miedo.

Holger gira, casi tirando la bandeja al suelo, y se queda boquiabierto al ver a la mujer. —¿Cómo... cómo entraste aquí?

—Perdón por interrumpir así, Holger —dice la mujer, sin moverse—. ¿Me recuerdas, verdad? Soy Birgit. Vivo al final de la calle. —Habla de manera muy medida y calmada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Holger—. ¿Cómo entraste?

—Usamos el túnel subterráneo —le dice la mujer—. Como dije, sentimos haber irrumpido, pero no teníamos otra opción.

—¿‘Nosotros’? —dice Mille, finalmente encontrando su voz nuevamente—. ¿Quién más está aquí?

La mujer gira la cabeza y la mira por un momento. Luego se hace a un lado un poco. —Este es mi hijo.

No pasa nada durante unos segundos. Luego, un adolescente alto y grueso se asoma por la puerta donde se estaba escondiendo.

—Hola —dice, con una voz quebradiza que contrasta marcadamente con la de su madre. De hecho, suena tan inseguro como parece, como un niño en su primer día de escuela—. Mi nombre es Dennis —le dice a Mille, sonriendo tímidamente—. Mucho gusto. Hola, Holger.

—No... no puedes estar aquí —dice Holger, negando con la cabeza—. Estás allanando. Tienes que irte, ahora mismo. ¡Lárgate!

Da un paso adelante, extendiendo las manos en un gesto de empujar, como esperando empujarlos sin tocarlos. En su mano derecha sostiene el pelador.

Dennis retrocede un paso, pero la mujer se queda quieta, mirando a Holger con ojos ardientes. —No hagas nada estúpido ahora, Holger. No queremos violencia.

Holger se detiene abruptamente, jadeando, y mientras retrocede, Mille puede ver por qué.

En la mano de la mujer hay un cuchillo. O mejor dicho, parece más una daga antigua, como algo sacado de *Juego de Tronos*, con un mango de color bronce decorado. La mujer no hace nada con el cuchillo; simplemente cuelga casualmente de su mano. Pero Mille tiene la clara sensación de que sabe exactamente cómo usarlo, y que no dudaría en hacerlo.

—Como dije, no teníamos otra opción —continúa la mujer, mirando a Holger y hablando con una voz muy tranquila—. Los muertos llegaron a nuestra casa y nos echaron. Logramos llegar al coche, pero nos estrellamos a una milla de aquí. Tuvimos que venir aquí; no teníamos otro lugar adonde ir. Si no lo hubiéramos hecho, ya estaríamos muertos.

Señala hacia las ventanas. Mille no necesita mirar para saber a qué se refiere. Su corazón late con fuerza en su garganta, mientras trata de discernir si sus invitados no deseados tienen buenas intenciones o no. La situación se siente como si pudiera ir en cualquier dirección.

—Sabía que no nos dejarías entrar si simplemente hubiéramos tocado —continúa la mujer, aún dirigiéndose a Holger con su voz tranquila y autoritaria—. Y no te culpo. Probablemente yo no

lo habría hecho. Pero cuando vimos a esos dos chicos salir de ese túnel, supe que era nuestra última oportunidad para llegar a un lugar seguro. Así que la tomamos.

Holger sigue negando con la cabeza mientras la mujer habla, sus ojos se mueven del suelo a la ventana y luego al cuchillo en la mano de la mujer. —No puedes estar aquí —murmura—. No puedes, somos demasiados ya. Con los padres de Dan viniendo, seremos ocho personas. Ocho personas son demasiadas. No tendremos comida para más de unos pocos meses.

—Estoy segura de que podemos hacer que funcione —dice la mujer—. Tal vez ni siquiera tengamos que quedarnos aquí por mucho tiempo. Podríamos irnos de nuevo si se vuelve seguro hacerlo.

Esta última afirmación parece calmar un poco a Holger. Se detiene y mira de reojo a la mujer, moviendo los labios. —¿Te irás de nuevo tan pronto como puedas?

Una pequeña sonrisa aparece en la comisura de los labios delgados de la mujer. —Sólo hasta mañana. Luego veremos.

Holger se muerde la lengua, luego asiente. —Está bien. Está bien, podemos ser ocho personas hasta mañana. Eso no será un problema demasiado grande. Podemos manejar eso. Pero sólo hasta mañana.

Mille deja escapar un suspiro de alivio discreto, notando que la mujer desliza el cuchillo en su cinturón.

Holger se vuelve hacia el fregadero, murmurando algo para sí mismo sobre continuar con el trabajo, y luego continúa fregando las verduras.

—Bueno —dice Mille, dándose cuenta de que Holger no va a actuar como anfitrión—. ¿Hay algo que necesiten? ¿Algo de comer o beber?

La mujer sonríe y le dice: —Me vendría bien un vaso de agua. ¿Y tú, Dennis?

DIECISÉIS

William apenas ha cambiado el coche a cuarta velocidad cuando Dan se inclina hacia adelante y exclama: —¡Ahí! ¡Los veo!

William también los ve. Es decir, ve la parte trasera de una camioneta azul que sobresale de la zanja al lado de la carretera y una multitud de zombis rodeándola, empujándose y tropezando entre sí para acercarse a la posible comida.

—¿Ese es el coche de tus padres? —pregunta William, soltando el acelerador.

—No —dice Dan, sacudiendo la cabeza—. Pero tienen que ser ellos. —Dan lo mira—. ¿Por qué estás disminuyendo la velocidad? ¡Apresúrate!

—Necesitamos un plan de juego —dice William—. No podemos simplemente precipitarnos allí.

—Sólo conduce lo suficientemente cerca para que vengan hacia nosotros, luego retrocede y aléjalos del coche, para que mi mamá y mi papá puedan salir.

William se muerde el labio. —No estoy seguro de que eso funcione. No creo que podamos acercarnos lo suficiente.

—¡Inténtalo de todos modos!

William se acerca al coche estrellado. Ninguno de los zombis reacciona, incluso cuando se detienen justo al lado de la camioneta. Dan se mueve en su asiento, estirando el cuello en un esfuerzo por ver a sus padres.

—¡Ahí está mi papá! —exclama, agitando los brazos frenéticamente—. ¡Papá! ¡Estamos aquí! ¡Los alejaremos ahora!

William ve a un hombre en el asiento del copiloto, apoyado contra el interior de la puerta para mantenerse fuera del alcance de la zombi que está de pie junto a la ventana del lado del conductor. Parece que ha abierto un poco la ventana y ha logrado meter ambos brazos,

empujando con entusiasmo para alcanzar al padre de Dan. El vidrio de la ventana está agrietado y parece que podría ceder en cualquier momento.

En el asiento trasero hay una chica de la edad de Dan y William, abrazando a un niño con fuerza y mirándolos con ojos grandes y asustados. Parecen árabes, y William recuerda el nombre que escuchó en el teléfono. Algo con un tono de Oriente Medio. No puede ver a la madre de Dan en ninguna parte.

Ozzy gruñe desde el asiento trasero, mirando a los zombis con desdén.

—Tranquilo, amigo —le dice William, sorprendido de lo rápido que Ozzy ha captado que los muertos vivientes representan una amenaza.

Dan baja la ventana y se inclina, agitando ambos brazos. —¡Oye! ¡Oye, tú! ¡Mira! ¡Estoy aquí!

Ninguno de los zombie presta atención a él, sólo siguen trabajando en la camioneta, acariciando y mordiendo las ventanas. Uno de los más cercanos gira brevemente la cabeza en su dirección, pero luego parece decidir que la camioneta es la mejor opción, girándose hacia ella de nuevo.

—Es inútil —dice William—. La distancia es demasiado grande. Tendríamos que conducir en la zanja para llamar su atención.

Dan se pasa la mano por el pelo. —Está bien. Entonces saldré, los alejaré.

—¿Estás seguro de eso? Quiero decir, ¿puedes correr con tu tobillo lastimado?

—Está mejor ahora. Y no hay otra forma.

—Podría salir y lanzar a Ozzy contra ellos. Ya lo hizo una vez, y no puede infectarse. Además, no les importan los perros.

—Pero tú también tendrías que salir —señala Dan—, ¿y quién conduciría el coche, entonces?

William lo observa, mientras Dan, sin esperar una respuesta, se desabrocha el cinturón y abre la puerta, y no puede evitar admirar al chico. Cuando lo recogió en la ciudad ayer, lo tomó por un cobarde. Pero después de enterarse de lo que Dan había pasado, el respeto de William ha crecido. Y ahora, al pensar en que su familia está en peligro, Dan estaba actuando con más coraje del que William mismo podría reunir.

Dan sale del coche, luego mira hacia William. —Tienes que estar listo para ayudarlos en cuanto aleje a los zombis del coche, ¿de acuerdo?

—Bien. Ten cuidado, hombre.

—Lo tendré.

Dan cierra la puerta, y William lo ve respirar profundamente antes de caminar hacia el coche estrellado y la multitud de zombies.

Ozzy vuelve a gruñir, mirando por encima del hombro de William.

—Lo sé, amigo —murmura, sin quitarle los ojos de encima a Dan—. Esta es una mala, maldita idea...

DIECISIETE

Mille lleva a Birgit y a Dennis a la sala de estar, ofreciéndoles un vaso de agua a cada uno.

—Traten de encontrar un lugar para sentarse —les sugiere, mirando a su alrededor en la abarrotada sala de estar—. Sé que no es exactamente fácil.

—Gracias —dice la mujer, sentándose en la silla junto a la ventana. Incluso sentada, parece más alta que Mille, con su postura recta y la barbilla levantada ligeramente.

Dennis se aprieta en el sofá en el lugar donde Mille estaba sentada antes, meditando. Toma unos grandes sorbos de agua y luego comienza a estudiar todas las cosas que Holger ha acumulado.

—Perdona, no escuché tu nombre —dice la mujer, extendiendo la mano.

Mille duda por un segundo, luego la toma. El apretón de la mujer es firme y fresco.

—Mille —responde ella.

—Encantada de conocerte, Mille. Entonces, ¿cómo terminaste aquí? —Su tono es curiosamente indiferente, como si se hubieran encontrado casualmente en la parada del autobús.

—Yo... bueno, se suponía que iba a hacer un viaje con mi clase, y acabábamos de salir de la ciudad cuando el autobús fue atacado.

La mujer levanta las cejas delgadas. —Oh, ¿eras una de las pobres chicas en el autobús?

—Sí. Creo que podría haber sido la única que lo logró.

—Terrible —dice la mujer, frunciendo el ceño—. Lamento mucho escuchar eso. Debes estar lamentando profundamente la pérdida de todos tus amigos.

—Bueno, sí —dice Mille, un poco desconcertada por la forma en que habla la mujer. ¿Quién usa la palabra "lamentando"? Tiene la sensación de que la mujer es mucho mayor de lo que parece, un poco más cuarenta años parece tener.

—Y probablemente viste morir a la mayoría de ellos, ¿no? —continúa la mujer, aún frunciendo el ceño—. Dijeron en las noticias que había sido bastante sangriento. Creo que usaron el término 'masacre'. —La mujer niega lentamente con la cabeza—. No puedo ni empezar a imaginar lo traumático que debe haber sido para ti.

La empatía en la voz de la mujer es casi genuina, casi. Sin embargo, Mille tiene la sensación de que realmente le importa poco la masacre que Mille presencié.

—Sí, fue terrible —responde Mille.

—¿Y buscaste refugio aquí?

Ahí está otra vez. Esa forma anticuada de hablar.

—No exactamente. Volví a la ciudad. Traté de... de ayudar a uno de mis compañeros de clase que había sido mordido. Tratamos de llevarlo al hospital a tiempo, pero... fue demasiado tarde.

—Oh, querida. Bueno, fue valiente de tu parte tratar de ayudar.

—Entonces yo... —Mille decide omitir la parte en la que se desmayó—. William y Dan me recogieron. Me trajeron aquí.

—¿Esos son los dos chicos que se fueron justo antes de que llegáramos?

—Sí.

—¿Los conocías?

—No. Sólo me recogieron porque querían ayudar.

La mujer sonríe. —Es cierto lo que dicen; crisis como estas realmente sacan lo mejor de las personas.

—O lo peor —añade Mille, sin pensar mucho. Sus ojos se dirigen involuntariamente a la daga en el cinturón de la mujer, y cuando vuelve a mirar a los ojos de la mujer, sabe que lo notó.

—Es un equilibrio —dice la mujer en voz baja—. Tienes que ayudar a los demás, pero también tienes que sobrevivir tú mismo.

—Supongo.

La mujer sorbe su agua, luego pregunta: —¿Y tu familia? ¿Dónde están?

De repente, esto se siente para Mille como una entrevista más que una conversación. Como si la mujer estuviera tratando de obtener algo de ella. Decide no darle más información privada.

—No podría decirte.

La mujer inclina la cabeza ligeramente. —¿No lo sabes?

—No.

Irónicamente, es la verdad. Sin embargo, la mujer parece darse cuenta de que Mille no quiere seguir jugando en la falsa conversación y deja de preguntar. En su lugar, hay un largo momento

de silencio en la sala de estar. La mujer sostiene la mirada de Mille, y Mille no aparta la vista. El espacio entre ellas de repente parece cargado, como si pudieran empezar a volar chispas en cualquier momento. Mille puede sentir que la mujer trata muy duro de leer sus pensamientos.

Entonces, de repente, el teléfono de Mille vibra.

—Lo siento —dice, sacándolo reflexivamente y rompiendo el contacto visual—. Debe ser William o Dan. Deben estar... —Se detiene al ver el nombre en la pantalla. Una oleada de frío recorre su espalda a pesar del calor de la habitación. Rechaza la llamada y guarda el teléfono de nuevo.

Cuando vuelve a mirar, ve que la mujer todavía la está mirando, ahora sonriendo. No dice nada, ni pregunta quién llamó. Sólo sorbe su vaso de agua y luego lo coloca en su regazo.

Dennis ha recogido algún dispositivo electrónico y se lo muestra a su madre. —¡Mamá, mira todas estas cosas geniales!

La mujer no lo mira; todavía está mirando a Mille.

Mille se pone los auriculares. —Sólo estaré en la habitación de al lado si me necesitan. — Señala el dormitorio de Holger.

La mujer asiente una vez.

Mille deja la sala de estar, cerrando la puerta detrás de ella. Se sienta en la cama de Holger, agradecida de que la habitación esté sólo débilmente iluminada debido a las pesadas cortinas que bloquean la mayor parte de la luz del sol. Además, no hay zombies fuera de esta ventana.

Se pone los auriculares y los conecta a su teléfono. La sensación familiar de ansiedad creciente se ha formado en su pecho después de que sonara el teléfono. Encuentra un video de YouTube con música relajante y cruza las piernas. Sus pensamientos están girando, pero trata de ignorarlos, trata de no involucrarse. Es difícil.

«¿Qué quiere? ¿Por qué sigue llamando? ¿Está en peligro? ¿O está preocupada por mí?»

Mille cierra los ojos y respira profundamente, luego exhala y visualiza el miedo y la tensión fluyendo fuera de ella.

Justo cuando la técnica comienza a funcionar, escucha un sonido y abre los ojos.

La puerta está abierta. La mujer está allí.

—Perdón por interrumpir —dice la mujer—. Sólo necesito saber dónde está el baño. Dennis tiene que ir.

«¿No podrías haberle preguntado a Holger?» Piensa Mille, pero sólo dice: —Claro. Está en el pasillo, luego a la derecha.

—Gracias. —La mujer está a punto de dar un paso atrás, cuando algo parece ocurrírsele, y pregunta: —¿Era tu madre quien llamaba hace un momento?

Mille se queda atónita durante unos segundos. —Eso... eso realmente no es asunto tuyo — responde, sintiendo que el calor sube a sus mejillas.

Para su sorpresa, la mujer sonríe. —Tienes razón. Perdón por ser curiosa.

Cierra la puerta y deja a Mille en un silencio aturdido. Sus pensamientos corren aún más rápido ahora, su corazón late bajo su barbilla.

«¿Cómo demonios lo supo?»

¿Había visto la pantalla cuando entró la llamada? No, Mille estaba a varios metros de distancia. Además, el nombre en el teléfono no era "Mamá", era Helle.

De repente, no es tanto ansiedad lo que siente Mille, sino ira. Se siente violada, como si la mujer hubiera revelado uno de los secretos más feos de Mille. Como si realmente hubiera logrado leer sus pensamientos después de todo. ¿Quién le dio el derecho de entrometerse así? ¿No era suficiente con que se hubieran metido en la casa de Holger, casi amenazándolos para que los dejaran quedarse?

Mille decide que no va a dejarlo pasar. Daga o no daga, la mujer no puede simplemente ir por ahí metiendo las narices en las cosas de los demás y esperar salirse con la suya.

Deja los auriculares y regresa a la sala de estar.

La mujer está de pie junto a la ventana, con el vaso de agua en la mano. Ha abierto la cortina, y la luz del sol de la tarde se filtra, haciendo que su cabello rojo se vea aún más ardiente.

Dos zombies están de pie justo afuera, empujándose y peleando por el lugar más cercano a la mujer, ambos acariciando el vidrio. Sorprendentemente, a la mujer no parece importarle en absoluto; sólo mira más allá de sus cabezas y hacia la distancia.

—Disculpa —dice Mille, acercándose.

La mujer gira la cabeza y la mira. —¿Sí?

—Yo... no creo que tú... no puedes simplemente... —Las palabras se tropiezan entre sí, y de repente, enfrentándose a la mujer, Mille no sabe cómo expresar su enojo.

La mujer la mira, paciente, su expresión serena.

«Oh, como si no tuvieras idea», piensa Mille, enojándose aún más.

Decide dejar de fingir y extiende los brazos. —¿Cómo lo supiste?

—¿Saber qué?

—¿Quién me llamó hace un momento?

—Hm —dice la mujer, sonriendo levemente—. Bueno, sólo me preguntaba por qué no responderías una llamada si alguien está tratando de comunicarse contigo en este momento. Y noté que te molestaste mucho. Pensé que eso sólo podía significar que la persona al otro lado te había lastimado mucho. —Se encoge de hombros—. ¿Y quién puede herir peor a una joven que su propia madre?

Mille abre la boca, luego la cierra de nuevo. Las palabras han conectado como golpes en su estómago. —No deberías... no tienes derecho a... —Su voz es débil, sus objeciones se quedan cortas; la mujer ni siquiera parece escucharla.

Simplemente vuelve a mirar por la ventana, dando la impresión de ser una general que observa un campo de batalla.

—Entiendo tu enojo —dice la mujer.

—No tienes idea —comienza Mille, con la voz un poco más fuerte ahora—. ¿Cómo te atreves a hablar sobre...

—Mi propia madre también me lastimó, ¿sabes? De muchas maneras. El castigo físico fue lo de menos.

Mille la mira, sin saber qué decir. Su pulso está acelerado, su visión se oscurece un poco, y por un momento, siente que se va a desmayar de nuevo. Nunca ha hablado con nadie sobre esto, ni siquiera con sus amigos más cercanos. Ni siquiera Krista sabía cuán abusiva había sido la madre de Mille. Y ahora, esta completa extraña actuaba como si supiera todo al respecto.

Dennis entra en la sala de estar. —Mamá, ¡mira esto! ¡Holger tiene estas cosas muy geniales!

La mujer no lo mira; sigue mirando a Mille.

—Ve a ayudar a Holger con las verduras, Dennis —dice la mujer sin apartarse de la ventana—. Lo mínimo que podemos hacer es ser útiles mientras estamos aquí.

—Está bien, mamá —dice el chico obedientemente, girando y volviendo a la cocina, después de lanzar una última mirada a Mille.

—Nunca le conté a mi hijo sobre esto —continúa la mujer—. No quiero que lo sepa. No quiero que nadie lo sepa, en realidad. —Respira profundamente—. Me escapé de casa a los catorce años. Una noche, simplemente decidí que ya había tenido suficiente. Creo que ese día ella me había quemado con cigarrillos. Esa era una de sus formas favoritas de castigarme. —La mujer finalmente parece notar a los zombies fuera de la ventana. Ahora hay cuatro de ellos. —Estas pobres cosas eran seres humanos hace sólo unos días, ¿puedes creerlo?

Mille echa un vistazo breve a los muertos vivientes, tragando saliva. —Puedo creerlo, en realidad —susurra—. He visto a varios de ellos regresar de la muerte.

La mujer asiente. —Me alegra escuchar que no crees en las mentiras que están diciendo en las noticias. Eso del virus... es simplemente ridículo. Quiero decir, sólo míralos. Debería ser obvio para cualquiera que no queda nada humano en ellos. Lo misericordioso sería simplemente eliminarlos. —La mujer niega con la cabeza—. Pero no lo van a hacer. Nuestra sociedad se ha vuelto demasiado humanitaria. Seguirán intentando ayudar, en lugar de hacer lo necesario, y será nuestra perdición.

Se sienta en la silla, mirando su vaso por un momento, luego bebe el resto del agua, saboreándola antes de tragar.

—Me llevó años perdonar a mi madre —dice, sin mirar a Mille—. Para cuando finalmente pude regresar a casa, era demasiado tarde. Mi madre había muerto. Cáncer. ¿Sabes cuántas veces recé para que le diera cáncer?

Mille no dice nada; la mujer tampoco parece esperar una respuesta. Continúa hablando.

—Su muerte me golpeó de una manera que no puedes imaginar. Me destruyó. Me mostró cuánto amor había a pesar del abuso. Me di cuenta de que el odio era sólo un velo delgado. Y lo curioso era que siempre lo había sabido. Sólo... elegí ignorarlo. ¿Entiendes?

La mujer finalmente la mira, y Mille se da cuenta de que tiene la boca abierta. La cierra, parpadea y asiente. —Creo... creo que sé a qué te refieres.

—Claro que sí. Eres una joven inteligente. Has tomado decisiones difíciles, pero eran necesarias para que sobrevivieras en ese momento. Ahora... con todo esto sucediendo, el mundo desmoronándose... —La mujer se encoge de hombros—. Puede ser el momento de que todos reconsideremos nuestras elecciones. Especialmente las que hemos tomado en relación con nuestras familias.

Mille sacude la cabeza. —Esto no cambia nada. No cambia lo que ella me hizo. —No puede creer que esas palabras hayan salido de su boca.

—Lo sé. Nada puede cambiar eso. Pero tú puedes cambiar. Si quieres. Puedes perdonar. Puedes volver a casa.

Mille de repente se da cuenta, para su total horror, de que está a punto de llorar. La mujer está hablando de una manera tan calmante, que es como escuchar una nana que te lleva lentamente al sueño.

—Sólo tengo a Dennis ahora —continúa la mujer, lanzando una cálida mirada hacia la cocina—. Él es todo lo que tengo, y haré cualquier cosa por él. —Mira de nuevo a Mille, y de repente, hay esa fiereza en sus ojos azules nuevamente—. Cualquier cosa. Incluso mataría si tuviera que

hacerlo. Él es mi sangre, y lo será para siempre. Incluso si me odia. Incluso si me deja. Por eso tu madre te está llamando ahora.

Mille trata de sacudir la cabeza, trata de decir algo, pero no puede. No puede detener las lágrimas que brotan.

La expresión de la mujer se suaviza una vez más. —Si este es el fin del mundo, ¿no querrías ver a tu madre una última vez? ¿No querrías que ella supiera que la amas?

DIECIOCHO

«¿Qué diablos estoy haciendo?»

El pensamiento atraviesa la mente de William mientras ve a Dan caminar hacia el grupo de zombis que rodea el coche en la zanja.

«No puedo quedarme aquí y dejar que se mate.»

Se desabrocha el cinturón y abre la puerta. Ozzy gime impaciente desde el asiento trasero. — Todavía no, amigo. Quédate aquí.

William sale del coche, pero deja el motor en marcha y la puerta abierta.

Dan todavía está en el asfalto, pero lo suficientemente cerca ahora como para que los zombies reaccionen a su presencia. Pero todos parecen absortos en las personas dentro del coche.

—¡Eh! —dice Dan, saliendo al arcén y agitando los brazos—. ¡Estoy aquí! ¡Vengan por mí!

La más cercana de los muertos, una señora mayor y delgada con un cráter desagradable en el esternón, revelando tanto una fila de costillas como lo que parece ser parte de un pulmón colapsado, se gira hacia él.

Dan se da la vuelta y corre mientras la zombie se acerca desde la zanja. Pero tan pronto como se aleja demasiado, la zombie se detiene, se da la vuelta y vuelve a trabajar en el coche.

—¡No, no! —grita Dan, acercándose de nuevo—. ¡Vengan por mí! ¡Todos ustedes!

Se acerca más, tratando de atraer a más zombies, y logra que algunos se giren hacia él. Dos de ellos incluso lo intentan, pero tan pronto como Dan se aleja, pierden interés y vuelven a enfocarse en la comida más fácil en el coche.

—¡Mierda! —grita Dan, pasándose ambas manos por el pelo—. ¡No está funcionando!

—Yo te ayudaré —dice William, acercándose.

Dan lo mira sorprendido. —¡No sirve de nada! Nunca lograremos alejarlos a todos a la vez.

—Tal vez no necesitamos hacerlo. Tal vez si sólo logramos mover a los de este lado, tus padres puedan salir.

Dan mira hacia el coche. —¿Oíste eso, papá? Intentaremos alejarlos de la puerta del pasajero. Así que prepárate para salir por este lado, ¿de acuerdo?

William ve al hombre en el asiento delantero asentir y levantar el pulgar.

—Déjame ir primero —dice William—. Espera hasta que haya alejado al mío un poco por la carretera. No se mueven muy rápido, así que tal vez pueda regresar y hacer otro después de ti.

Dan asiente.

William respira profundamente unas cuantas veces. Luego se acerca al coche, sorprendido de lo reacias que se sienten sus piernas. Requiere toda su fuerza de voluntad para hacerlas moverse.

«¿Cómo diablos hizo Dan eso? Es mucho más valiente de lo que parece».

Claro, Dan está motivado por el hecho de que las personas en el coche son su familia; para William, son extraños al azar.

«Estoy arriesgando mi vida por alguien que no conozco».

El pensamiento es seguido por una punzada de culpa, al darse cuenta de lo egoísta que es. Así que lo aparta y se concentra en la situación. Tan pronto como está lo suficientemente cerca, se agacha y recoge una pequeña piedra del borde de la carretera, sin quitar los ojos de los zombies más cercanos.

—¡Eh! —grita, lanzando la piedra y golpeando a uno de ellos en la parte posterior de la cabeza.

El zombie, un tipo gordo de mediana edad con la garganta desgarrada y una mandíbula desencajada, se vuelve y se lanza hacia William, quien salta hacia atrás. Retrocede pero se asegura de no crear demasiada distancia entre ellos, manteniéndola por debajo de los tres metros, lo que parece demasiado cerca. Pero funciona; el gordo sigue avanzando, siguiendo a William por la carretera alejándose de los coches.

—¡Ahora tú! —grita, quitando la vista del gordo zombie sólo un segundo para mirar a Dan—. ¡Atrae a la vieja bruja!

Dan ya se está moviendo hacia el coche de nuevo, y mientras William se aleja más, manteniendo un ojo en ambos zombies, de repente capta un movimiento desde una dirección completamente diferente. Un tipo alto y desgarbado, que sólo lleva pantalones cortos, sale tambaleándose del campo de trigo opuesto y cruza la carretera, dirigiéndose directamente hacia Dan, cuyo enfoque total está en la zombie vieja.

—¡Dan! —ruge William—. ¡Cuidado!

Dan lo oye, pero no capta el mensaje; obviamente, piensa que William sólo le está advirtiéndole que tenga cuidado con la zombie vieja, porque sólo mira brevemente en dirección de William y asiente una vez.

—¡No, detrás de ti! —grita William, y sin pensarlo, corre hacia Dan, apenas esquivando al zombi gordo, que intenta agarrarlo pero falla por un pelo mientras William pasa volando junto a él—. ¡Detrás de ti, Dan!

Dan mira hacia atrás, ve al recién llegado, suelta un grito e intenta girar y correr, todo a la vez, lo que resulta en que su zapato resbale en el asfalto caliente, enviándolo de rodillas.

William todavía está demasiado lejos.

No puede llegar a Dan a tiempo.

Los zombies están demasiado cerca, acercándose desde ambos lados.

Oh, mierda. Esto es todo...

Ozzy ladra desde dentro del coche justo cuando William lo pasa, y una idea atraviesa su cabeza. Incluso antes de que pueda pensar, grita: —¡Ozzy, ataca!

El perro no necesita más invitación; ya estaba encaramado en el asiento delantero, esperando el momento de actuar. Ahora se lanza fuera del coche y cierra la distancia hasta Dan en un santiamén. El pastor alemán suelta un ladrido enojado antes de lanzarse a toda velocidad hacia el zombie masculino, derribándolo como un jugador de fútbol americano.

—Santo cielo —exclama William, deteniéndose sorprendido y olvidándose por un momento de Dan, mientras observa a Ozzy desgarrando el hombro del zombie. El muerto no parece prestar atención al perro, intenta en su lugar levantarse y volver por Dan. Pero Ozzy sacude con suficiente fuerza para arrojar al zombie de espaldas, luego lo arrastra lejos.

Dan ya ha visto la oportunidad y se escabulle de la zombie vieja, levantándose y corriendo hacia William.

—Santo cielo —dice William de nuevo, extendiendo la mano y agarrando a Dan del brazo—. ¿Estás bien, hombre? ¡Fue una llamada muy cercana!

—Creo que estoy bien —murmura Dan, con aspecto de alguien que acaba de ver la muerte de cerca—. Solo me lastimé un poco la mano cuando me caí.

Se alejan más, mientras la zombie vieja hace un intento débil de seguirlos, antes de cambiar de opinión y dirigirse de nuevo al coche en la zanja.

Ozzy todavía está trabajando en el otro zombi, habiendo desgarrado su hombro y arrastrándolo varios metros por la carretera.

—¡Ozzy! —grita William—. ¡Suelta! ¡Aquí!

Ozzy deja ir al zombie, no del todo de buena gana, pero obedece y vuelve a William. Está jadeando, con orgullo y la boca llena de sangre.

—Buen chico —dice William, sin tocar a Ozzy, ya que sospecha que la sangre de zombie será contagiosa si entra en contacto con ella. Siendo un perro, Ozzy probablemente estará bien, después de todo, ya mordió a un zombi ayer y probablemente tragó al menos algunas gotas.

—Esto no está funcionando —dice Dan, mirando al zombie que acaba de ser destrozado por Ozzy. El tipo se levanta y simplemente se tambalea hacia el coche en la zanja como si nada hubiera pasado, uniéndose al resto del grupo.

—Tienes razón —dice William, secándose el sudor de la barbilla. Está completamente empapado de correr por aquí bajo el sol abrasador de la tarde, y realmente podría usar una Coca-Cola en este momento. O mejor aún, una Carlsberg helada—. Necesitamos ayuda.

Como si sus palabras lo hicieran posible, se escucha el claxon de un coche, y William se vuelve para ver un SUV rojo acercándose. Hay un tipo corpulento al volante y una mujer frágil a su lado. El conductor les hace señas para que se muevan.

—¡Oye, necesitamos ayuda! —grita William, agitando los brazos.

El SUV avanza, y William y Dan saltan a un lado.

—¡Vaya, imbécil! —grita William, levantando el dedo medio al tipo al volante mientras pasa a toda velocidad junto a ellos—. ¡Gracias por no ser un idiota egoísta!

El SUV sigue su camino por la carretera.

—¿Y ahora qué? —pregunta Dan, secándose el sudor de la frente. La tarde está convirtiéndose en el comienzo de la noche, pero el sol todavía es fuerte.

—Supongo que sólo tenemos que esperar que el próximo sea más generoso.

En ese momento, ambos oyen el sonido de un motor retumbante acercándose por detrás.

DIECINUEVE

Mille mira su teléfono y respira profundamente. Su dedo flota sobre el botón de llamada. Está de nuevo en el dormitorio de Holger, sola.

Sorprendentemente, apenas siente miedo. Se siente curiosamente resuelta. Como si ya hubiera tomado la decisión varias horas antes, y ahora finalmente pudiera dejar de luchar contra ella.

Entonces, hace la llamada. Se lleva el teléfono al oído mientras comienza a sonar.

Contesta casi de inmediato. La voz es temblorosa y llena de esperanza.

—¿Mille? Dios mío, ¿eres tú?

—Hola, mamá.

—¡Oh, Dios! Es tan bueno escuchar tu voz. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Estaba tan preocupada. Pensé que algo podría haberte pasado. Hemos estado en tu apartamento, buscándote, pero no estabas allí.

Mille frunce el ceño. —¿Han estado en la ciudad?

—¡Todavía estamos aquí! Vinimos en cuanto escuchamos lo que estaba sucediendo.

Mille parpadea. —¿Quiénes son "nosotros"?

—Torben y yo, por supuesto.

—Oh, ¿así que han vuelto?

—Lo hemos estado por dos años ya. Nosotros...

Una voz masculina en el fondo. Torben, sin duda. Parece que están en un coche.

—¿Qué está diciendo?

—Quiere que pregunte dónde estás, para que podamos ir a buscarte.

—No... no sé, mamá. ¿De verdad vinieron hasta aquí sólo para buscarme?

—¡Claro! No podría vivir conmigo misma si supiera que te pasó algo y podría haberlo evitado.

Mille cierra los ojos en un esfuerzo por contener nuevas lágrimas. No quiere que su madre la escuche llorar, no quiere bajar la guardia, al menos no todavía. Pero escuchar el calor en la voz de su madre es tan inesperado. Las últimas palabras que intercambiaron estaban llenas de odio, ambas gritando, Mille maldiciendo a su madre, y su madre diciéndole que se largara y dejara de ser una carga.

Mille había seguido su consejo. Había dejado su llave y se había marchado sin mirar atrás.

Eso fue hace tres años.

Parece una eternidad.

—Mille —dice su madre con seriedad—. Sé... lo que pasó entre nosotras... Nunca podré deshacerlo. He querido retractarme de lo que dije un millón de veces.

Mille aprieta los labios.

—Todo lo que puedo decir es que no era yo misma en ese entonces. Era la depresión hablando, y el alcohol. Y sé que no es excusa. Echarte fue imperdonable. Por favor, déjame ir a buscarte. Por favor, dame otra oportunidad, aunque no la merezca.

Es surrealista. Tiene que ser un sueño.

Mille no puede creer que esté escuchando esas palabras que ha querido escuchar durante tanto tiempo, incluso si nunca lo habría admitido, ni siquiera a sí misma. Las murallas que ha construido, que parecían tan sólidas, ahora están cayendo.

Asiente y traga con fuerza. —Está bien, mamá.

—¡Gracias a Dios! Gracias, Mille. ¿Cuál es la dirección?

—Camino del Molino 261.

—¿Lo tienes, Torben?

—Pero, mamá —dice Mille, secándose la nariz con la manga—. ¿Adónde iremos? Han sellado el área.

—No te preocupes, cariño, Torben tiene un permiso especial. Por su diabetes. Nos permitirán salir.

—Oh. Bueno... ¿cuánto tiempo tardarán en llegar?

—¿Cuánto tiempo, Torben? ... Diez minutos, cariño.

—Está bien. Yo... Necesito decirle al tipo con el que estoy quedando que me voy.

—¿Por qué no se une tu novio?

—No es un novio, mamá, es sólo un... Te lo explicaré después.

—Está bien. Nos vemos pronto, cariño.

—Nos vemos.

Mille cuelga y mira su teléfono durante casi un minuto entero. Su cerebro está tratando de adaptarse a la nueva realidad. Acaba de hablar con mamá. Su madre le dijo que lo sentía. Se verán en menos de diez minutos.

En el espacio de una corta llamada telefónica, todo ha cambiado.

De alguna manera, esto es más difícil de procesar que el hecho de que el mundo podría estar terminando.

Mille siente una extraña mezcla de confusión, emoción y preocupación. También se siente como una persona nueva. Se levanta de la cama y sale del dormitorio.

Encuentra la sala de estar vacía. Siente una urgencia repentina de ir al baño y se apresura. En el espejo, se limpia cualquier rastro de rímel y se arregla el cabello lo mejor que puede.

De vuelta en la cocina, encuentra a Holger terminando con las verduras.

—¿Dónde están los invitados, Holger? —pregunta.

Él responde sin mirarla: —Arriba, descansando.

—¿Has oído algo de William?

Holger sacude la cabeza mientras se seca las manos con un trapo de cocina.

—Me iré pronto. Mi madre viene por mí.

Finalmente, Holger la mira con una mirada extraña y lateral. —¿Por qué? Pensé que querías quedarte aquí.

—Honestamente, no tenía otra opción. Pero ahora sí. Estoy agradecida de que me hayas dejado pasar la noche aquí, Holger. Pronto tendrás una persona menos de la que preocuparte. —Ella sonríe, pero Holger no le devuelve la sonrisa—. Voy a empacar mis cosas —le dice y se da la vuelta para irse.

—No confío en ella.

Mille se da la vuelta de nuevo. —¿Qué?

Holger aprieta el trapo de cocina y mira el mostrador. —No confío en Birgit.

Mille frunce el ceño. —¿Por qué no?

—Los escuché susurrando.

—¿Susurrando qué?

Mille también susurra ahora, su corazón late más rápido por alguna razón.

Holger no responde, sólo sacude la cabeza, como si no lo supiera.

—Holger, ¿quiénes son ellos? ¿Los conoces, verdad?

—Sé de ellos. Viven en la calle. Sólo nos hemos visto de paso. Ella es rara, eso es todo lo que sé. Practica alguna religión oculta extraña. Y su hijo es lento de mente porque ella usó algunos

de sus rituales en él cuando era pequeño. Eso es lo que todos dicen por aquí.

—Eso... eso suena como rumores —dice Mille—. Sé que ella es un poco dura, pero no creo que sea una bruja ni nada.

—Ella lo es —dice Holger, asintiendo enfáticamente—. Y no se puede confiar en ella. Sólo los dejé entrar porque William regresará, y los hará irse mañana si no se van voluntariamente. —Holger respira rápido por la nariz, evitando sus ojos—. Puedo decir cuando la gente miente. Esa es una de las cosas en las que soy muy bueno. Y ella está mintiendo. Está mintiendo sobre algo.

Mille siente un escalofrío recorriendo su espalda. Está a punto de decir algo más cuando escucha pasos desde detrás, y la mujer aparece en la puerta.

—Oh, siento interrumpir —dice con una breve sonrisa—. Sólo quería saber si pudiste contactar a tu madre, Mille.

Mille sonríe, pero de repente no se siente cómoda. —Sí, pude —dice con vacilación, mirando a Holger, quien simplemente se queda allí—. Ella... ella vendrá por mí pronto. Me iré con ella.

Birgit sonríe, la piel pálida alrededor de su boca formando finas arrugas. —Es tan bueno escuchar eso. Me alegra que haya funcionado.

—Sí, a mí también.

Los tres se miran durante un momento. Mille no puede evitar notar el collar de Birgit con todos los objetos extraños. Y el puñal que sobresale de su cinturón. Ahora que lo piensa, Birgit podría ser una bruja moderna, como sugirió Holger. O, todo podría ser inventado por la gente de aquí hablando. Es fácil que alguien con una forma de vestir y actuar ligeramente diferente sea llamado raro. Y aunque Birgit realmente sea una bruja, ¿cómo cambia eso las cosas? Las brujas no son malas, sólo practican el amor a la naturaleza y cosas así. Es más probable que sea la paranoia de Holger haciéndolo sospechar de Birgit.

Mille se da cuenta de que el silencio ha durado varios segundos ahora, y siente que necesita decir algo más. —Gracias por... ya sabes, convencerme de llamarla de nuevo.

—No hay de qué.

—Bueno, será mejor que me prepare. Los demás estarán de regreso en cualquier momento. —Ella dice esto más para Holger que para Birgit, queriendo que él no se sienta ansioso por estar solo en la casa con la mujer y su hijo.

Sin embargo, él no la mira, y no está segura de que haya captado el mensaje.

Entonces, Mille ve el coche rojo entrando en el camino de entrada.

—Debe ser tu madre —dice Birgit desde algún lugar detrás de ella.

Mille apenas la escucha; está mirando a la mujer en el asiento del pasajero. Más pequeña, más vieja y más pálida de lo que recuerda. Su corte de pelo también es mucho más corto. Pero definitivamente es ella.

VEINTE

William se da la vuelta y se protege los ojos de la luz del sol.

Un gran tractor rojo se acerca desde un poco más allá del campo. Está cosechando el trigo, y una nube de polvo dorado se eleva directamente hacia el cielo azul.

—¿Quién demonios está trabajando sus campos ahora? —exclama William.

—No lo sé, pero tal vez puedan ayudar —dice Dan, agitando los brazos.

El tractor reduce la velocidad y luego se detiene por completo. Una puerta en lo alto se abre de golpe, y un tipo no mucho mayor que William se asoma, tocando su gorra en señal de saludo. — ¡Hola!

—¡Hola! —grita Dan en respuesta por encima del ruido del motor—. ¿Podrías ayudarnos, por favor? ¡Mis padres están atrapados en ese coche!

El joven granjero mira hacia el coche estrellado, luego se mete de nuevo en el tractor y apaga la máquina. El silencio que sigue es ensordecedor. Ahora William puede escuchar a los zombies quejándose de nuevo.

El granjero salta y camina hacia ellos, deteniéndose al borde del campo. —Sí, noté ese coche antes. No sabía que había alguien dentro, sin embargo. Debería haberlo supuesto; de lo contrario, esos bastardos enfermos no estarían allí.

—No están enfermos, están muertos —le corrige William—. ¿No has oído nada sobre lo que está pasando?

El granjero lo mira y se toca la gorra de nuevo, rascándose el cabello blanco y húmedo. — Claro, he estado escuchando la radio. Pero en mi experiencia, los compañeros muertos generalmente no van por ahí atacando a los vivos.

—Son zombies —comienza William—. Han sido...

—No importa —lo interrumpe Dan—. Necesitamos alejarlos del coche para que mis padres puedan salir. Ya intentamos atraerlos, pero hay demasiados. ¿Puedes ayudarnos de alguna manera?

El granjero resopla y mira hacia el coche en la zanja. —Mmmm. ¿Cómo alejas a siete personas de un coche si no quieren? —Mastica su labio inferior, luego responde a su propia pregunta—. Parece que sería más fácil hacerlo al revés. Ya sabes, alejar el coche de las siete personas.

—Eso... eso podría funcionar —dice William—. ¿Puedes, como, empujar el coche fuera de la zanja usando tu tractor?

El granjero lo mira y le envía una amplia sonrisa amarillenta. —Eres de la ciudad, ¿verdad? Eso no es un tractor, es una cosechadora. Y no empujas un coche atascado, lo tiras.

—Está bien —dice William, sintiendo ganas de golpear al tipo, pero suprimiendo la ira de su voz—. ¿Tienes algo para tirarlo, entonces?

—Claro que sí. Tengo un cable en la parte trasera para ese propósito exacto. Sucede más a menudo de lo que piensas, que otra máquina se atasca en el campo, y necesitamos arrastrarla.

—¡Genial! —exclama Dan—. ¡Hagámoslo!

—Está bien. Mi nombre es Jens, por cierto —dice el granjero, extendiendo una mano sorprendentemente grande—. ¿Cuál es el tuyo?

—Dan. Este es William.

—Encantado de conocerlos a ambos —dice Jens, estrechando la mano de William también—. ¿De quién es ese perro?

—Mío —dice William—. Pero no deberías tocarlo; acaba de morder a uno de los zombies.

—Oh, buen chico —dice Jens.

—Escucha, tengo que preguntarte: ¿Por qué diablos estás cosechando trigo ahora? ¿No sabes que toda el área ha sido sellada? La ciudad está jodida, probablemente todos están muertos ahora.

—Claro, sé que la situación es un poco extraordinaria —dice Jens con un encogimiento de hombros, que son huesudos—. Pero mi jefe y yo hablamos de eso esta mañana, y pensamos, ¿por qué dejar de trabajar? ¿A quién serviría eso? Quiero decir, tenemos ganado que cuidar.

William no puede discutir con eso. Después de todo, cosechar trigo tiene más sentido que acaparar papel higiénico. Al menos puedes hacer pan con trigo.

—Necesitamos apresurarnos —les recuerda Dan.

William y Ozzy se apartan, mientras Jens ayuda a Dan a subir a la cima de la máquina. Luego saca un cable de metal grueso de la parte trasera de la cosechadora, sube a mitad de camino y se

lo entrega a Dan, quien lo toma.

—Muy bien, ahora, agárrate lo mejor que puedas —le instruye Jens, entrecerrando los ojos contra el sol mientras mira hacia Dan, quien está al menos a tres metros y medio del suelo—. Haré lo mejor que pueda para conducir con cuidado.

Dan, que ya está acostado, agarrándose por su vida, mientras sostiene el cable bajo su brazo, asiente afirmativamente.

Jens se mete y enciende la máquina de nuevo.

Conduce hacia la carretera, muy despacio. Cada vez que la cosechadora se balancea un poco, Dan es lanzado de un lado a otro. Se ve muy pálido, pero no grita.

A medida que la máquina se acerca al coche en la zanja y a la multitud de zombies, William se imagina a Jens encendiendo la máquina de cosecha y arando a los muertos, cortándolos en pedazos sangrientos. Es un pensamiento satisfactorio; sin embargo, duda que funcione. La máquina está hecha para cortar trigo, no cuerpos humanos, y probablemente se atascaría bastante rápido.

—No, Ozzy, ven conmigo —dice, corriendo hacia el coche. Ambos se suben, y William acelera por la carretera, persiguiendo a la cosechadora.

La chica zombie todavía cuelga del lado del coche familiar, pero luego una de sus piernas pasa por debajo del coche y queda atrapada bajo la llanta. Jens conduce justo al lado del coche y se detiene. Grita por la ventana abierta: —¡Ahora haz lo tuyo, Dan!

Dan se desengancha y se sienta de rodillas. Mira hacia abajo, luego comienza a bajar el gancho al final del cable. A medida que alcanza la parte trasera del coche, Dan comienza a balancearlo de un lado a otro, ganando lentamente el impulso necesario para que salga lo suficiente. El gancho pasa por el enganche unas cuantas veces, acercándose con cada balanceo. Los zombies no parecen prestar atención en absoluto.

—Vamos —murmura William—. Vamos, Dan. Ya casi lo tienes.

Entonces, el gancho atrapa su objetivo.

—¡Sí! —grita William, levantando un puño triunfante. Se recuerda a sí mismo mirar en todas direcciones para que nadie no invitado se les acerque de nuevo. Afortunadamente, no hay nadie a la vista.

—¡Buen trabajo! —grita Jens, abriendo la puerta—. ¡Ahora baja aquí!

Dan se recuesta y saca una pierna por el costado. Baja y entra en la cosechadora, recibiendo una mano de ayuda de Jens, quien cierra la puerta de nuevo. Luego, Jens pone la máquina en

marcha, conduciendo lentamente por la carretera, arrastrando el cable. En unos pocos momentos, el cable se tensa, y el coche da un tirón en la zanja.

La cosechadora es un gigante en comparación con el coche, y no tiene problemas para arrastrarlo hasta la carretera.

Dos de los zombis están detrás y quedan atrapados debajo, y William no puede evitar vitorear mientras ambos son aplastados contra el suelo. El resto de los zombis comienzan a perseguir el coche mientras se aleja de ellos. Pero uno de ellos, una joven, parece tener la mano atrapada en la ventana del conductor, y es arrastrada junto con el coche, tambaleándose para levantarse, pero constantemente tropezando mientras la cosechadora acelera.

—¡Bájala! —grita William mientras la cosechadora pasa a su lado. Señala al padre de Dan—. ¡Baja la ventana!

No está seguro si el mensaje se entiende, y no tiene tiempo para quedarse a averiguarlo, porque cuando el coche pasa junto a él, la horda de zombies que sube desde la zanja parece perder interés en el coche, ya que William es ahora la comida más cercana.

Ozzy gruñe a su lado, avanzando.

Lo que le sucede a ella se puede describir mejor como una muñeca siendo desgarrada entre dos niños que luchan por ella. Su brazo se suelta del hombro, mientras el resto de su cuerpo es arrastrado bajo el coche, girando y siendo escupido por la parte delantera, rodando varias veces antes de quedarse quieto. El brazo cuelga de la ventana durante unos segundos antes de caer.

—Dios mío —murmura William, tratando de no mirar mientras pasa junto a la chica destrozada, quien, para su sorpresa y horror, inmediatamente comienza a levantarse de nuevo, a pesar de tener varios huesos obviamente rotos y la mayor parte de la piel arrancada de su rostro y cuero cabelludo.

Siguen avanzando por la carretera durante un par de minutos más, hasta que los zombies se ven pequeños en el espejo retrovisor. Luego, la cosechadora se desacelera y se detiene.

Inmediatamente, las puertas del coche familiar se abren de golpe, y salen tres personas: el padre de Dan, una chica de piel morena de la edad de William y un niño similar de unos diez años.

William frunce el ceño. ¿Dónde está su madre?

VEINTIUNO

Mille va al pasillo y revisa sus bolsillos por enésima vez. Tiene su teléfono y nada más, igual que cuando llegó aquí. Mira hacia atrás y ve a Birgit de pie allí. Sin embargo, Holger no la ha seguido.

—Bueno, esto es todo —dice Mille, sin estar realmente segura de lo que quiere decir, sólo queriendo ganar unos segundos más antes de salir.

—Estarás bien —le asegura Birgit.

Mille saca su teléfono mientras empieza a vibrar. «Es Mamá».

—¿Sí, Mamá?

—Estamos aquí ahora, cariño. Hay gente infectada afuera, así que tienes que tener mucho cuidado cuando...

—Lo sé. Hay un camino secreto. Dile a Torben que coloque el coche junto a la tapa del pozo al final del patio; llegaré desde allí.

—Oh. De acuerdo. ¿Escuchaste eso, Torben?

Un gruñido afirmativo de fondo.

—Dime cuando estés lista —dice Mille, mirando a Birgit, quien le devuelve la mirada con una sonrisa expectante.

—Bien. Creo que estamos listos.

—Está bien, voy a salir ahora. Prepárate para abrir la puerta en cuanto me veas.

—Lo haré. Ten cuidado, cariño.

Mille cuelga la llamada y mira a Birgit por última vez. Birgit asiente una vez. Mille asiente de vuelta. Luego abre el armario y se mete adentro. Abre la pared trasera secreta y es recibida por el olor a tierra. Usa la luz de su teléfono para navegar mientras baja la estrecha escalera y llega a un túnel estrecho. Lo sigue hasta encontrar otra escalera que sube de nuevo. Sube y empuja la

trampilla. Se abre, dejando entrar la luz brillante del atardecer. Mille entrecierra los ojos al subir y mirar alrededor.

El coche está aparcado justo al lado del agujero. Ella sube y echa un vistazo a la casa, donde los zombies están arañando las ventanas. Dos de ellos ya se han dado la vuelta y se dirigen hacia aquí.

La puerta trasera del coche se abre y su madre se asoma:

—¡Rápido, entra!

Mille salta y cierra la puerta de un golpe. Antes de que tenga tiempo de mirar alrededor del coche, Mamá se lanza sobre ella, abrazándola. La sensación de la mujer huesuda abrazándola, el olor de su cabello y el leve olor a humo de cigarrillo, son exactamente los mismos que Mille recuerda, excepto que Mamá parece más pequeña. Pero probablemente sea sólo porque Mille ha crecido; ahora tienen el mismo tamaño.

—Estoy tan contenta de verte —dice Mamá en el hombro de Mille, su voz es ahogada por los sollozos—. Te he echado tanto de menos.

Mille no sabe qué decir, así que no dice nada, sólo devuelve el abrazo con timidez, sintiéndose incómoda.

Torben pone el coche en marcha y sale del patio antes de que los zombies puedan alcanzarlos, dejando una nube de polvo detrás mientras aceleran por la entrada.

Finalmente, Mamá la suelta y se sienta en su asiento, limpiándose los ojos con el dorso de las manos. Sus uñas son más cortas de lo que Mille recuerda y no están pintadas de rojo como solían estar. También está vestida de manera diferente; su camisa no es del tipo con botones o algo elegante, sólo una camisa normal, sin distintivos, de mamá. Tampoco lleva joyas, excepto un anillo en el dedo y un par de pendientes discretos.

Su madre también se ve diferente. Más bronceada, pero de manera natural, y sus cejas ya no están depiladas finamente. La piel parece estar más pegada al cráneo, y hay varias arrugas pequeñas alrededor de sus ojos y boca. Sólo han pasado tres años, pero su madre parece diez años mayor.

—Hola, Mille —dice Torben, enviándole una mirada por el espejo—. Encantado de conocerte, formalmente, quiero decir.

—Hola, Torben —murmura Mille, forzando una sonrisa educada.

La última vez que se vieron fue el día en que Mille se escapó. Torben llegó justo cuando ella se dirigía a la puerta. Sólo lo vio de pasada, pero recuerda que era menos corpulento en ese entonces, y no tenía el bigote que ahora le roza el labio superior.

Torben enciende la radio a bajo volumen. Es algún tipo de canal de noticias.

—Estoy tan contenta de que estés bien —dice Mamá, sonriendo—. Con todas las imágenes horribles que están mostrando en las noticias...

—Lo sé —dice Mille.

—Llegamos tan pronto como pudimos. Tenía que encontrarte. Estoy tan contenta de que devolvieras mi llamada; honestamente no sé qué habría hecho si no hubiera podido comunicarme contigo.

—Estoy contenta de que hayas venido —dice Mille—. Gracias.

—Oh, cariño, no necesitas agradecerme. Sólo hice lo que cualquier madre haría.

Mille intenta otra sonrisa, pero esta se siente demasiado incómoda, así que mira por la ventana en su lugar, justo cuando llegan a la autopista.

Torben gira a la derecha.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —pregunta Mille.

—A Suecia —dice Mamá, todavía sonriendo.

—¿Suecia? —repite Mille—. ¿Por qué?

—Tenemos que salir del país —dice Torben, aunque Mille estaba dirigiéndose a su madre—. Tengo una cabaña en Östersund, en medio de la nada. Podemos esperar allí hasta que esto pase. Incluso si se extiende a Suecia, estaremos bien tan lejos de cualquier ciudad importante.

El pensamiento de pasar varios días en una cabaña con Mamá y Torben hace que Mille se sienta un poco claustrofóbica. Pero, por otro lado, se dice a sí misma, ¿es realmente tan diferente de la casa de Holger?

—Maldita sea —murmura Torben, girando el volante y haciendo que el SUV se desvíe—. Aquí viene otro...

Mille mira afuera justo a tiempo para ver a un solo zombie tambalearse hacia la calle, alcanzando inútilmente el coche.

—No tienen ninguna consideración por su propia vida, ¿verdad? —pregunta la madre con un escalofrío—. Simplemente caminan hacia la carretera. Como si ni siquiera pensarán.

—No piensan —dice Mille—. Están muertos.

—Bueno, eso es un poco duro —observa Torben.

—No, lo digo literalmente —dice Mille—. Sus cerebros se apagaron cuando murieron.

Mamá le envía una mirada curiosa.

—¿Qué quieres decir con 'cuando murieron'? Obviamente, no están muertos aún.

—Sí lo están, Mamá. Son zombies. Como en las películas.

—Eso es ridículo —se burla Torben—. Creo que has estado escuchando demasiado lo que la gente dice en línea, si realmente crees que esas cosas...

—Mi amigo murió justo frente a mí, y se levantó unos segundos después. Luego mató a mi otra amiga, y ella se levantó de inmediato también.

Ni Torben ni Mamá parecen saber qué decir.

—Créeme —dice Mille, bajando la voz y hablando con su madre—. Esas personas ahí afuera ya no son humanas; son cadáveres andantes.

Para sorpresa de Mille, Mamá le acaricia la mejilla. El gesto es tan tierno y desconocido que Mille casi retrocede.

—Lamento mucho lo que tuviste que pasar —dice Mamá, su voz suave—. ¿Quieres hablar de ello? ¿Sacarlo de tu pecho?

Mille simplemente mira a la mujer a su lado, pensando: ¿Quién eres?

Luego, simplemente dice:

—No, está bien.

—¿Estás segura? Perder a dos de tus amigos así debe haber sido traumático para ti. Probablemente te ayudaría hablar con alguien al respecto.

Mille se siente tentada por un segundo o dos, su madre realmente parece querer escuchar, querer ayudar, pero hay algo más en su voz, algo que Mille no puede identificar, algo que le hace no querer bajar la guardia, al menos no aún.

Fuerza una sonrisa.

—De verdad, Mamá, estoy bien.

Mamá asiente.

—Si cambias de opinión, estoy aquí.

—Gracias.

Mille mira por la ventana los campos que pasan. El sol se dirige hacia el horizonte y pronto comenzará a pintar el cielo de naranja. A unos pocos cientos de metros, silueteada contra el cielo, hay un grupo de cinco o seis personas. Sin duda, muertos.

Torben desacelera, y Mille estira el cuello, esperando ver más zombies adelante. En su lugar, ve un jeep estacionado en la carretera a medio kilómetro de distancia. Dos soldados están al lado, y parecen estar armados.

Torben gira por un camino de tierra, que lleva a un bosque.

—¿Por qué... por qué tomamos este camino? —pregunta Mille—. Pensé que íbamos a salir del área.

—Lo haremos —dice Torben, sin dar más explicaciones, mientras el coche avanza por el camino desigual.

Mille mira a su madre, quien se encoge de hombros.

—No nos dejarían pasar, pero por suerte, Torben conocía este viejo camino, que no han bloqueado.

—Pero... pensaba que dijiste que te dejaban pasar... por la diabetes de Torben?

Mamá simplemente la mira, sonriendo levemente, y luego mira por la ventana.

«Mintieron» piensa Mille para sí misma, hundiéndose en su asiento. «Mintieron para que viniera.»

El camino de tierra los lleva a través del bosque y sale al otro lado, donde cruza un arroyo y sigue el borde de un campo antes de unirse a una carretera principal. El camino de tierra evidentemente no se ha usado durante varios años, lo cual debe ser la razón por la que los militares no pensaron en bloquearlo.

—Y estamos fuera —dice Torben con una sonrisa satisfecha, girando sobre el asfalto y acelerando.

Mille no dice nada, simplemente mira por la ventana lateral de nuevo. En la radio están hablando sobre el gobierno tomando más precauciones.

—Está en Aarhus ahora —murmura Torben.

Mille siente un escalofrío. Prefiere no pensar en ello. Realmente espera que William no tuviera razón cuando dijo que esto podría convertirse en una pandemia mundial. Si eso ocurre, nadie estará a salvo, ni siquiera en una cabaña en Suecia.

Mamá se inclina hacia el asiento delantero y toma su bolso, que no es el viejo y brillante desastre rosa que Mille recuerda, sino un bolso de cuero marrón elegante. Comienza a hurgar en él, luego mira a Mille.

—¿Te importaría si fumo un cigarrillo? Abriré la ventana.

—Eh, claro —dice Mille, sorprendida de que Mamá incluso se considere lo suficientemente considerada como para preguntar.

Ella baja su ventana y enciende un cigarrillo, asegurándose de exhalar el humo fuera del coche con cada exhalación.

Mille siente que la está mirando. Mamá está sonriendo.

—Dejé de beber, ¿sabes?

—¿De verdad?

—De verdad.

—Esa es una gran noticia, Mamá.

—Lo sé. Dieciséis meses sobria en dos días.

—Entonces, ¿cómo lo hiciste?

—Simplemente decidí que era hora. Me di cuenta de que estaba arruinando mi vida, francamente. Me convertía en alguien que no quería ser.

Mille simplemente la observa mientras habla, absorbiendo cada palabra.

—Eso es... increíble, Mamá.

Mamá sonríe, pero su sonrisa se vuelve triste.

—Sólo lamento no haber podido parar antes, cariño. Ahora me doy cuenta de lo doloroso que debió ser para ti crecer con una mamá que se emborrachaba cada fin de semana.

Era un poco más frecuente que sólo los fines de semana—al menos al final—pero Mille no dice nada; simplemente está asombrada por el nivel de autoconciencia que su madre ha ganado sobre su propia vida. Mille nunca habría creído que esas palabras pudieran salir de su boca. Su madre realmente ha cambiado.

—¿Puedes perdonarme alguna vez, cariño? —dice, poniendo su mano en el brazo de Mille, el que no sostiene el cigarrillo—. ¿Puedes perdonarme alguna vez por estar borracha tanto tiempo, cuando debería haber estado allí para ti?

—No... no era el beber, Mamá. Bueno, si quieres verlo así, supongo que puedes. Pero en realidad era cómo actuabas cuando te emborrachabas. Era como... como si la verdad saliera. Como todas las cosas que no podías decir sobria simplemente salían a borbotones.

Mamá frunce el ceño.

—¿Cómo qué? ¿Qué decía?

No hay defensividad en su voz, y su expresión es genuinamente desconcertada. Casi como si realmente no supiera.

—Bueno, hay muchas cosas...

—Dame un ejemplo, por favor.

—De acuerdo. Como aquella vez que me dijiste que querías tomarte todas tus pastillas para dormir porque no podías soportar la idea de que no me fuera de casa en al menos otros cinco años. No estabas segura de poder soportarlo tanto tiempo... viviendo conmigo en la casa.

El rostro de Mamá se convierte en una máscara de horror.

—¿Dije... dije eso? No, no pude haber dicho eso.

—Lo dijiste —dice Mille.

—¿Estás segura? Mira, cariño, no estoy tratando de negar tus sentimientos ni nada, es sólo... eso realmente no suena como algo que yo diría.

Mille extiende las manos.

—¿Por qué lo inventaría?

—A veces, los recuerdos pueden ser complicados —dice Torben, interponiéndose en la conversación sin ser invitado—. Quiero decir, tienden a cambiar con el tiempo. Empeorar, ya sabes, cuanto más piensas en ellos. Haciendo una montaña de un grano de arena y todo eso. Tal vez eso es lo que pasó aquí.

—No, eso no es lo que pasó —dice Mille, sintiendo la ira apretar su estómago—. Y agradecería que te mantuvieras al margen, Torben. Esto no te concierne.

Torben la mira por el espejo, gruñe y vuelve a mirar por la ventana delantera.

—Torben sólo está tratando de ayudar —dice Mamá, poniendo una mano en el brazo de Mille.

—Él no estaba allí, así que, ¿cómo sabría él?

—Es muy inteligente cuando se trata de cosas como esta. Es casi como un psicólogo. Ya sabes, fue él quien me llevó a ver a un terapeuta.

—Mamá —dice Mille, bajando la voz—. No me importa si es Mahatma Gandhi; esto es entre tú y yo.

Mamá sonríe, y hay algo condescendiente en la sonrisa, lo cual enfurece a Mille.

—No hace daño tener a alguien neutral para mediar.

Mille aparta su brazo y sacude la cabeza.

—¿Alguien neutral? ¿Cómo es Torben neutral? Es tu novio; por supuesto que va a ponerse de tu lado.

—Esto no se trata de bandos, Mille —dice Torben.

—¡Cállate! —exclama Mille—. ¡No estoy hablando contigo!

—Cariño —dice Mamá, manteniendo su voz calmada—. Tal vez por eso las cosas no funcionaron entre nosotras en el pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que te alteras. Dices a la gente que se calle. Levantas la voz.

Mille pone ambas manos en su frente y mira hacia abajo. Algo se está presionando en su garganta, luchando por salir. No está segura de si es un grito o una risa.

—Cariño, realmente no hay necesidad de actuar así —dice su madre, todavía en su tono terapéutico asumido—. Sólo di lo que estás sintiendo.

Mille la mira.

—¿Lo que estoy sintiendo? Bueno, si finalmente te interesa, me encantaría decirte.

—Por supuesto que me interesa.

Mille decide decirlo todo, sin importar lo hiriente que sea. Todas esas palabras han estado embotelladas durante tanto tiempo, y finalmente, aquí está su oportunidad.

—De acuerdo. Siento que realmente no te importo, y que nunca te importé. Siento que siempre te pones del lado de quien sea con quien te acuestes en ese momento. Pones el bienestar tuyo y el de tu novio antes que el de tus propios hijos. Por eso Kim se fue tan pronto como pudo, y honestamente no puedo culparlo, aunque me dolió perder a mi hermano. Él era la única persona en quien podía confiar. Porque nunca pude hacer eso contigo. Estabas demasiado absorta en ti misma. Y entiendo por qué; tu vida es un desastre, siempre lo ha sido. La más mínima perturbación te lleva de vuelta a la botella. Te regodeas en la autocompasión y vives de la simpatía de otras personas. Pero eso no es lo peor. Lo peor es que culpas a los demás por tu miseria. Les haces sentir culpables por no sacrificarse a sí mismos. Eres un agujero negro emocional.

Mille finalmente deja de hablar. Su corazón late en su garganta, haciendo que su visión se vuelva borrosa en los bordes mientras mira a su madre, esperando una reacción. Para su sorpresa, no hay ninguna; la expresión de su madre está en blanco.

—Dicho esto —continúa Mille, dándose cuenta de que esta es la parte difícil. Las palabras vienen con menos fluidez ahora—. Sigues siendo mi madre, y me gustaría reconciliar las cosas, en la medida de lo posible. Por eso estoy aquí.

Mamá asiente.

—Bien. Me alegra escuchar eso.

Su voz es extrañamente sin emoción; Mille no puede descifrarla.

—Entonces... ¿qué piensas de lo que acabo de decir?

—Es mucho para asimilar. Tendrás que darme tiempo para procesarlo.

—Claro.

Su madre mira al frente, como si la conversación hubiera terminado. Y después de un minuto de silencio, Mille se da cuenta de que ha terminado. No tiene nada más que decir. Lo ha soltado todo. Y para bien o para mal, se siente bien al respecto. Se siente más ligera.

Cierra los ojos y apoya la cabeza hacia atrás.

VEINTIDÓS

Dan salta del cosechador y corre hacia su padre, abrazándolo.

—¡Estoy tan contento de que estén a salvo!

—Yo también.

Su padre huele a sudor agrio, pero a Dan no le importa en absoluto, respira el olor profundamente, saboreándolo, mientras su padre lo aprieta de vuelta.

No es hasta que su padre lo suelta y Dan da un paso atrás un poco que se da cuenta de que la camisa de su padre tiene manchas de sangre seca.

—¿Eso es...?

—No es mía —le asegura su padre—. No estoy herido. Bueno, excepto por mi mano. Pero eso fue un cuchillo que hizo eso.

Le muestra a Dan su mano derecha, que está vendada con un trapo de algún tipo. Empapado de sangre.

Jens se acerca corriendo.

—Encantado de conocerlos —dice, tocando la visera de su gorra, luego inclinándose y soltando el gancho del coche—. No quiero ser grosero, pero me iré ahora. ¡Cuídense!

—¡Gracias! —exclama Henrik—. ¡Muchas gracias!

Jens le envía una rápida sonrisa torcida.

—No hay de qué.

Luego corre de regreso al cosechador y al ralenti que bloquea el camino vacío.

El sonido de otro motor se escucha, mientras el coche de William se detiene junto a ellos.

—Odio ser el aguafiestas aquí —dice desde la ventana bajada, señalando hacia atrás con el pulgar—, pero los malditos muertos no se han rendido.

Dan se vuelve para ver al grupo de zombis que se aproxima.

—Tiene razón —dice papá—. Necesitamos salir de aquí.

—¿Dónde está Mamá? —pregunta Dan, mirando hacia el coche azul, pero sólo ve a una joven y a un niño que reconoce—. ¿Esos son... Nasira y Ali?

—Lo son —dice papá—. Te lo contaré una vez que estemos a salvo, Dan.

—Gran idea —dice William, inclinándose y empujando la puerta del lado del pasajero—. ¡Suban, todos!

Nasira y Ali se dirigen al coche de William y se meten. Papá tira de Dan, pero Dan vuelve a mirar el coche azul, frunciendo el ceño.

—Pero... ¿qué pasó con Mamá, papá? Pensé que dijiste... ¿no venían los dos?

Dan mira el rostro de su padre, y aunque no dice nada, Dan lee algo en los ojos de su padre que no le gusta para nada.

—¿Le... le pasó algo a Mamá?

—No ahora, Dan.

Papá evita sus ojos, tirando de él.

Dan se libera con un tirón, su corazón latiendo más rápido.

—¡Dime! ¡Dime ahora, papá! ¿Qué le pasó?

—¡Dan, vamos! —llama William desde el coche—. ¡No hay tiempo! ¡Están viniendo!

A Dan no le importan los zombies. No le importa nada en ese momento. Todo lo que ve son los labios de su padre, temblando, mientras todavía evita mirarlo.

Papá levanta los brazos en un gesto de desesperanza.

—Ella no... no pudo... no pudo, Dan... lo siento tanto.

—¿No pudo qué? —oye decir a Dan, mientras la luz del día de repente se desvanece y una oscuridad sofocante se desliza en su campo de visión—. ¿No pudo qué, papá?

Finalmente, papá lo mira a los ojos, y Dan ve las lágrimas derramarse.

—No pudo seguir adelante.

Luego, su expresión cambia de agonía a preocupación.

—¿Estás... bien... Dan?

Las palabras bajan varios tonos y se ahogan antes de llegar a los oídos de Dan. La oscuridad se traga todo ahora, y Dan siente que el camino se balancea debajo de él como si estuviera en el mar. Lo último que ve es a papá saltando hacia adelante para atraparlo antes de que se desmaye.

Luego, sólo hay oscuridad durante mucho tiempo.

O tal vez sólo sean un par de minutos.

Dan no puede decirlo.

No es una oscuridad completa, sin embargo. Es como una manta gruesa. Amortiguando los sonidos. Apagando la mayoría de la luz. Todavía puede captar fragmentos de vez en cuando. Gente hablando. La voz de William. La voz de papá. Alguien hablando en un idioma extranjero. El sonido de un motor. El balanceo suave cuando el coche gira. El ruido de la grava bajo las llantas.

Dan lucha por abrir los ojos, para salir de debajo de esa manta. Pero parte de él no quiere hacerlo. Esa parte quiere quedarse aquí, hundirse más profundo, nunca despertar de nuevo. Algo pasó. Algo demasiado terrible para enfrentar. Es más fácil quedarse aquí. No sufrir más. Dan ya ha sufrido bastante.

No quiere vivir en un mundo donde tanto su hermana como su madre están muertas. Si esa es su única opción, entonces prefiere quedarse justo aquí, en la oscuridad vacía, donde ningún dolor puede alcanzarlo.

Dan se deja hundir más profundo.

VEINTITRÉS

Dennis observa desde la ventana del piso de arriba cómo la niña sale del túnel subterráneo y rápidamente se desliza en el asiento trasero del coche rojo. Incluso desde aquí, puede ver a la mujer en el asiento del copiloto girarse para abrazar a su hija.

Le echa un último vistazo a la niña en el asiento trasero mientras el coche se aleja del patio y desaparece de la vista. Está un poco triste de que se haya ido, pero también un poco aliviado. Era muy bonita, y Dennis siempre se pone nervioso alrededor de chicas bonitas.

El suelo cruje detrás de él. Se gira para ver a Mamá parada allí, mirando más allá de él y a través de la ventana.

—Se acaba de ir— dice Dennis.

Mamá asiente una vez. —Bien.

—¿Por qué querías que se fuera, Mamá?

—Es mejor para ella así. Ahora está con su familia.

Dennis considera por un momento si es prudente decir lo que tiene en mente. Luego decide arriesgarse. —No sabía... no sabía que te escapaste cuando eras pequeña.

Mamá lo mira. —¿Estuviste escuchando a escondidas?

Dennis se encoge un poco. —Lo siento, Mamá, no pude evitarlo. Me asusté mucho cuando dijiste que la abuela había muerto. Eso no es verdad, ¿verdad?

—No —dice Mamá, respirando profundamente— Nada de eso era verdad.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—Le dije a la niña lo que necesitaba escuchar.

—Nos dijeron en la escuela que no se supone que debemos mentir.

—Eso no siempre es verdad, Dennis. A veces, decir una mentira es mejor que la alternativa.

—¿Cuál era la última... esa cosa que dijiste?

Mamá no responde; en cambio, pregunta: —¿Dónde está Holger?

—Está en esa habitación subterránea que tiene. ¿La viste, Mamá? Tiene una trampilla secreta súper genial en el dormitorio que conduce allí abajo. Me encantaría verla, pero no quiso que lo acompañara.

Mamá sacude la cabeza lentamente y luego dice: —No confía en nosotros —Suenan distraída, como si estuviera pensando.

Por alguna razón, la expresión en su rostro hace que Dennis se sienta incómodo. Estos últimos días le han demostrado de más, lo que su madre es capaz de hacer. Y Dennis mismo no es exactamente inocente. Las cosas que ha hecho ya le han causado pesadillas.

Los pobres animales que atrapó, sabiendo lo que Mamá haría con ellos. El cadáver que enterró en el jardín de Esther. Y ahora el hombre al que golpeó en la cabeza.

Realmente espera no haberlo lastimado demasiado; sólo se suponía que lo dejara inconsciente para que pudieran llevarse el coche. Eso fue lo que Mamá le instruyó.

Todas las cosas malas que Dennis ha hecho, las ha hecho porque Mamá se lo dijo. Parte de él no quería hacer nada de eso, pero otra parte haría cualquier cosa que Mamá le dijera.

Aun así, lo que más lo atormenta en sus sueños no es realmente la violencia. Es lo que el viejo Niels dijo justo antes de morir.

«Pensé que eras un buen chico, Dennis».

Dennis también lo había pensado. Toda su vida había intentado ser bueno, tratar bien a los animales y a otras personas, incluso a sus compañeros de clase, que a menudo se burlaban de él porque era un poco lento.

Pero Dennis no es un buen chico, ya no, ni de lejos. Los buenos chicos no participan en el asesinato de animales y personas. Tampoco hacen que los muertos despierten y comiencen a comerse entre ellos.

Porque todo esto fue culpa suya y de Mamá. Las personas en la televisión hablaban sobre el colapso de la sociedad y las miles de personas que ya habían muerto.

La culpa era casi demasiado para Dennis. Si pensaba en ello, comenzaba a temblar incontrolablemente. No tenía idea de cómo Mamá podía estar tan tranquila al respecto.

Después de que dejaron la casa de Esther esa mañana, regresaron a casa, y Dennis durmió durante veinticuatro horas seguidas. Eso no era realmente sorprendente, ya que había estado despierto toda la noche.

Luego las cosas volvieron a la normalidad. Más o menos, de todas formas.

Dennis pasó los siguientes días como solía hacerlo; o al menos lo intentó. Jugó en el jardín, bajó al lago a nadar, y estuvo jugando en línea. Intentó no pensar en lo que había pasado. Pero las pesadillas se lo recordaban todas las noches.

Mamá parecía casi normal. Excepto que miraba las noticias mucho más de cerca que antes. Dennis no podía evitar darse cuenta de cómo la situación se había escalado. Entendía cómo los muertos vivientes podían convertir a otras personas en muertos vivientes también, si los mordían; eso fue lo que le pasó a Esther.

Esperaba realmente que la policía lo resolviera.

Pero no lo hicieron.

Y pronto se salió de control.

Hasta que finalmente, esta mañana, Mamá le dijo que empacara todas sus cosas. Se irían de la casa y no volverían en mucho tiempo. No dijo a dónde irían, y Dennis no preguntó.

Fueron al coche y se fueron.

Pero sólo avanzaron unos kilómetros por la carretera cuando una persona muerta se tambaleó frente al coche e hizo que Mamá se estrellara en una zanja; al menos eso fue lo que Mamá dijo, cuando le contó a Holger cómo llegaron allí. Sin embargo, no mencionó nada sobre cómo robaron el coche del hombre y la joven y el niño pequeño. Dennis se siente mal por ellos. Realmente espera que hayan escapado antes de que los muertos vivientes los atraparan.

Luego condujeron hasta la casa de Holger en el coche robado.

Una vez que se acercaron, Mamá decidió que Holger no debía verlos llegar en coche, así que en lugar de entrar en el patio, estacionó detrás del garaje. Y fue entonces cuando vieron a los chicos salir de la trampilla secreta.

Lo que le recuerda a Dennis algo que casi olvidó decirle a Mamá.

—Mamá?

—¿Hm?

—Uno de esos chicos que estaban aquí, lo reconocí. Estuvo en casa de Esther esa mañana. ¿Recuerdas? Fue el que trajo el periódico.

Mamá lo mira. —¿Estás seguro, Dennis?

—Uh-huh, cien por ciento.

Mamá se muerde el labio. —¿Crees que te vio también? ¿Cuando llegaron a la casa?

Dennis no lo había considerado. —No... no creo. Es decir, no miraron en nuestra dirección ni nada, al menos no que yo recuerde, pero...

—¿Pero qué, Dennis?

—No lo sé, tal vez miró por las ventanas cuando nos fuimos. No podría decirlo, Mamá. Tal vez me vio. Tal vez no. ¡Simplemente no lo sé!

Mamá respira por la nariz. —Esto no es bueno, Dennis.

Él baja la cabeza. —Lo siento, Mamá.

—No es tu culpa. Es sólo mala suerte.

—¿Por qué es tan malo si nos vio?

—Porque si lo hizo, y regresa aquí y nos reconoce... podría descubrir que tuvimos algo que ver con cómo empezó todo esto. Podría decidir llamar a la policía.

Los ojos de Dennis se abren de par en par. —Oh, no. ¡No quiero ir a la cárcel, Mamá!

—No irás. Sólo tenemos que asegurarnos de que ese chico no regrese aquí.

—¿Pero cómo? Podrían estar aquí en cualquier momento. ¿Y qué le diremos a Holger?

Mamá reflexiona por un momento. —Encontraré una manera de convencer a Holger de que no es seguro dejarlos entrar. Eso no será un problema. Mientras hablo con él, tú regresa por ese túnel por el que entramos y encuentra una forma de bloquear la trampa. ¿Entiendes? Usa cualquier cosa que encuentres, sólo asegúrate de que no se pueda abrir desde afuera.

—Está bien, Mamá.

—Ve ahora. No hay mucho tiempo.

Ella lo empuja hacia la puerta.

Justo antes de que Dennis pueda salir de la habitación, ella le susurra: —¡Dennis, espera!

Dennis se detiene y se da la vuelta. —¿Qué pasa, Mamá?

Mamá no lo está mirando; está mirando hacia la esquina. Dennis sigue su mirada. Del techo cuelga una pequeña cámara de vigilancia. Un pequeño diodo rojo les dice que el dispositivo está encendido.

—Oh, esa es sólo una de las cámaras de Holger —dice Dennis—. Me dijo que puede ver lo que sucede en cada habitación, y también afuera, desde la habitación subterránea. ¡Es muy genial!

Mamá lo mira y dice, con una voz muy baja, casi inaudible: —¿También graban sonido?

—Oh, sí, graban cualquier cosa que...—Dennis finalmente se da cuenta de por qué Mamá parece tan perturbada, y siente una profunda sensación de hundimiento en el estómago— Oh, Oh, rayos. En cuanto Holger escuche esto, sabrá...

—Cállate —le dice Mamá—. No digas una palabra más. Sólo ve, Dennis. Ve y sella esa trampa. ¡Ahora!

Dennis quiere obedecer a Mamá, pero duda. —Pero, Mamá, ¿qué pasará con Holger?

Mamá mira brevemente hacia la cámara. —Yo me encargaré de él. No te preocupes por eso.

Dennis traga grueso, luego se da la vuelta y corre escaleras abajo. Se dirige al vestíbulo y está a punto de abrir la puerta debajo de la escalera, cuando una voz dice desde detrás: —Detente, Dennis.

Él se da vuelta y se queda boquiabierto.

Holger está parado allí, apuntándole con una pistola. Dennis nunca ha visto una, fuera de las películas; parece más pequeña pero igual de peligrosa. Por un momento, está seguro de que Holger lo va a matar. Instintivamente levanta las manos.

—Por favor... por favor, no me dispaes, Holger —dice, con la voz quebrada.

—Te escuché hace un momento. Sé lo que has hecho. Tú y tu madre loca. Sé que comenzaron todo esto. Sabía que estabas mintiendo todo el tiempo; lo sabía.

Dennis se queda boquiabierto, incapaz de responder. No puede apartar los ojos de la pistola.

—Te vas a ir de aquí ahora mismo —dice Holger, señalando hacia la puerta principal—. Tú y tu mamá. Quiero que se vayan de aquí.

—Pero... las personas muertas afuera...

—No me importa. Ese es tu problema. No eres bienvenido aquí. ¿Dónde está tu mamá, Dennis?

—Ella está... no lo sé...

—No me mientas.

—No estoy mintiendo. Iba a buscarte y hablar contigo, pero no sé dónde está...

Dennis se interrumpe cuando algo llama su atención detrás de Holger. Mamá aparece en escena, deslizándose silenciosamente hacia Holger. A Dennis le cuesta toda su fuerza de voluntad no mirarla directamente. En cambio, mira a Holger directamente a los ojos.

—Dime dónde está ella, Dennis —exige Holger, y Dennis se da cuenta de que las mandíbulas de Holger están temblando. También tiene grandes gotas de sudor en la frente. Está obviamente muy nervioso. Su mano, la que sostiene la pistola todavía apuntando a Dennis, está temblando—. ¡No más mentiras!

Dennis decide decir una última mentira, recordando de repente lo que su madre acaba de decirle sobre que a veces es la mejor opción. —Lo siento, Holger —susurra— Pero no sé dónde está mi mamá.

Holger entrecierra los ojos, aparentemente desconcertado por la repentina caída en el tono de voz de Dennis.

Mamá está a menos de tres metros de él ahora.

Tal vez hay un sonido. Tal vez eso es lo que alerta a Holger. O tal vez simplemente siente que algo anda mal. Sea cual sea la razón, de repente gira la cabeza y mira directamente a Mamá.

Dennis la mira también, viendo el puñal en su mano.

—¡Mamá! —grita— ¡Cuidado! ¡Él tiene un...

Dennis nunca termina esa frase.

Holger apunta la pistola hacia Mamá, y Mamá lanza el puñal. Vuela por el aire justo cuando el arma destella, y el sonido es tan ensordecedor que se siente como si alguien estuviera abofeteando a Dennis en ambos oídos.

VEINTICUATRO

La voz de Papá es lo que lo llama de regreso.

—¿Dan? —dice suavemente, muy cerca de su oído— ¿Puedes oírme? Ya estamos aquí. Tenemos que salir del coche.

Dan abre los ojos con esfuerzo. El rostro de Papá aparece, sonriendo con cautela. —Lo siento —dice— Pero tenía que despertarte. William dice que tenemos que bajar por un pozo, y no puedo llevarte.

—¿Qué pasó, Papá? —pregunta Dan con voz ronca— ¿Cómo murió Mamá?

No puede creer lo calmada que suena su propia voz.

El rostro de Papá revela una punzada de dolor, y sus ojos parpadean por un momento, y Dan se vuelve más consciente de su entorno inmediato: todavía están en el coche de William. Dan está recostado, medio apoyado en su padre, que tiene un brazo alrededor de él. A su lado está Ali, y en el asiento delantero está Nasira. Al volante está William. Ninguno de ellos está mirando a Dan, pero él puede notar que todos están escuchando. El coche está prendido.

—Fue mi culpa —susurra Papá— Debería haberla revisado. Debería haber sabido que no podría soportarlo.

—¿Qué pasó?

—Se tomó sus pastillas para dormir. Todas. Murió en su sueño. Tranquilamente.

Dan cierra los ojos mientras todo dentro de él se convierte en vacío. Algo grande se abre en su pecho, una especie de abismo, sin fondo. Y algo es tragado por él, para nunca regresar. Se siente como si una parte de Dan se fuera.

—No es justo —murmura.

—Lo sé —dice Papá, esforzándose por no llorar— Sé que no lo es. Pero lo superaremos, Dan. Juntos.

Dan comienza a sollozar, y Papá lo abraza torpemente.

Pasan varios minutos mientras Dan llora desde ese profundo agujero en el centro de su pecho, las lágrimas parecen no tener fin. Papá le acaricia el cabello y le dice que todo estará bien.

Finalmente, Dan siente que el vacío se encoge un poco; no se cierra por completo. Duda que lo haga por mucho tiempo, pero lo suficiente para dejar de llorar, limpiarse los ojos y mirar alrededor del coche.

Nasira se ha dado vuelta en su asiento y lo mira, con una sonrisa consoladora en su rostro. — Lamento mucho tu pérdida. Pero sólo debes saber que todo es la voluntad de Dios. Tu madre está en un lugar mejor ahora.

—Oh, corta con eso —suelta William.

Nasira lo mira como si la hubiera abofeteado. —Yo... sólo intentaba...

—Hacer que el pobre chico se sintiera mejor contándole un cuento de hadas —la interrumpe William—. La voluntad de Dios, mis narices. Tu Dios no tiene nada que ver con esto.

—Todo lo que hace Dios, lo hace por una razón —dice Nasira, sorprendentemente calmada, mirando a Dan—. Incluso cuando llama a alguien antes de lo que esperábamos.

William niega con la cabeza. —Eso es una tontería.

—Hoy, más temprano —continúa Nasira, todavía sin un rastro de enojo en su voz, aún mirando a Dan—. Dios llamó a mis padres también. Y aunque me duele, sé que ya no hay más dolor ni sufrimiento para ellos.

William parece sorprendido, luego avergonzado.

Dan solloza. —Lo siento por lo de tu pérdida.

—No lo sientas —Nasira sonríe.

William aclara la garganta. —Bien, necesitamos movernos. Esto es lo que va a pasar. Conduciré hasta el patio y estacionaré el coche. Luego, saldré y abriré la trampilla oculta. Todos tenemos que salir del coche por mi lado, así que prepárense para trepar por los asientos. Sígueme hacia el pozo. El último se asegura de cerrar la trampilla. Eso es muy importante. Y tenemos que movernos rápido, porque probablemente habrá al menos diez zombies junto a la casa. En cuanto nos vean, vendrán hacia nosotros. Pero no son muy rápidos, como ya saben, así que deberíamos tener tiempo suficiente para bajar al pozo.

Es sólo ahora que Dan mira afuera y ve dónde están: a unos cientos de metros del camino de entrada de la casa de Holger. Desde aquí, el patio está oculto a la vista por los árboles.

William los mira. —¿Todos están de acuerdo con el plan?

—Claro —dice Papá.

Nasira asiente.

—Genial —dice William—. Entonces hagámoslo —Pone el coche en marcha y avanza por el camino de entrada.

Cuando entran en el patio, Dan ve de inmediato a los zombies junto a la puerta principal y las ventanas. Más han venido a unirse a la fiesta desde que se fueron; cuenta al menos una docena ahora. También ve algo más; un rostro en la ventana de la cocina, mirándolos. Es una mujer, pero no es Mille. Es considerablemente mayor y tiene el cabello rizado.

«¿Quién es ella?»

—¡De acuerdo, vamos! —dice William, estacionando el coche y apagando el motor. — ¡Después de mí, rápido!

—¡Espera! —grita Dan, justo cuando William abre la puerta— ¡Hay alguien en la casa! — William ya ha saltado y se está inclinando para agarrar la tapa falsa del pozo. Ahora, mira de nuevo al coche—. ¿Qué quieres decir? ¡Claro que hay alguien en la casa!

—Es alguien que no conocemos —dice Dan, mirando la casa. La mujer sigue en la ventana. — Una mujer. ¡Está justo allí!

Nasira y Papá dudan. William también.

—¿Qué hacemos? —pregunta Henrik.

—Necesitamos entrar —dice William, agarrando la tapa—. Probablemente sólo sea alguien que Holger invitó. Tal vez alguien que él conoce que vino, o... ¡qué demonios! ¡No puedo abrir esto!

Tira de la trampilla, probando diferentes ángulos, pero no se mueve.

Dan mira de nuevo a la ventana. La mujer sigue mirándolo, su expresión es extrañamente impasible. Por alguna razón, Dan siente escalofríos.

¿Por qué sólo está parada allí?

—¡Están viniendo, William! —le advierte el padre de Dan, mientras los zombies comienzan a perder interés en la casa, y se vuelven uno por uno para tambalearse hacia el coche.

—¡Maldición! —exclama William, pateando la trampilla.

—Algo está mal —murmura Dan.

—Tienes razón en que algo está mal —dice William, jadeando mientras vuelve al coche y cierra la puerta de un golpe—. Bloquearon la trampilla. ¿Por qué diablos la bloquearían?

—¿Qué hacemos? —pregunta Nasira, alejándose de la ventana mientras los zombies se acercan al coche.

—No hagan nada por ahora —dice William, sacando su teléfono—. Tenemos que intentarlo de nuevo, una vez que Holger haya desbloqueado la trampa. Lo estoy llamando ahora.

Hace la llamada, luego la pone en altavoz y la coloca en el tablero, liberando ambas manos. Silencio en el coche mientras suena el teléfono de William. Desde el maletero, el perro emite un gruñido bajo. Todos miran a los zombies que se reúnen alrededor del coche y comienzan a empujar y tirar para entrar.

Dan es el único que todavía mira hacia la casa. La mujer en la ventana, hay algo en ella, algo siniestro. Dan tiene una sensación muy clara de que algo malo ha sucedido.

—Contesta, Holger —murmura William, y luego, al zombie fuera de su ventana le dice: — ¡Oye, deja de babear en mi coche, idiota!

Dan ve a la mujer levantar la mano y llevarla a su oído.

Luego, la llamada es respondida.

Dan ve a la mujer pronunciar la palabra, y un segundo después, su voz llega por el teléfono: — Hola.

—¿Quién... quién demonios eres? —dice William, mirando el teléfono sorprendido— ¿Por qué estás contestando el teléfono de Holger? ¿Dónde está Holger? ¡Pásamelo!

—Holger no puede atender el teléfono— dice la mujer con calma, sin apartar los ojos de Dan.

—¡Entonces dile que desbloquee la trampa para que podamos entrar!

—Me temo que la trampa está atascada. Ya lo intentamos, pero no podemos abrirla.

—¿Qué quieres decir con atascada? ¡No tiene cerradura!

—Ahora sí.

—Qué...—William se detiene, cuando finalmente comprende lo que la mujer quiere decir.

—Conozco esa voz —murmura el padre de Dan.

—Ella está justo allí —dice Dan y señala—. Nos está mirando.

Todos en el coche giran la cabeza al mismo tiempo.

—Es ella —confirma Papá, asintiendo con gravedad—. Es la mujer que robó mi coche.

—Oh, pedazo de mierda —gruñe William— ¡Abre esa trampa ahora mismo! ¡Y déjame hablar con Holger!

La mujer no se mueve ni un centímetro, y su expresión no cambia. —Puedo hacer una de esas cosas por ti —dice con calma—. Espera un momento —Baja el teléfono de Holger y lo presiona contra su pecho—. ¡Dennis! —llama, su voz se escucha a través del teléfono— ¡Deja salir a Holger!

Dan ha estado sintiendo una creciente sensación de incomodidad desde que vio a la mujer, y ahora la sensación se intensifica.

—Han encerrado a Holger —murmura William— Esos malditos idiotas, ¿cómo demonios entraron?

Antes de que alguien en el coche pueda dar una respuesta, Dan nota un movimiento en el techo de la casa. Mira hacia arriba y ve la ventana abrirse. El rostro de un chico no mucho mayor que él aparece por un segundo, antes de desaparecer de nuevo. Luego, aparece otra cosa. Es Holger. Al principio, parece a Dan que Holger está saliendo por la ventana.

—Santo cielo —murmura Papá— Mira allí arriba.

—Ese... ese es Holger —dice William— ¿Qué demonios están haciendo?

Holger está colgando a medio camino de la ventana, un brazo colgando lánguidamente sobre el techo, y mientras se gira torpemente hacia un lado, Dan tiene una mejor visión de su rostro y se da cuenta de que sus ojos están cerrados. Hay un rastro de sangre seca en su mejilla.

—Está... está muerto —susurra Nasira—. Mira la sangre en su rostro.

—Oh, no —exclama William, llevándose las manos a la cabeza— Oh, maldición, no. Tal vez... tal vez sólo está inconsciente. Tal vez lo noquearon para mantenerlo como rehén. Tal vez...

Antes de que William pueda proponer otra sugerencia sobre lo que podría estar pasando, la respuesta se hace evidente, ya que Holger es empujado desde la ventana.

Nasira grita, el padre de Dan jadea en voz alta, y Dan siente que el aire se le escapa de los pulmones mientras Holger cae por el techo y sobre la canaleta. Aterrizza en la grava justo al lado de la puerta principal con un golpe fuerte y escalofriante, y queda completamente quieto.

Los zombies que rasguñan la puerta principal, ni siquiera se inmutan, simplemente siguen rasguñando.

—Está... está realmente muerto —Dan se oye decir— Mira a los zombies. Ni siquiera les importa.

—Malditos... malditos idiotas —dice William, su voz aumentando mientras mira fijamente a su tío muerto, tendido en una postura incómoda sobre la grava— ¡Van a pagar por eso! ¿Me oyen?

Dan mira de nuevo a la ventana de la cocina. La mujer todavía los mira, su expresión sigue serena. No mira el cuerpo de Holger ni por un segundo, y Dan piensa para sí con sorprendente claridad: Es una psicópata. Una psicópata de la vida real.

—Hemos llenado el túnel subterráneo con gasolina —les dice por el teléfono de manera objetiva— Si alguien intenta entrar por la fuerza, encenderemos un fósforo y quemaremos a los intrusos vivos.

—¡Encontraremos otra manera!— grita William— ¡Puedes estar segura! Vamos a...

—Este es nuestro lugar ahora —lo interrumpe la mujer, sólo elevando un poco la voz, pero algo en su tono hace que William se calle. Algo muy frío y afilado— Lamento que haya tenido que suceder así, pero Holger nos atacó primero. Y estos son tiempos desesperados, estoy segura de que estarán de acuerdo. Todos debemos hacer lo que podamos para asegurarnos de que nuestros seres queridos sobrevivan.

—Vas a ir a la cárcel por esto, loca de mierda —murmura William.

—Eso puede ser —responde la mujer, todavía con una calma inquietante, como una empleada de servicio al cliente, explicando algo a un cliente insatisfecho— Aunque no estoy segura de que haya cárceles en un futuro cercano.

Entonces Dan recuerda. —¿Qué pasa con Mille? —pregunta, temiendo la respuesta. Cuando la mujer no lo escucha, se inclina hacia el teléfono de William y repite la pregunta. —¿Qué pasa con la chica? ¿Qué le hicieron?

—Nada. Mille se fue con su madre justo después de que llegamos.

Podría ser una mentira, pero Dan no ve ninguna buena razón por la que la mujer no deba estar diciéndole la verdad; lo ha hecho hasta ahora.

William toma el teléfono del tablero—. Esto no ha terminado —dice con desprecio antes de terminar la llamada.

En la ventana, Dan ve a la mujer bajar el teléfono, mirarlos por un momento más, y luego simplemente alejarse.

—¿Hay alguna otra forma de entrar? —pregunta el padre de Dan.

—No —dice William—. No una a la que podamos llegar, de todos modos. Estoy seguro de que cerraron la puerta principal, y todas las ventanas tienen rejas. Además, si entramos a la fuerza en la casa, habríamos hecho una entrada perfecta para los zombies, y el lugar sería inútil como escondite.

—¿Crees que decía la verdad sobre la gasolina? —pregunta Henrik.

—No estoy seguro —dice William, pasándose las manos por el cabello— Pero, ¿importa? No podemos arriesgarnos. No voy a correr el riesgo de ser quemado vivo. Oh, Dios, todo está arruinado ahora. Pobre Holger.

—¿A dónde vamos? —pregunta Nasira en voz baja.

William niega con la cabeza. —No tengo idea.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí —dice el padre de Dan—. Tal vez podamos ir a una de las otras casas de por aquí y pedir refugio.

—Podríamos —dice William en tono amargo— Pero ¿quién dejaría entrar a cinco personas y un perro?

—Alguien con compasión —responde Nasira.

William se burla— Alguien con poco sentido común —la corrige—. Incluso si encontramos a alguien dispuesto a dejarnos entrar, ¿cuánto tiempo podríamos sobrevivir? Somos demasiados ahora. Las personas normales no tienen comida para varios días en su casa, mucho menos recursos sostenibles una vez que se agoten. Holger sí los tenía. Por eso este era el lugar perfecto —Mira la casa, rechinando los dientes— Nunca debimos haber salido. ¿En qué estaba pensando?

—¿No podemos simplemente salir de aquí para empezar? —pregunta Nasira— Esas cosas ahí fuera están empezando a ponerme nerviosa.

Dan se sorprende al descubrir que casi logró olvidar a los zombies empujando y tirando afuera del coche, apretándose contra las ventanas y buscando una forma de entrar. Aparentemente, te acostumbras a estar en un coche rodeado de zombies una vez que lo has intentado un par de veces. Es increíble lo que la mente puede aprender a filtrar.

William pone el coche en reversa y retrocede. Tampoco presta mucha atención a los zombies, derribando a dos de ellos mientras sale del patio de Holger y se dirige de nuevo al camino de entrada.

—¿Qué tal si volvemos con Jens? —sugiere Dan— Tal vez nos deje quedarnos en la granja de su jefe. Dijo que tienen vacas, ¿no? Eso significa que tendrán comida por mucho tiempo.

—No lo sé —dice William— Creo que podríamos estar mejor tratando de salir de aquí por completo. El lugar de Holger era definitivamente nuestra mejor opción si teníamos que quedarnos. Ahora que ya no es una opción, prefiero ir lo más lejos posible de aquí.

—Estoy de acuerdo —dice Henrik— Creo que deberíamos dejar el país hasta que controlen la situación.

—Si —murmura William.

—¿Qué?

—Si controlan la situación.

—Seguro que lo harán —dice Henrik, sonando como si no estuviera nada seguro.

De repente, Dan tiene una idea. —Espera, ¿qué pasa con Mille? La mujer dijo que se fue con su madre.

—Probablemente estaba mintiendo —se burla William—. Probablemente la mataron también.

—¿Por qué mentiría sobre eso, pero no sobre Holger? No, creo que dijo la verdad sobre Mille. Podría llamarla y preguntar a dónde fueron.

William lo mira en el espejo. —¿Tienes su número?

—Claro. Me lo dio.

William levanta una ceja. —Bien hecho, amigo.

Dan saca su teléfono y llama a Mille justo cuando llegan al final del camino de entrada de Holger. William detiene el coche y mira a Dan, esperando ver si Mille tiene algo que contarles.

Dan pone la llamada en altavoz.

Mille responde después del tercer tono. —¿Dan?

—Sí, soy yo. ¿Estás bien?

—Claro. Estaba a punto de preguntarte lo mismo. ¿Encontraste a tus padres?

—Sí —dice Dan simplemente, evitando los ojos de su papá—. Pero cuando volvimos a casa de Holger... había una mujer allí. Y su hijo.

—Oh, sí. Es Birgit y Dennis. Vinieron justo después de que se fueron.

—¿Qué quieres decir con "vinieron"? —interrumpe William— ¿Quién los dejó entrar?

Una breve pausa. —Nadie. Entraron por el túnel. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Podrías decir eso —gruñe William—. Mataron a Holger.

Mille jadea. —¡Oh, no!

Alguien habla en segundo plano en la llamada de Mille.

—¿Es tu mamá? —pregunta Dan.

Mille no responde de inmediato. Parece que está luchando por mantener la calma. —Sí... estoy con ella ahora. Oh, Dios mío, lo siento mucho por Holger. No debería haberlo dejado solo...

—No, probablemente no deberías de haberlo hecho —dice William.

—Cállate, William —dice Dan, ignorando la mirada de sorpresa que William le lanza por el espejo—. No fue su culpa. Si no se hubiera ido, también la habrían matado a ella.

Continúa un momento de silencio.

Luego, Mille susurra: —No puedo creer que confié en ella. Me di cuenta de que había... algo extraño en ella. Algo peligroso. Y su hijo, creo que tiene una discapacidad intelectual o algo así. Es como un esclavo para ella, pero parecía muy protectora con él, así que... me dejó convencerme de que no... oh, Dios.

—¿Dónde estás ahora? —pregunta Dan.

—Acabamos de salir del área. Nos dirigimos a Frederikshavn. Torben, el novio de mi mamá, tiene una cabaña en algún lugar de Suecia. Intentaremos llegar allí.

—Espera —interviene William— ¿Dijiste que saliste del área? ¿Cómo lo lograste? Pensé que lo sellaron todo.

—Lo hicieron. Hay puestos militares en todas las carreteras principales y también en las más pequeñas. Pero encontramos otro camino. Un camino de tierra que no han bloqueado.

—¿Dónde? —exige William.

—Justo al final del camino desde Holger, luego a la derecha después de la siguiente casa, y una vez que llegues a los árboles, gira a la izquierda. Sigue hasta que llegues a la carretera principal nuevamente.

William pone el coche en marcha y sale a la carretera.

—Gracias —dice Dan— Intentaremos salir por ese camino también.

—Espero que lo logren —dice Mille.

Dan desconecta el altavoz y se lleva el teléfono al oído. —Me alegra que tu mamá haya venido por ti, Mille.

Otra breve pausa. —Sí, a mí también.

Sin embargo, no suena completamente sincera.

De repente, no está seguro de qué decir. —Entonces, supongo que... buena suerte.

—Buena suerte. ¿Y Dan?

—¿Sí?

—Siempre puedes llamarme si... ya sabes, cualquier cosa.

—Igual.

—Bien. Cuídate.

—Tú también.

Dan desconecta la llamada. Su papá le pone un brazo alrededor del hombro y le sonríe. Luego, dice algo totalmente inesperado: —Estoy orgulloso de ti, hijo.

—Eh... gracias, Papá.

—Escuchen —dice William— Mientras coqueteabas con Mille, se me ocurrió una idea. Mi amigo, Janus, él, eh... bueno, murió ayer. Pero tiene un hermano que vive en Haderslev. Es piloto de aerolíneas, y Janus me dijo que tiene su propio avión. Tal vez podamos convencerlo de que nos lleve fuera de aquí. A una isla o algo así.

—No es una mala idea —dice Papá—. Pero, ¿y si no quiere hacerlo?

—Estoy seguro de que podemos convencerlo —dice William—. Probablemente también quiera salvar a su propia familia. Y si no podemos convencerlo, simplemente seguiremos hacia Alemania. Ese es nuestro plan B.

Intercambian miradas. Nadie parece tener objeciones.

—Entonces, eso está decidido —concluye William, acelerando.

VEINTICINCO

—¿Hola? ¿Perdón? ¿Podría venir alguien, por favor?

Dorte escucha cómo las palabras resuenan de vuelta a lo largo del pasillo vacío y luego se desvanecen. Nadie responde. Lleva llamando veinte minutos.

El guardia que le trajo la cena le dijo que alguien vendría a tomar su declaración en una hora. Han pasado cuatro, y no ha visto a nadie.

Sólo hay cuatro salas de detención en este pasillo, lo notó cuando la metieron aquí, y ninguna de las otras tres parece tener ocupantes. Al menos no ha escuchado nada.

Le quitaron el teléfono, así que no ha podido llamar a nadie, pero ¿a quién llamaría? Las dos personas más cercanas a ella están muertas, y sólo pensar en darle la noticia de Rikke a su papá es demasiado. Lo destrozará. No está enfermo de cáncer, como le dijo a Martin y al otro soldado en el control de carretera; está en su casa en Copenhague con su nueva esposa. Además, las autoridades ya podrían haber hecho el trabajo de llamarlo y darle la mala noticia.

A menos, claro, que no hayan encontrado a Rikke todavía.

El pequeño televisor montado en la pared está en silencio, mostrando un canal de noticias que cubre lo que está pasando en Viborg. Hace una hora, comenzaron a mostrar imágenes de Aarhus también. Era una mezcla de videos privados capturados desde teléfonos, y un helicóptero de noticias sobrevolando. Mostraban una estación de gasolina, siendo invadida por cuatro personas infectadas, y una calle peatonal donde la gente huía en pánico.

Las imágenes eran muy perturbadoras. No tanto por los infectados, sino porque era obvio que las cosas no estaban bajo control, a pesar de que el reportero de noticias decía que, “a diferencia de Viborg, la policía y el ejército se adelantaron a los acontecimientos en Aarhus” y estaban haciendo “un trabajo muy efectivo de pacificación y aislamiento de los infectados”.

Mostraban a hombres armados con equipos de protección completa y armas, e informaban a los espectadores que se estaba haciendo todo lo posible para no dañar a los infectados, sino simplemente ponerlos bajo custodia, utilizando balas de goma, cañones de agua y otros equipos no letales.

Para Dorte, esto sonaba como algo que dirían para mantener a la gente tranquila en lugar de decir la verdad.

Desde su pequeña ventana con barrotes, sólo tenía vista del patio. Pero había escuchado disparos antes. Algo que sonaba como un coche chocando; o quizás una explosión. Alguien gritando. Sirenas.

Era como estar en una película de desastres estadounidense. Pudo presenciar cómo todo se convertía en caos desde su celda de detención, claustrofómicamente pequeña, y no había nada que pudiera hacer.

Lo peor: era su culpa, que la enfermedad hubiera llegado a Aarhus.

La enfermedad.

Seguía pensándolo así. Su cerebro estaba demasiado bien entrenado para aceptar otra cosa.

Cualquiera que fuera lo que le había sucedido a Rikke y Peter, ciertamente parecía una enfermedad; tenía muchos síntomas físicos. Excepto que ninguno de ellos podía medirse. Al menos no con ningún dispositivo médico.

¿Cómo era eso posible?

Esa era la pregunta con la que su mente había estado luchando desde que llegó aquí y, estando encerrada en menos de seis metros cuadrados, no tenía mucho más que hacer.

Para sorpresa de Dorte, aún no había llorado mucho. Claro, pensar en Peter y Rikke le traía un dolor profundo y punzante en el pecho. Pero obviamente aún no estaba de duelo, y tampoco creía estar en shock. Todavía estaba funcionando muy bien. Aparentemente, era sorprendentemente buena trabajando bajo una crisis.

Pero la verdadera razón por la que el proceso de duelo no había comenzado era simplemente porque no sentía que su papel se hubiera terminado; todavía tenía un trabajo que hacer, como médico con experiencia de primera mano, en lo que sea que esto fuera.

Y todavía no podía aceptar el hecho de que Rikke y Peter estaban fuera del alcance de la medicina moderna. Tenía que haber alguna forma de curarlos. Sólo tenía que averiguar qué les pasaba.

No podía ser algo mental, simplemente no podía. Un puñado de personas enfermas tal vez podría explicarse así, algún caso extraño de trastorno facticio, donde los pacientes básicamente

se enfermarían a sí mismos, creando los síntomas por puro esfuerzo consciente.

¿Pero varios miles?

¿Todo ocurriendo en el lapso de unos pocos días?

De ninguna manera.

Y eso la dejaba sin una explicación real. Simplemente no podía dar ni una conjetura periférica, aunque su vida dependiera de ello, lo que muy bien podría ser el caso.

Aparta los pensamientos y golpea la puerta nuevamente, luego grita a través del pequeño agujero cuadrado colocado a la altura de la nariz.

—¿Hola? ¿Alguien? ¡Por favor, ayúdenme!

Antes, cuando llegó a la cárcel, había un murmullo constante de voces desde otra parte del edificio, y de vez en cuando, un guardia pasaba por el pasillo.

Pero ahora todo estaba tan tranquilo como una tumba. Y no había visto a nadie desde la cena.

Probablemente sólo porque había comenzado el turno de noche. Ahora sólo había un par de guardias aquí, y pronto harían sus rondas para revisar a los detenidos.

O tal vez todos habían sido llamados al servicio activo.

O tal vez había pasado algo aún peor.

Un grito detrás de ella.

Dorte se da vuelta y mira fijamente a la ventana. Se apresura a llegar allí en tres pasos largos. Mirando hacia afuera, sólo puede ver gracias a los postes de luz amarilla alrededor del patio cerrado. Una oficial está corriendo por el pavimento, o más bien, cojeando. Una de sus piernas está obviamente rota, el pie torcido en una dirección incorrecta. Echa un vistazo hacia atrás y hacia arriba, y Dorte nota la ventana abierta tres pisos arriba.

«¿Saltó?»

La oficial grita de dolor y trata desesperadamente de alejarse del edificio, como si temiera que alguien la estuviera siguiendo. Y alguien la sigue. Dorte ve a un hombre grande y corpulento con uniforme de guardia inclinarse por la ventana abierta, extendiendo los brazos torpemente, una de sus mangas está desgarrada, y la mano está casi desaparecida, aparentemente mordida, y luego pierde el equilibrio y cae por la ventana.

Dorte jadea pero no puede apartar la vista.

El guardia vuela por el aire durante lo que parece varios segundos, agitando los brazos y las piernas impotentemente, antes de chocar con el concreto, emitiendo un ruido fuerte, nauseabundo y muy carnoso. Aterrizza medio en su hombro, sin golpear la cabeza, que seguramente se habría roto como un coco, si hubiera recibido el impacto.

Y para el horror y asombro absoluto de Dorte, el guardia inmediatamente comienza a levantarse. Ni siquiera grita. Simplemente se levanta y camina tras la mujer, que aún cojea alejándose de él. Su clavícula está obviamente destrozada, su hombro derecho sentado mucho más bajo que el otro, impidiéndole levantar el brazo por completo. Sin embargo, esto no parece molestarle.

La mujer mira hacia atrás, y accidentalmente pone peso en su pie roto. Se cae con un grito. El guardia aumenta su velocidad y se mueve con ansias.

—Levántate, levántate —murmura Dorte— Corre, maldita sea. ¡Corre!

Pero la guardia no puede levantarse. Así que en su lugar, se arrastra, llorando mientras lo hace. Llega a una puerta en el otro edificio, busca el pomo y se levanta.

—Bien, ahora ábrela —murmura Dorte, sintiendo su corazón latiendo en su garganta mientras el hombre cierra la distancia con la mujer.

La puerta está cerrada.

La mujer busca una llave en su cinturón.

Casi la introduce.

Y luego él la alcanza.

Dorte no puede apartar la vista. Quiere hacerlo, pero no puede. Está obligada a ver cómo se desarrolla la escena. Toma menos de treinta segundos. La mujer deja de gritar a mitad de camino. El hombre es casi el doble de su tamaño, y trabaja con una eficiencia feroz. No elegante y precisa, como un gato matando a un ratón, sino más como un cocodrilo despedazando a una gacela.

Sólo gracias a la tenue iluminación Dorte no puede ver los horribles detalles, y agradece por eso. Pero puede ver la piscina oscura formándose alrededor de la mujer mientras se hunde en el suelo. Y puede escuchar los sonidos húmedos y chasqueantes mientras el hombre comienza a devorar su carne.

«Esto no es nada parecido a la rabia», le dice un pensamiento lejano en esa voz objetiva que ha desarrollado a lo largo de los años. Su motivación no era propagar lo que sea que tiene, sólo quería comerla.

Dorte finalmente puede darse la vuelta, y se tambalea hacia el fregadero en la esquina. Se queda allí, apoyada contra la pared durante un minuto más o menos, respirando profundamente, luchando contra las náuseas, tratando de bloquear los ruidos de afuera.

Su cena decide quedarse en su estómago, y Dorte se da cuenta de que los sonidos han cesado. No quiere volver a la ventana, pero una vez más, no puede evitarlo.

El guardia masculino se ha puesto de pie y está caminando. Al principio, Dorte asume que está lleno y no quiere comer más.

Luego, la mujer se sienta. Mira alrededor, como alguien que acaba de despertarse de una siesta, antes de ponerse de pie. Da unos pocos pasos tambaleantes tras el tipo, aparentemente encontrando su equilibrio, recordándole a Dorte a un niño pequeño caminando por primera vez. Su tobillo roto ya no le preocupa, y simplemente camina sobre el pie torcido.

El guardia masculino se dirige a las rejas que encierran el patio. Detrás de ellas hay otro conjunto de rejas, y detrás de ellas nuevamente está la calle. Pero en lugar de desbloquear la puerta, el guardia simplemente camina hacia ella e intenta atravesarla.

La mujer pronto se le une y hace exactamente lo mismo. Sólo se quedan allí, lado a lado, intentando pasar por las rejas para llegar a la calle.

Les queda muy poca función cerebral, observa esa voz de médico desapegada. Sin memoria. Sin habilidades de resolución de problemas. Probablemente ni siquiera sean capaces de pensar de manera hipotética. Lo único que parece quedar son habilidades motoras limitadas y una motivación para encontrar y comer carne humana. Por eso perdió interés en ella. Ya no estaba viva. En el segundo que volvió, se unió a él en la búsqueda de nuevas presas.

—¿Hola?

La voz es tan inesperada que la hace saltar. Se da vuelta y escanea la habitación, esperando que alguien se le haya acercado. Pero está sola.

—Por aquí.

Ve la cara mirándola a través de la ventana en la puerta. Es un joven con cabello oscuro y ojos oscuros y preocupados.

—Oh, gracias a Dios —murmura Dorte—. Estaba empezando a preguntarme si alguien vendría —Se acerca a la puerta—. Escucha, hay dos personas infectadas en el patio. Ambos eran oficiales. Es importante que nadie salga para intentar...

—¿De quién estás hablando? —la interrumpe el chico— ¿Quién saldría? No queda nadie.

Dorte simplemente lo mira mientras él busca sus llaves y abre la puerta.

—¿Qué quieres decir? —pregunta mientras él la abre.

—Todo el edificio ha sido evacuado. Tienes suerte de que decidí echar un último vistazo. Casi me costó caro, también —Extiende la mano para revelar un desgarró en su manga. Un par de marcas rojas de arañazos serpentean por su muñeca.

Dorte sabe instantáneamente que el pobre chico está condenado. Los cortes en su piel apenas son lo suficientemente profundos como para sacar sangre, pero eso es suficiente para que la

infección, o lo que sea, se apodere. Las heridas de Rikke habían sido aún más pequeñas, y murió en cinco horas. Este chico probablemente tiene sólo dos o tres horas de vida.

Dorte lo mira a los ojos y siente que su garganta se cierra. Es joven, de su misma edad, y tiene esa mirada melancólica al estilo de un joven George Clooney. Piel morena, voz suave, manos limpias. Probablemente un chico muy agradable.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Por qué me miras así? ¿Hay algo mal?

—Sólo... esos... esos rasguños los obtuviste porque regresaste para ver si alguien quedaba en el edificio?

—Sí. Pensé que podrían cerrar la ciudad como lo hicieron en Viborg, así que podrían pasar varios días antes de que alguien llegara aquí. Sería un fastidio pasar una semana encerrado aquí sin nada para comer, ¿eh? No podría vivir con ese pensamiento. Ahora, hay tres de ellos abajo. Uno de ellos intentó agarrarme, pero me solté. Creo que pueden haberme seguido, así que necesitamos ir por el otro lado y usar la salida de emergencia para no...

Un ruido desde el pasillo. Suena como si algo se hubiera caído.

—Date prisa —dice el chico, empujando a Dorte—. Será mejor que salgamos de aquí.

Corren por el pasillo, y el chico abre la puerta con su llave. Entran en una escalera y suben un piso. Allí, él abre una puerta marcada con una señal de emergencia. Se escucha una alarma en alguna parte del edificio. Salen a una plataforma de metal suspendida a varios metros del nivel del suelo. Debajo está el estacionamiento de la instalación de detención.

Dorte se detiene por un momento, mirando sobre Aarhus. Y finalmente se da cuenta de lo grave que es la situación y de lo rápido que ha escalado.

El cielo nocturno se ilumina con el resplandor de la ciudad. Pero a diferencia de una noche normal, las luces no provienen sólo de coches y farolas y ventanas. De hecho, parece haber menos fuentes de luz eléctrica. En cambio, hay varios incendios ardiendo.

Tampoco hay muchos coches en las calles. La mayoría están estacionados de manera desordenada en las calles o en las aceras. Algunos de ellos están chocados. Ve ventanas rotas, cosas esparcidas por todas partes y sólo unas pocas personas, la mayoría parecen estar infectadas.

—Dios mío —murmura—. Es como en Viborg. Excepto que está sucediendo mucho más rápido.

—¿Estuviste en Viborg recientemente? —pregunta el chico, cerrando la puerta de emergencia detrás de ellos.

—Estuve allí justo ayer —dice Dorte—. ¿Cómo pudo salirse de control tan rápido? Sólo ha pasado un día...

—No sabría decirte. Todo lo que sé es que comenzó en Skejby. Creo que llegó a la ciudad tan rápido porque varias personas portadoras de la infección condujeron hasta aquí en busca de ayuda médica. En cuanto a por qué se propagó mucho más rápido aquí que en Viborg, bueno, creo que es porque hay mucha más gente aquí, y viven mucho más cerca unos de otros.

—Dios mío —dice Dorte de nuevo, y piensa para sí: Esto es mi culpa. Lo traje aquí. Por mi culpa, la segunda ciudad más grande del país estará en ruinas para mañana por la noche.

Un movimiento desde abajo llama su atención. Un grupo de personas infectadas viene por la calle, dirigiéndose al estacionamiento.

—Vamos —dice el chico, comenzando a bajar las escaleras—. Será mejor que nos apuremos, o nos quedaremos atrapados aquí arriba.

Bajan corriendo las escaleras y llegan al suelo mucho antes de que los infectados puedan alcanzarlos. Corren por el estacionamiento y salen a la calle.

El chico mira de un lado a otro. —Mi coche está estacionado en un aparcamiento subterráneo a dos cuadras de aquí. Voy a intentar salir de la ciudad, luego llegar a Silkeborg, allí es donde mi esposa me espera. Puedes unirme a mí si quieres.

Dorte mira al chico brevemente, y no puede evitar sentir un profundo amor por él. Parece tan inocente, e incluso en una situación muy peligrosa, se tomó el tiempo para volver a una instalación de detención y buscar a alguien encerrado. Ahora, está volviendo a casa con su esposa, sin duda una mujer bajita y de cabello amarillo que probablemente está muy preocupada ahora. Excepto que no llegará a Silkeborg; estará muerto antes de eso.

¿Debería decirle?

—Me estás dando esa mirada otra vez —dice él.

—No voy contigo —dice ella.

—¿Estás segura? Realmente no creo que quieras estar en las calles ahora mismo.

—Está bien, estaré bien.

—Está bien, si eso es lo que quieres. Entonces, nos vemos.

Está a punto de salir corriendo.

—Gracias —dice Dorte, las palabras apenas salen como un susurro—. Gracias por sacarme de allí. Me salvaste la vida.

El chico sonríe brevemente. —No lo menciones. Para ser honesto, no esperaba ver a alguien como tú aquí arriba. No pareces un criminal.

—Lo soy —dice ella— Créeme.

—Bueno, creo en las segundas oportunidades —dice él, sonríe una vez más y luego se va.

VEINTISÉIS

Pronto se arrepiente de no haber ido con el guardia. Caminar sola por el centro de la ciudad no es exactamente una experiencia agradable.

Las calles están mayormente vacías, pero hay una atmósfera inquietante que lo envuelve todo. Aquí y allá hay coches chocados, escaparates destrozados y objetos tirados o arrojados.

Oye sirenas de policía pasar de vez en cuando, y considera hacerle señas a uno de ellos, pero, por un lado, no quiere ser una carga para las personas que intentan limpiar el desastre que ella causó y, en segundo lugar, es técnicamente una fugitiva.

También considera llamar a cualquiera que se le ocurra que viva en o alrededor de la ciudad, lo que resulta ser sólo tres personas: dos viejos amigos de la escuela de medicina y su tía, a quien nunca ve. Pero no se atreve a llamar a ninguno de ellos y pedirles que la recojan. Y llamar a un taxi también es poco probable, ya que duda que alguna empresa enviara un coche a lo que es básicamente una zona de guerra.

Así que Dorte se decide a caminar.

Curiosamente, una parte de ella siente que es la decisión correcta, a pesar del peligro. Este es su desastre. Parece un castigo adecuado para ella salir de él por su cuenta.

Se dirige hacia el oeste, esperando llegar a la carretera que rodea la ciudad; allí podría tener más suerte para conseguir un aventón.

Se siente exhausta, pero está funcionando con adrenalina y cortisol, lo que agudiza sus sentidos y la hace súper consciente de cualquier movimiento y sonido cercano. Al girar una esquina, un adolescente viene corriendo hacia ella a toda velocidad, sólo vistiendo pantalones cortos.

Dorte se aparta de un salto, extendiendo las manos de manera protectora, pero el chico pasa corriendo junto a ella. Sólo se detiene lo suficiente como para gritarle: —¡Aléjate! ¡Vienen dos de ellos!

Dorte tiene tiempo para notar las líneas sangrientas en el omóplato del chico; se parecen mucho a algo hecho con uñas. Luego, el chico desaparece.

Ella se da vuelta y mira en la dirección de donde vino, inmediatamente viendo dos siluetas venir hacia ella con ese característico andar tambaleante. Incluso desde lejos, puede oír sus gruñidos hambrientos.

Dorte cruza la calle y se mete en un callejón más pequeño, llegando a la siguiente manzana, justo cuando alguien grita más adelante.

Dorte ve a una mujer tirada en el suelo, luchando por alejarse de la persona infectada que se ha lanzado sobre ella. Un joven, posiblemente el novio de la mujer, está pateando al infectado desde atrás, mientras le grita que se detenga, pero sin éxito. El infectado muerde el cuello de la mujer, ahogando su grito. El chico se inclina y agarra al infectado, apartándolo. Pero el infectado ha agarrado el cabello de la mujer, por lo que ella es arrastrada mientras la sangre comienza a brotar de su garganta abierta. El infectado gira la cabeza y muerde el brazo del chico, haciendo que grite de dolor.

Dorte se da la vuelta, sintiéndose mareada y con náuseas, luego se tambalea por una nueva calle lateral para alejarse de la horrible escena.

El sonido del agua corriendo llega a sus oídos. En la siguiente manzana ve a un grupo de hombres armados disparando un cañón de agua a un gran grupo de personas infectadas, obligándolas a retroceder, mientras otros se acercan desde diferentes direcciones.

—¡Atrás! —ruge uno de los soldados—. ¡Atrás, o abriremos fuego!

Los infectados no hacen caso de la advertencia, y dos de los hombres comienzan a dispararles. El sonido es ensordecedor, causando que los oídos de Dorte zumben. Aunque es evidente que las balas impactan, haciendo que los brazos se sacudan y los torsos se tuerzan de un lado a otro, no detienen a los que avanzan.

—¡A la cabeza! —ruge uno de los hombres—. ¡Apunten a sus malditas cabezas!

Eso no funcionará, piensa Dorte para sí misma. No hay actividad cerebral ...

Los hombres apuntan y disparan una nueva ronda de tiros. Esta vez, para sorpresa de Dorte, hay mucho más efecto. Dos de los infectados caen de inmediato, aparentemente muriendo de verdad, ya que simplemente colapsan y no se mueven más. Pronto el resto de ellos sigue su ejemplo, a medida que los hombres alcanzan sus objetivos.

Dorte frunce el ceño, por un momento volviendo a pensar racionalmente. ¿Cómo es posible eso? ¿Cómo destruir el cerebro hace alguna diferencia, cuando todo el sistema nervioso central ya está apagado?

—¿Qué diablos están haciendo? —ruge uno de los hombres junto al cañón de agua y corre hacia los hombres que acaban de abatir a media docena de infectados— ¿Están usando balas reales? ¿Están locos?

—¡No tuvimos otra opción! —se defiende uno de los soldados— ¡Era nosotros o ellos!

—¡No podemos andar matando a estos pobres desgraciados! ¿Cómo crees que reaccionará la OMS cuando se enteren de que estamos ejecutando a personas enfermas? ¡Nos colgarán como malditos nazis!

—¿Cuándo vas a escuchar, Troels? —grita el otro soldado, acentuando cada palabra con un dedo en el pecho de su colega— ¡Ellos son... jodidos... zombies!

—¿Dejarás de decir tonterías de películas? —replica el tipo, apartando la mano del otro—. Estoy a cargo aquí, y digo que seguimos órdenes. Y las órdenes son tratar a estas personas como individuos enfermos. Mantenemos nuestra distancia, los pacificamos y los llevamos, y no usamos fuerza letal. ¿Entendido?

Los dos hombres están tan enfrascados en la discusión que no ven a los tres infectados que vienen del callejón y se dirigen directamente hacia ellos.

—¡Cuidado! —grita Dorte, pero está demasiado lejos, y el sonido del cañón de agua ahoga su advertencia.

Afortunadamente, el tercer soldado nota la amenaza justo a tiempo, y los otros dos se apartan del camino. Comienzan a tratar con los infectados lanzándoles redes y usando postes largos que le recuerdan a Dorte a los que usan los captadores de perros.

Decide que ha visto suficiente y se da vuelta para irse.

Y es entonces cuando la ve.

Viniendo hacia Dorte desde el callejón, la figura emerge de las sombras. Dorte la reconoce de inmediato.

No, no puede ser ella... no puede haber llegado tan lejos... es una caminata de seis kilómetros...

Pero es ella.

Y Rikke parece haber estado muy ocupada: sus manos están negras de sangre, al igual que el frente de su camisa y la parte inferior de su rostro. Algo le ha sucedido a su cara también; el pómulo izquierdo parece haberse hundido un poco, la piel desgarrada en un par de lugares, el ojo casi cerrado. Como si alguien la hubiera golpeado con algo. O tal vez Rikke simplemente se cayó y aterrizó de cara. De cualquier manera, la lesión no parece preocuparle; en cambio, está enfocada en Dorte.

—Rikke —dice con voz ronca, retrocediendo—. Soy yo.

Sabe que es inútil. Sabe que Rikke no puede escucharla, mucho menos comprender las palabras o reconocer a su hermana. Podría estar hablando con un paciente en coma. Y, sin embargo, su boca sigue intentándolo.

—Soy yo, Rikke. Por favor, escúchame. ¿No recuerdas mi voz?

Rikke acelera el paso mientras cierra la distancia y deja escapar un gemido de hambre.

Dorte camina hacia atrás, casi corriendo ahora, tratando de apartar los ojos de Rikke, tratando de obligarse a huir, pero no puede, y sigue hablando y ahora también llorando.

—Lo siento. Siento mucho no haber podido ayudarte. Lo intenté; de verdad lo hice.

Entonces, finalmente, puede girar sobre sus talones y correr por el callejón. Gira a la izquierda en la calle donde los hombres aún están luchando contra la horda que se aproxima y casi choca con un nuevo grupo de infectados, logrando evitar a un tipo alto y delgado en el último segundo y pasar corriendo junto a ellos. Mira hacia atrás para ver al grupo persiguiéndola.

Dorte corre todos los días, y está en buena forma. Pero no ha dormido durante casi dos días completos, y su cuerpo funciona principalmente con adrenalina. Más adelante, la carretera se inclina hacia arriba mientras se convierte en un puente, y Dorte decide cruzarlo, ya que eso la alejará del centro de la ciudad.

Corre a una velocidad razonable, poniendo distancia entre ella y el grupo de infectados, mientras al mismo tiempo no se agota, y al mirar hacia atrás, se da cuenta de que los infectados aún la están persiguiendo. Afortunadamente, no puede ver a Rikke, que debe estar al final del grupo.

La cantidad de coches estacionados o chocados crece a medida que sube al puente. En el punto más alto, la carretera está casi cerrada debido a un camión volcado.

Y es entonces cuando ve al otro grupo.

Es incluso más grande que el que la sigue; al menos dos docenas de infectados. Están a menos de cincuenta metros de distancia, agrupados alrededor de algo, empujándose entre sí.

Están comiendo a alguien, piensa Dorte y se detiene bruscamente.

Este segundo grupo es demasiado grande; bloquean toda la carretera, y no hay forma de que pueda pasar por ellos. Mira hacia atrás para ver al grupo perseguidor, que se ha dispersado un poco, ya que algunos de ellos caminan más rápido que otros. Los más rápidos ya han llegado a la entrada del puente y han comenzado el ascenso hacia ella. Aunque no hay tantos en el primer grupo, aún hay suficientes para cortarles el paso, ya que muchos coches estrechan la carretera. Lo que significa que está efectivamente atrapada.

«Oh, mierda ...»

Dorte mira de un lado a otro, tratando de determinar cuál es el camino menos peligroso, cuál le ofrece la mejor oportunidad de escapar, pero ninguno de ellos parece una buena opción. Y ahora los miembros del segundo grupo, parecen perder interés en lo que sea que estaban devorando y, uno a uno, comienzan a caminar hacia la próxima comida más cercana: Dorte.

—¡Oh, mierda, mierda, mierda!

Dorte considera por un momento subirse al camión, pero no está segura de si los infectados podrán trepar tras ella, así que se dirige a las barandillas del puente. Mirando hacia abajo a la autopista, siente que su estómago se aprieta, ya que el salto es de al menos cinco metros, y aterrizaría en concreto, probablemente rompiéndose ambos tobillos.

«Tal vez si me cuelgo de mis brazos... eso acortará la caída unos dos metros...»

Todavía es un gran riesgo, pero una breve mirada por encima del hombro le dice que se está quedando sin opciones rápidamente: los más rápidos de ambos grupos se están acercando a una velocidad alarmante, tambaleándose casi demasiado rápido para que sus piernas muertas los lleven, como si sintieran que su presa está a punto de escapar.

Dorte trepa las barandillas y pasa las piernas por encima. Las barras de metal están frías, y sus palmas están sudorosas por correr, por lo que se agarra firmemente para no resbalar. Aun así, es difícil encontrar algo donde colocar los pies, las barandillas obviamente no están diseñadas para escalar. Ella se tambalea, maldice y mira hacia arriba para ver a los infectados acercarse corriendo.

«¡Maldita sea! ¡No lo lograré!»

Está medio colgando, medio de pie, agarrando la barandilla torpemente, y está a punto de saltar ciegamente al vacío, cuando una voz llama su nombre.

—¡Dorte! ¡Oye, Dorte!

Mira hacia abajo, parpadeando para despejarse el sudor de los ojos, esforzándose por enfocar.

Un coche está estacionado justo debajo de ella. El conductor, un joven con una camiseta blanca que revela sus brazos tatuados, está parado junto a él, mirándola.

—¡Maldita sea, pensé que eras tú! —grita, sonriendo.

—¿William? —dice Dorte con voz ronca, no lo suficientemente fuerte como para que él la escuche.

—¡Tienes que saltar! —grita, saltando sobre el capó del coche y luego sobre el techo. Levanta los brazos hacia ella— ¡Hazlo! ¡Te atraparé!

Dorte está a punto de decirle que no puede, cuando oye un gruñido justo al lado de ella, y gira la cabeza y grita cuando una cara de ojos muertos con piel gris se abalanza hacia ella, con la boca

abierta de par en par.

Es más una caída que un salto.

Dorte vuela por el aire, gritando y agitando los brazos, durante lo que parece varios segundos. Luego aterriza con un golpe metálico, sintiendo un par de manos que la atrapan a medias.

—Está bien, estás bien —le dice William, mientras su rostro aparece frente a ella, sonriendo—. Oye. Cuánto tiempo sin verte.

Dorte intenta responder, pero el impacto de la caída la ha dejado jadeando por aire. Deja que él la ayude a bajar al capó del coche. Un hombre que Dorte no ha visto antes, considerablemente mayor que William, sale del coche y la toma del brazo, ayudándola a bajar al concreto.

Otro coche pasa a toda velocidad, haciendo que Dorte salte y recordándole que están parados en medio de la autopista.

—Probablemente deberíamos irnos —dice el hombre, llevándola hacia la puerta trasera abierta.

—Un momento —dice William—. ¿Estás herida, Dorte?

Dorte lo mira, luego baja la vista a su propio cuerpo. Sacude la cabeza. —No, estoy bien. No me dolió. Gracias por atraparme.

—De nada. Pero lo que quiero decir es, ¿estabas herida antes? ¿Algún rasguño? ¿Alguna herida? ¿Alguno de ellos te tocó? —Señala hacia arriba, donde los infectados se han reunido en la barandilla, empujando contra las barras de metal, una multitud de brazos se extiende, buscando en el aire.

Ella sacude la cabeza de nuevo. —No, no he estado en contacto cercano con ninguno de ellos. No estoy infectada.

—Me alegra escucharlo. Entonces, sube.

Dorte sube al asiento trasero. Un adolescente de cabello dorado la mira con ojos grandes y serios, y junto a él, una joven está sentada con un niño pequeño en su regazo. Tanto la mujer como el niño son de origen medio oriental.

El hombre se sienta en el asiento delantero, y William se pone al volante.

Algo huele la nuca de Dorte, y se vuelve para ver a un pastor alemán mirándola desde el maletero.

—Todos, esta es Dorte —dice William, poniendo el coche en marcha y acelerando rápidamente para seguir el tráfico— Ella y yo fuimos a la secundaria juntos, pero no hemos hablado en, ¿qué, cuatro años? —La mira en el espejo.

—Supongo que es más o menos correcto —dice Dorte, forzando una sonrisa.

La mujer de Oriente Medio le sonríe de vuelta. —Hola, Dorte. Mi nombre es Nasira, y este es mi hermano Ali.

Dorte asiente y mira al adolescente.

—Soy Dan —murmura.

—¿Cuáles son las probabilidades de que nos encontremos así? —continúa William— Sólo puedo interpretarlo como el destino. ¿A dónde te diriges?

—Realmente no lo sé, honestamente. He perdido a mi... He perdido... a todos —La última palabra sale como un susurro, y Dorte se da cuenta con horror de que está al borde de las lágrimas. Lo último que necesita ahora es llorar frente a un grupo de extraños.

—Lamento escuchar eso —dice William, con el tono alegre desaparecido de su voz.

—Está bien —dice Nasira, en un danés casi perfecto, mirándola—. Todos hemos perdido a alguien.

Dan asiente en silencio, y para Dorte, esos ojos grandes de repente parecen mucho más viejos que el resto de su rostro. El chico parece alguien que ha vivido algo mucho peor que ella misma, y siente una inesperada punzada de simpatía por él.

—Entonces, ¿quieres que te dejemos en algún lugar o vas a venir con nosotros? —pregunta William.

Dorte respira profundamente. —No tengo idea, para ser honesta. ¿A dónde van?

—El plan es encontrar a un tipo que conozco en Haderslev y hacer que nos lleve en avión fuera del país antes de que todo se salga de control.

—Eso suena un poco...

—¿Precipitado? —Adivina William.

—Bueno, ¿estás seguro de que es necesario salir del país?

—¡Vaya, mierda! —William gira bruscamente para evitar a un puñado de infectados que han llegado a la autopista y están extendiendo los brazos hacia los coches que se acercan, sin preocuparse por su propia seguridad. Mira a Dorte— Dime si es necesario. Yo, por mi parte, no creo que se vea muy prometedor. Nos encantaría tenerte con nosotros, ¿verdad, chicos?

Los demás asienten o muestran su acuerdo.

Dorte baja la mirada a sus manos. —Está bien —dice—. Supongo que es tan buena idea como cualquier otra que tenga. Gracias.

—No hay de qué —William se queda en silencio por un momento— Entonces... ¿quieres contar tu historia o prefieres escuchar la nuestra primero?

—Creo que preferiría escuchar antes que hablar ahora mismo —dice Dorte.

—Está bien. Te va a encantar esto. Nuestra historia tiene vudú. ¿Verdad, Dan? ¿Quieres empezar? —William mira al adolescente, que bosteza.

—En realidad, esperaba dormir un poco.

—Oh, claro. ¿Te importa si hablamos?

—No, para nada —Inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Haré mi mejor esfuerzo para contarte lo que Dan me contó —dice William, guiñándole un ojo en el espejo. Dorte no puede creer que su ánimo sea tan alto, considerando las circunstancias. Pero, por otro lado, esto es exactamente como lo recuerda, despreocupado y relajado, pero también inteligente y decisivo cuando la situación lo requiere—. Quiero decir, vamos a estar conduciendo toda la noche, así que no es como si tuviéramos prisa ni nada.

VEINTISIETE

Mille debió haberse quedado dormida, porque cuando abre los ojos de nuevo, está oscuro afuera. Han llegado a algún pueblo que Mille no reconoce, con las farolas brillando en amarillo. El aire acondicionado sigue encendido, y el interior del coche está agradable y fresco. En la radio, el locutor sigue hablando con una voz seria sobre la situación.

Mira a su madre, que aún está sentada a su lado, mirando por su ventana. Mille revisa su teléfono. Sin mensajes ni llamadas perdidas. Son las once cuarenta y cinco. Ha estado ausente durante unas horas. Sorprendentemente, se siente muy bien descansada.

—Será mejor que llenemos el tanque —murmura Torben, deteniéndose en una gasolinera.

Mamá se estira y mira a Mille. —Oh, estás despierta. ¿Descansaste?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—En Frederikshavn —dice Torben, desabrochándose el cinturón— El ferry sale en media hora; estamos justo a tiempo —Sale del coche con un gruñido, el peso de su cuerpo haciendo que el SUV se tambalee.

—... no sólo Aarhus, sino también varias de las pequeñas localidades circundantes enfrentan ahora el problema, ya que el llamado virus de la rabia parece estar propagándose a una velocidad aterradora que nadie podría haber predicho. Los expertos médicos ahora piden una acción inmediata por parte de las autoridades, instándolas a establecer un toque de queda completo en gran parte del país, con la esperanza de que aún sea posible contener la propagación de la infección, lo suficiente como para encontrar una vacuna efectiva. Hasta ahora, las pruebas médicas no han dado resultados en el intento de curar la enfermedad, y el panorama no es muy bueno...

—No es precisamente alentador, ¿eh? —dice la madre de Mille— Qué situación tan loca está resultando ser esta. Quiero decir, esto podría volverse peor que cuando el país fue ocupado

durante la Segunda Guerra Mundial.

—Lo sé —dice Mille, observando a Torben poner su tarjeta de crédito en la ranura. Mira a su madre— ¿Vamos a tomar un ferry?

Mamá asiente. —Así podemos llevar el coche.

Mille se muerde el labio. —¿Es legal?

Mamá levanta las cejas. —¿Llevar el coche a Suecia?

—No, salir del país.

—Oh, ¿te refieres a causa de la... situación? Bueno, si ese fuera el caso, creo que cancelarían el ferry, ¿no crees?

—Supongo.

Un momento de silencio. Torben camina alrededor del coche, desengancha la manguera y comienza a llenar el coche. Mille no puede evitar notar cómo camina, como si le dolieran las piernas. Probablemente sea por su peso, sin embargo. Le recuerda a John Goodman en su época más pesada. No puede imaginar qué ve su madre en él.

—¿Cómo está Kim?

Mille mira a mamá, sorprendida por la pregunta. —Dímelo tú.

—¿Quieres decir que no has hablado con él recientemente?

—No, ha pasado una eternidad.

—Oh. Pensé que ustedes mantenían el contacto.

—Al principio sí, pero... simplemente se fue apagando.

—Es una pena.

—¿Tampoco has hablado con él?

Su madre suspira. —Intenté llamarlo un par de veces, pero no devuelve mis llamadas. Ni siquiera estoy segura de tener el número correcto. Vive en Estocolmo en estos días, ¿sabías?

—No tenía idea. ¿Por qué se mudó allí?

—Conoció a una chica. Una rubia muy guapa. Se casaron a principios de este año.

Mille se confunde por un momento. —¿Cómo lo sabes... oh, lo estuviste espiando en Facebook, ¿no?

Su madre se encoge de hombros. —Sólo quería saber cómo estaba mi hijo —Mira brevemente a Torben, que todavía está llenando el tanque—. Estaba pensando que podríamos pasar y... preguntarle si quieren venir con nosotros. Sería tan agradable tener a la familia de vuelta unida.

Mamá sonríe. Mille no puede corresponder la sonrisa.

—Eso significaría traer a papá de vuelta —dice Mille.

Mamá asiente lentamente. —Lo sé. Pero no podemos. Por mucho que quisiéramos.

Mille observa a su madre intensamente, tratando de averiguar si está siendo sincera. Papá se fue cuando Mille tenía cinco años; apenas lo recuerda. Pero lo que sí recuerda es que mamá básicamente lo echó. Y que su bebida aumentó drásticamente desde ese momento. Mille nunca la ha escuchado decir otra cosa, que no sean cosas malas sobre papá. Y ahora, ¿de repente insinúa que en realidad lo extraña?

«¿Qué pretende? ¿Realmente ha cambiado o es algún truco para obtener algo de mí?»

—Sé que Torben nunca podrá reemplazar a tu padre —continúa su madre—, pero es un buen hombre. Inteligente. Servicial. Quiere lo mejor para todos nosotros. Incluso está de acuerdo con que traigamos a Kim también, si quiere venir. Podríamos volver a ser como una familia. ¿No sería genial?

Mille frunce el ceño. —Es un poco tarde para eso, mamá; tengo diecisiete años. No necesito un nuevo papá.

—Claro que sí —dice mamá, sonriendo—. Todas las chicas lo necesitan, no importa qué edad tengan.

—Bueno, Torben no es precisamente...— Mille está a punto de decir algo cruel, pero logra contenerse.

—Lo sé —dice su madre—. Pero si pudieras darle una oportunidad, creo que te agradará.

Mille no responde. Mira a Torben. Detrás de él, al otro lado de la calle, alguien está paseando a su perro. Una anciana, a juzgar por la postura encorvada. El perro es pequeño y negro y camina muy despacio. Probablemente sea aún más viejo que su dueña.

—Estaba pensando —continúa su madre, ahora con un leve tono de vacilación en su voz—. Pensaba que podrías intentar llamar a Kim. Sabes, tal vez él responda cuando seas tú quien llame.

Mille la mira. —¿Quieres que lo llame y lo convenza de venir con nosotros?

Mamá se encoge de hombros. —Podrías al menos ofrecerle la oportunidad. Si el virus llega a Suecia, ciertamente no estarán seguros en Estocolmo con tanta gente viviendo tan cerca.

Mille se muerde el labio. —No lo sé, mamá. No tengo idea de cómo reaccionará si lo llamo.

—Bueno, ¿no vale la pena intentarlo? —pregunta su madre, inclinándose un poco hacia ella—. Tal vez si todos... —Se detiene al hablar, algo llama su atención detrás de Mille. Entrecierra los ojos—. Dime, ¿es eso? i... Oh, no!

Mille gira la cabeza. La anciana se ha acercado más y ahora está cruzando la calle, dirigiéndose directamente hacia el coche. Excepto que no es una anciana. Es un hombre alto, calvo, de

mediana edad. La razón por la que camina encorvado es porque alguien le ha abierto la caja torácica, haciendo que su torso se incline hacia adelante. Está inclinando su cuello hacia atrás lo suficiente para que Mille vea su rostro y sus ojos muertos y blancos. El perro en la correa no es un perro en una correa, tampoco; es una cuerda de intestinos que se arrastra desde la herida abierta del hombre, con un bulto ensangrentado, que podría muy bien ser su estómago al final de ella.

—Mierda —dice Mille—. Va hacia Torben—

—¡Torben! —grita la madre, trepando sobre Mille para golpear la ventana— ¡Torben, cuidado! ¡Detrás de ti!

Torben es demasiado lento para girar. Cuando finalmente lo hace, el zombie ya está sobre él. Mamá grita. Torben emite un gruñido de sorpresa, suelta la manguera y agarra las muñecas del hombre, apenas logrando mantenerlas alejadas de su rostro. En cambio, el zombie intenta morder el cuello grueso de Torben, chasqueando los dientes a centímetros de su piel.

—¡Apártate de mí! —ruge Torben y empuja al zombi con fuerza, pero no lo suficiente. El hombre muerto sólo retrocede unos pasos, luego se lanza hacia adelante nuevamente. Torben no tiene tiempo de moverse y es empujado contra su propio coche. Mamá grita agudamente.

Afortunadamente, el zombie tropieza con sus propios intestinos y cae torpemente de rodillas, dando a Torben el tiempo suficiente para moverse hacia un lado y salir del alcance. Se tambalea alrededor del coche, con una expresión de shock en su rostro, abre la puerta y se arroja detrás del volante.

—Oh, Dios mío —murmura la madre de Mille, agarrando los hombros de Torben—. ¿Estás bien, cariño? ¿Estás herido?

—Estoy bien —gruñe Torben, apartando las manos de la madre— Vámonos de aquí.

Pone el coche en marcha justo cuando el zombie finalmente se levanta y ataca la ventana de Mille, manchándola de saliva.

Mamá vuelve a gritar mientras Torben pisa el acelerador y sale a la carretera.

—Maldita sea —murmura, frotándose el cuello y revisando los espejos— No sabía que ya habían llegado tan lejos.

—Estoy tan aliviada de que estés bien, cariño —dice mamá, conteniendo las lágrimas—. Eso podría haber salido muy mal. Me alegra mucho que reaccionaras rápido.

—No lo suficientemente rápido —murmura Torben— Toqué al maldito.

—Sí, pero eso no es suficiente para infectarse, ¿verdad? —pregunta mamá, mirando de Torben a Mille.

Mille niega con la cabeza. —Sólo se propaga a través de la sangre —Se inclina hacia adelante—. ¿Te hiciste algún rasguño?

Torben revisa sus manos una por una, dándoles la vuelta, incluso extendiendo los dedos gruesos. —No, estoy bien —finalmente dice, con una nota de alivio en su voz.

—Oh, gracias al cielo —exclama mamá, llevándose las manos al pecho—. Estamos bien. Estamos bien. Qué bueno que estamos dejando el país también. Esto estará por todas partes en un par de días.

—Creo que es más cuestión de horas —murmura Torben, sujetando el volante mientras avanza por las calles de Frederikshavn a una velocidad que supera el límite. No hay mucha gente afuera, ni coches tampoco.

Hasta que Torben gira hacia el puerto.

Mille ve un mar de faros desde cierta distancia. Los coches están alineados en varias filas largas, todos esperando para abordar el ferry.

Torben silba. —Parece que no somos los únicos que tuvieron la idea de ir a Suecia.

—Jesús —murmura la madre—. Qué bueno que tenemos un boleto, ¿no?

Torben se coloca en la fila más corta y se detiene. Las filas se mueven lentamente, dejando que los coches suban al ferry uno a la vez.

Mille puede ver a la gente en los otros coches, familias enteras apretujadas entre montones de equipaje, con caras serias.

«Espero que ninguno de ellos esté enfermo, piensa, y siente un escalofrío en la espalda. Lo último que quiero es estar atrapada en un ferry con alguien convirtiéndose en zombie...»

Las filas avanzan más rápido, y en unos diez minutos, suben a bordo del ferry. Torben aparca el coche en el lugar que les asigna un miembro de la tripulación con una bandera naranja.

Apaga el motor. —Bien, salgamos y busquemos algo de comer. Luego, si somos rápidos, podemos dormir un par de horas.

Salen del coche. Mille toma una de las bolsas del maletero. Sigue a su madre hacia la puerta que lleva a las cubiertas superiores, donde ya hay muchas otras personas. Mille siente una sensación peculiar de ser una niña pequeña yendo de vacaciones con su mamá.

Mamá se da vuelta. —Espera, ¿dónde está Torben?

Mille mira hacia atrás. —Allí, junto a la furgoneta.

Torben se ha detenido junto al espejo retrovisor de una furgoneta amarilla. Está levantando el cuello de su camisa y aparentemente examinando su cuello en el espejo.

—¡Torben! —llama la madre de Mille.

—Ya voy, ya voy —responde él y se une a ellas. Su expresión es grave—. Sentí algo picar. Bueno, parece que no tuve tanta suerte después de todo —Se abre el cuello de la camisa para revelar un rasguño de color rosado brillante.

Mille siente que se le cae el estómago.

Mamá jadea. —Oh, no...

—Está bien —asegura Torben, hablando con voz firme—. Tienen desinfectante a bordo. Lo limpiaremos y estaré bien.

Mille no puede decir si Torben cree en lo que está diciendo o si está tratando de convencerse a sí mismo. La forma en que sus ojos siguen moviéndose de un lado a otro sugiere que al menos una parte de él sabe que esto es una muy mala noticia y que desinfectar la herida no hará nada.

—Vamos —dice él, interrumpiendo a la madre cuando está a punto de decir algo—. Cuanto antes lo solucionemos, mejor.

—No —dice Mille, sacudiendo la cabeza—. No puedes subir, Torben. Tienes que bajar del ferry.

Torben la mira como si fuera un perro que acaba de orinar en sus zapatos. —¿De qué estás hablando?

—Vas a llevar la infección a Suecia. No puedes hacer eso.

Mamá mira de Mille a Torben, con los ojos muy abiertos y aterrorizados. —Oh, no... no, no, no...

—Tonterías —se burla Torben—. Estaré bien. También hay médicos a bordo.

—No pueden hacer nada para ayudarte —dice Mille—. Por favor, escúchame. No puedes hacer esto, Torben. Tienes que bajar.

Justo en ese momento suena un fuerte silbido desde arriba. Torben mira hacia arriba y luego de nuevo a Mille —Supongo que no tengo elección. Acabamos de dejar la costa. Ahora, basta de hablar —Se abre paso entre ellas y se dirige a la puerta.

Mamá está a punto de seguirlo, pero Mille la agarra del brazo y la mira a los ojos. —Mamá, escúchame. Realmente necesito que me escuches. Sólo hay una forma en que esto terminará. No podemos dejar que esto suceda.

La cara de mamá muestra una serie de expresiones diferentes. —Yo... no sé... creo que es mejor seguirlo...

Está a punto de girarse, pero Mille aprieta su agarre. —Por favor, mamá. Por favor, créeme. Si aún me amas, créeme cuando digo que Torben va a morir. Sé que es difícil escuchar eso. Pero si no hacemos algo rápido, podría llevarse a todos en este ferry con él.

—Perdón —dice una voz masculina detrás de ellas—. ¿Podrían moverse, por favor?

Un hombre con dos maletas y su esposa detrás de él intenta pasar.

—Un momento —dice Mille, mirando de nuevo a su mamá—. Dime que me crees, mamá. Por una vez, haz lo correcto. ¡Por favor!

Su madre lucha consigo misma durante unos segundos más. Luego, por primera vez desde que Mille subió al coche de Torben, ve un destello de su antigua madre, la madre que recuerda, la volátil, reservada, emocionalmente destrozada madre que la crió y la echó, al igual que había echado al padre de Mille y a su hermano mayor antes que ella.

—No digas tonterías —dice la madre con lo que casi parece un gruñido—. Escucha a Torben ahora. Sabe lo que hace. Todo estará bien. Deja de armar un escándalo.

Mille suelta el brazo de su madre, pero su madre la agarra y la arrastra.

VEINTIOCHO

Nasira debería sentirse cansada, pero no lo está. De hecho, se siente más despierta que nunca, aunque es casi medianoche.

Está sentada cómodamente con Ali en su regazo, apoyando la sien contra la ventana fría del coche. Afuera, las luces de la autopista pasan rápidamente. Sólo unos pocos coches más están en la carretera.

Parece ser la única despierta, aparte de William, que está conduciendo.

Ahora que han dejado atrás Aarhus y se dirigen al sur, los muertos ya no caminan por la carretera. Una o dos veces, grupos de grandes helicópteros negros han volado por encima, y también han pasado varios vehículos militares en dirección contraria. Algunos tenían matrículas extranjeras. William dijo que probablemente habían llamado a refuerzos de Alemania y otros países vecinos.

En todos los sentidos, ha sido el día más loco de la vida de Nasira. Y eso incluye los días que pasó como refugiada antes de llegar a Dinamarca, cruzando el Mediterráneo en un viejo barco pesquero durante una tormenta que casi los hace volcar varias veces. Apretujados con una docena de musulmanes más, se quedaron sin agua potable horas antes, y el suelo del barco estaba empapado de diarrea y vómito.

Pero todos sobrevivieron; mamá, papá, ella misma y Ali, que era sólo un bebé en ese entonces, envuelto en una tela, durmiendo contra el pecho de mamá.

Eso es más de lo que se puede decir del día de hoy. Tanto mamá como papá ya han muerto, y Nasira pronto los seguirá al más allá.

Inicialmente, pensó que sucedería en cuestión de horas. Incluso consideró decírselo a los demás y pedirle a William que detuviera el coche para que pudiera salir. Y lo habría hecho, si hubiera comenzado a sentirse enferma en lo más mínimo.

Pero no se siente enferma en absoluto.

De hecho, se siente vibrante y viva. Tranquila, incluso. No hay más miedo. No más preocupación.

Es extraño. Y al mismo tiempo, tiene sentido. Enfrentarse a la muerte es un pensamiento espantoso si no tienes fe, si no conoces a Dios. Nasira lo conoce íntimamente. Y por eso no teme lo que le sucederá. Sabe que todo es parte de su plan. Además, se reunirá con sus padres.

Lo único que le preocupa es el pensamiento de Ali. Afortunadamente, estará en manos de buenas personas. Conoce a Henrik y Dan del vecindario, y ambos son hombres honestos y humildes. Cuidarán de Ali una vez que Nasira haya dejado este mundo terrenal; ni siquiera necesita preguntar para saber que lo harán.

Por supuesto, es triste que tenga que crecer sin sus padres ni hermanos, pero miles de niños de donde ellos provienen han sufrido el mismo destino y han llevado vidas decentes a pesar de ello. Está segura de que Ali hará lo mismo; es un niño fuerte.

Ella lo mira y sonríe. Él está apoyado en su hombro, con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido. Como si pudiera sentir su mirada, abre los ojos.

—¿Aún estás despierto? —susurra en árabe y bosteza.

—No puedo dormir. ¿Cuánto tiempo hemos estado conduciendo?

—Un par de horas. Es tarde. Deberías dormir un poco más.

—No estoy seguro de poder dormir más —Lo piensa por un momento, mirando por la ventana, luego la mira de nuevo—. Creo que es porque no rezamos antes de que me durmiera.

—Oh —dice Nasira, sonriendo—. Bueno, podemos hacerlo ahora si quieres.

—Quiero. Quiero... rezar por mamá y papá.

—Es una buena idea.

Su labio inferior comienza a temblar. —¿Están... están con Dios ahora, Nasira?

—Por supuesto que sí.

—Y no hay dolor con Dios, ¿verdad?

—No. Sólo paz y alegría. El dolor es sólo para los vivos.

—Bien. No quiero que estén sufriendo.

—¿Te gustaría comenzar la oración?

Ali asiente y toma una respiración profunda. Luego recita las palabras que dicen todas las noches. Nasira cierra los ojos y escucha. Ali termina la oración agradeciendo a Dios por cuidar de sus padres.

Cuando termina, Nasira abre los ojos de nuevo y nota que la mujer a su lado ha abierto los ojos y los está mirando.

—¿Estaban... rezando? —pregunta en voz baja.

—Sí. Perdón si te despertamos.

—No, está bien. Creo que es un buen momento para rezar. Aunque yo no creo mucho en Dios.

Nasira sonríe. —No te preocupes; Él cree en ti.

Dorte devuelve la sonrisa. —Bueno, es bueno saberlo. Creo que necesitaré algo de perdón.

—Él te perdona cuando te perdonas a ti misma.

Dorte le envía una mirada curiosa. —¿Son musulmanes?

—Por costumbre, sí, pero no nos identificamos con ninguna religión en particular. Por eso tuvimos que dejar nuestro país de origen y venir aquí. Nuestro padre era un predicador, pero controvertido.

—Oh, ya veo. ¿Dónde está él ahora?

Nasira sonríe de nuevo. —Con Dios.

La expresión de Dorte pasa de curiosa a triste. —Oh, lo siento mucho, yo... no lo sabía.

—¿Cómo podrías saberlo?

—No lo habría preguntado si...

—Está bien — la tranquiliza Nasira, poniendo una mano en su brazo—. Todos hemos perdido a alguien recientemente, ¿verdad?

Un conjunto de diferentes emociones parecen luchar en el rostro de Dorte por un momento, luego, la resolución gana—. Supongo que sí —Mira por la ventana brevemente—. No puedo evitar pensar que tal vez fui la causa de que esto se saliera de control. Y todo porque pensé que podría curar a mi hermana.

—Eso no me parece una mala razón.

Dorte niega con la cabeza. —No es así como lo veo. Mi hermana era una persona, eso no es nada comparado con cuántas personas ahora están... están... —Aprieta los labios, luego susurra: —¿Qué he hecho?

Nasira nota que William mira por el espejo retrovisor. —Oye, pudo haberse salido de control de un millón de maneras. Era sólo cuestión de tiempo. Nunca creí ni por un segundo que pudieran contenerlo.

Dorte se limpia discretamente el ojo. —Si hubiera encontrado esa maldita cura, no habría sido en vano. Y mi hermana y mi prometido seguirían vivos.

—Ni siquiera estoy seguro de que haya una cura —dice William.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Dorte.

—¿Recuerdas ese extraño ritual vudú del que te hablé? El que Dan sospecha que inició todo esto. Bueno, él está convencido de que no es una enfermedad real, como médica, sino más bien como una... no sé, una maldición o algo así.

La expresión de Dorte se queda en blanco. —Eso... eso es una tontería.

—Lo sé, pero... —William se encoge de hombros— Veremos si encuentran una cura o no, entonces sabremos con certeza.

—No creo que la encuentren —dice Dorte— Hice todas las pruebas posibles a mi hermana mientras aún estaba viva y tomé más datos de mi prometido después de que murió. No encontré nada. Absolutamente nada.

William la mira por el espejo. —Bueno, supongo que eso apoya la teoría de Dan. Tal vez no es un virus; tal vez es algo espiritual.

—Por supuesto que lo es —dice Nasira.

Tanto Dorte como William la miran. Ali también. Nasira nota que está siguiendo la conversación.

—Miré a los ojos de mi madre mientras moría —dice Nasira con calma—. Sentí que su alma dejaba su cuerpo. Luego, algo más tomó el control, y eso la hizo capaz de moverse de nuevo. Pero no era ella.

—¿Qué crees que es entonces? —pregunta William— ¿Una maldición?

—No lo sé —dice Nasira— Nunca pensé que el cuerpo pudiera seguir sin el alma, pero por alguna razón, Dios ha permitido una extraña excepción a las reglas de la naturaleza. Si tuviera que adivinar, diría que es más como una posesión. Algo maligno expulsa el alma y la reemplaza.

Siguen unos segundos de silencio dentro del coche.

—Si no hubiera visto lo que vi —dice Dorte—, diría que estás loca. Pero honestamente, no tengo una mejor explicación.

—Entonces, ¿dices que esto es obra de Dios? —continúa William— ¿Es él el cerebro detrás de esto?

—Naturalmente. Es el cerebro detrás de todo.

—¿Sabes por qué haría algo así? Quiero decir, esto no parece algo que un dios benevolente lanzaría al mundo.

—Todo lo aparentemente malo que hace Dios es una bendición disfrazada. Porque dentro está la posibilidad de encontrarlo.

—¿Qué? —dice Dorte, frunciendo el ceño— ¿Te refieres a, como, morir?

—No, no. Al rendirse a Su voluntad.

—No me gusta esa palabra —dice William—. Rendirse. Me suena a derrota. No me gusta eso. Voy a seguir luchando para seguir con vida.

—Claro, sigue luchando —dice Nasira, sonriendo—. Eso es lo que Dios quiere de ti. Rendirse es otra cosa. Rendirse es aceptar que si ganas la pelea o no, no depende de ti. Confías en Dios, y lo que será, será.

—Entonces, ¿cuál es el punto? —argumenta William—. Si es como, predeterminado o lo que sea, ¿por qué siquiera intentarlo?

Nasira se inclina y pone una mano en el hombro de William. —Porque para eso estás aquí, William.

Él la mira por el espejo retrovisor durante varios segundos, luego murmura: —Empiezo a entender por qué los expulsaron de su propio país; están locos.

Nasira no puede evitar reír.

—Lo siento —dice William, frotándose los ojos—. No quise decir eso. Sólo estoy muy cansado. Han sido un par de días muy jodidamente largos.

—Lo sé —dice Nasira, sonriendo—. Y quedan muchos más días largos por venir —Ella mira a Ali, quien la mira de vuelta. Sus párpados luchan por mantenerse abiertos.

Nasira respira profundamente y cierra los ojos mientras el coche sigue avanzando por la noche. Su pulgar izquierdo se mueve para sentir el pequeño rasguño en el interior del dedo anular. Sigue igual, tal vez un poco más sensible, pero eso podría ser porque ha estado frotándolo de vez en cuando a lo largo del día, desde que la chica muerta intentó entrar en el coche por la ventana y Nasira trató de empujar su mano hacia afuera y la uña de la chica rozó el dedo de Nasira.

Debería estar sintiendo un torrente de emociones; miedo por lo que está por venir, desesperación al pensar que no hay nada que hacer, tristeza por la vida que está perdiendo.

Pero no siente nada de eso. En su corazón solo hay esperanza y amor. Su mente está en calma, descansando en la certeza de que todo está en manos de Dios, y que Él se asegurará de que lo que suceda sea lo correcto.

Sea lo que sea.

¿Quieres seguir leyendo?

Vaya al Libro 5 en nick-clausen.com/dia5